CUATRO FANTASMAS
HENRY JAMES



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CONTENIDO:

El alquiler del fantasma

Sir Edmund Orme

Maud-Evelyn

La esquina alegre

EL ALQUILER DEL FANTASMA

Tenía yo veintidós años y acababa de salir de la Universidad. Podía elegir libremente mi carrera y la elegí sin ninguna vacilación. A decir verdad, más adelante renuncié a ella de un modo no menos expeditivo, pero nunca lamenté aquellos dos años juveniles de experiencias confusas y agitadas, pero también agradables y fructíferas. Me gustaba la teología y en mis últimos años de Universidad había sido un ferviente lector del doctor Channing. La suya era una teología atractiva y sustanciosa; parecía ofrecer la rosa de la fe deliciosamente despojada de sus espinas. Y además (porque me inclino a creer que esto tuvo una cierta relación con ello) me había encariñado con la vieja Facultad de Teología. Yo siempre había deseado encontrarme en la parte trasera de la comedia de la vida y opinaba que allí podía representar mi papel con ciertas posibilidades de éxito (al menos a mi entender) en esa sede apartada y tranquila de benigna casuística, con su respetable avenida a un lado y su perspectiva de verdes campos y de bosques al otro. Cambridge, para los amantes de los bosques y de las praderas, se ha estropeado desde aquellos tiempos, y su recinto ha perdido mucho de su paz mitad bucólica mitad estudiosa. Entonces era una sala de estudios en medio de los bosques... una mezcla encantadora. Lo que es hoy en día no tiene nada que ver con mi historia; y no tengo la menor duda de que aún hay jóvenes estudiantes obsesionados por cuestiones doctrinales que, mientras pasean cerca de allí en los atardeceres de verano, se prometen que más adelante disfrutarán de sus exquisitos ocios. Por lo que a mí respecta, no quedé decepcionado. Me instalé en una espaciosa habitación cuadrada y baja de techo en la que las ventanas se incrustaban en las paredes formando bancos; colgué en las paredes grabados de Overbeck y Ary Scheffer; ordené los libros según un elaborado sistema de clasificación en los huecos que había a ambos lados del alto manto de la chimenea, y me puse a leer a Plotino y a san Agustín. Entre mis compañeros había dos o tres hombres de mérito y de trato agradable con los que de vez en cuando bebía una copa junto al fuego; y entre arriesgadas lecturas, profundas discusiones, libaciones siempre de poca importancia y largos paseos por el campo, mi iniciación en el misterio clerical progresó de un modo no poco grato.

Trabé especial amistad con uno de mis compañeros y pasábamos mucho tiempo juntos. Por desgracia tenía un mal crónico en una rodilla que le obligaba a hacer una vida muy sedentaria, y como yo era un andarín inveterado, esto creaba cierta diferencia en nuestras costumbres. Yo solía emprender mi caminata cotidiana sin más compañero que mi bastón en la mano o el libro en el bolsillo. Pero siempre me había bastado estirar las piernas y respirar el aire libre y puro. Tal vez debería añadir que usar unos ojos muy penetrantes era para mí un goce comparable al de cualquier compañía. Mis ojos y yo éramos muy buenas amigos; eran observadores infatigables de todos las incidentes del camino, y mientras ellos se divirtieran yo me daba por contento. Lo cierto es que, gracias a sus costumbres inquisitivas tuve conocimiento de esta notable historia. Gran parte de los terrenos que rodean a la vieja ciudad universitaria son hoy bonitos, pero lo eran mucho más hace treinta años. Las numerosas viviendas de cartón piedra que ahora adornan el paisaje, en dirección a las Waltham Hills, bajas y azules, aún no habían brotado; no había preciosas casitas que dejaran en mal lugar a los prados de poca hierba y a los jardines descuidados... yuxtaposición por la que, en años posteriores, ninguno de los elementos en contraste ha salido ganando. Ciertas veredas de hoy por lo que recuerdo eran más honda y auténticamente campestres y las casas solitarias en lo alto de largas pendientes herbosas

bajo el olmo habitual que curvaba su follaje a medio aire, como las espigas exteriores de una gavilla de trigo, aparecían con sus cubiertas caídas, sin influencia alguna de los tejados franceses -viejas campesinas arrugadas por el tiempo, podríamos llamarlas, luciendo tranquilamente la cofia nativa, lejos de soñar con sombreros levantados ni con exponer indecentemcnte sus frentes venerables. Aquel invierno fue lo que se llama «abierto»; hizo mucho frío, pero hubo poca nieve; las carreteras estaban firmes y transitables.

Pocas veces me vi obligado, a causa del tiempo, a privarme de mi ejercicio. Una tarde gris de diciembre la emprendí en dirección a la ciudad vecina de Medford, y cuando volvía a un paso regular, al ver el tono pálido y frío -color rosa y ámbar desleído y transparente- del firmamento invernal en el ocaso, recordé la sonrisa escéptica en los labios de una mujer hermosa. Llegué, cuando oscurecía, a un camino estrecho por el cual no había pasado nunca y que ofrecía, a mi parecer, un atajo para llegar a mi alojamiento. Me encontraba a unas tres millas de éste y deseé reducir el recorrido a dos millas. Anduve unos diez minutos y me di cuenta de que el camino ofrecía un aspecto insólito en aquel paraje. Las huellas se veían viejas; la quietud parecía peculiarmente sensible. Pero junto al camino había una casa, de manera que, hasta cierto punto, aquello había sido lugar de tránsito... En un lado había un terraplén natural, elevado, en lo alto del cual se veía un pomar, cuyas ramas entrecruzadas hacían una inmensa tracería, negra y tosca, a través de la cual se veía el poniente fríamente rosado. No tardé en llegar a la casa y en seguida me interesé en ella. Me detuve y la observé con atención, sin saber por qué, con una vaga mezcla de curiosidad y de timidez. Era una casa como la mayoría de las del lugar, pero era, decididamente, una muestra hermosa de ellas. Se levantaba sobre un montículo herboso y en un lado tenía el alto olmo y en el otro la vieja tapadera negra del pozo. Era una construcción de vastas proporciones y su madera daba la impresión de solidez y de resistencia. Llevaba muchos años allí, pues la madera de la entrada y de bajo el alero, en gran parte bien tallada, me remitió, por lo menos, al siglo XVIII. Todo esto fue pintado alguna vez de blanco, pero la ancha espalda del tiempo, recostada cien años contra la madera, había dejado al descubierto el veteado. Frente a la casa había unos manzanos, más nudosos y fantásticos que otros, en general, que se veían en la oscuridad creciente ajados y exhaustos. Las persianas de todas las ventanas estaban mohosas, firmemente cerradas. Nada daba indicios de vida, allí. La casa parecía inexpresiva, fría y desocupada, pero cuando me aproximé me pareció notar algo familiar, una elocuencia audible. He pensado siempre en la impresión que me causó a primera vista aquella vivienda colonial gris, como una prueba de que la inducción puede, algunas veces, ser semejante a la adivinación, porque después de todo, no había nada aparente que justificara la seria inducción que yo había hecho. Retrocedí y crucé el camino. El último destello rojo del crepúsculo se desprendió, pronto a desvanecerse, y se posó un momento en la fachada de la vieja casa. Tocó con regularidad perfecta, la serie de pequeños plafones de la ventana en forma de abanico que había sobre la puerta y chispeó, fantásticamente. Se desvaneció y dejó la fachada intensamente oscura. En aquel momento me dije, con acento de profunda convicción: «En esta casa hay algún fantasma».

No sé cómo, lo creí inmediatamente y la idea, mientras yo no estuviera dentro, me causaba cierta satisfacción; la sugería el aspecto de la casa. Si me lo hubieran preguntado media hora antes, habría contestado, como correspondía a un joven que de manera explícita cultivaba un criterio burlón de lo sobrenatural, que no hay casas encantadas, casas con fantasmas. Pero la que veía ante mí daba un sentido vivo a palabras vacías: había sido espiritualmente esterilizada.

Cuanto más la miraba, más intenso parecía el secreto que escondía. Le di la vuelta y traté de mirar, aquí y allá, a través de alguna rendija entre las persianas y tuve la satisfacción pueril de empuñar el pomo de la puerta y de tratar de hacerlo girar. Si la puerta hubiera cedido, ¿habría entrado? ¿Habría penetrado en la quietud oscura del interior? Afortunadamente, mi audacia no fue puesta a prueba. La puerta era admirablemente sólida y no pude ni siquiera sacudirla. Al fin me alejé de la rcasa, echando de vez en cuando una mirada atrás. Continué mi camino y después de andar más trecho de lo deseado, llegué a la carretera. A cierta distancia del punto en el cual entraba el largo camino que he mencionado, había una casa, pequeña y de aspecto confortable, que podía señalarse como modelo de casa no encantada, en manera alguna de casa con

fantasmas, que no tenía secretos siniestros y que gozaba de prosperidad creciente. Pintada de blanco, se la distinguía en la oscuridad y se veía el pórtico y su parra, cubiertos con paja para el invierno. Frente a la puerta había un viejo coche de un caballo, ocupado por dos visitantes que se iban. El vehículo se puso en marcha y a través de las ventanas de la casa sin cortinas, vi una sala iluminada por una lámpara, y en ella una mesa con el servicio de té, preparado como agasajo a los visitantes que acababan de salir. La dueña de la casa había salido hasta la puerta con sus amigos. Continuó allí unos momentos después de desaparecer, crujiendo, el coche, en parte para ver cómo se alejaban y en parte para echarme una mirada de curiosidad cuando yo pasaba en la semioscuridad. Era una mujer joven y hermosa, de mirada penetrante. Me arriesgué a detenerme para hablar con ella.

-¿Podría usted decirme de quién es esa casa, a una milla de aquí, poco más o menos? La única...

Me miró un momento y me pareció que se ruborizaba.

-Nuestra gente no va nunca por ese camino -dijo brevemente.

-Pero es un atajo para ir a Medford -contesté.

Echó su cabeza atrás.

-Podría resultar un rodeo. En todo caso, no lo usamos.

Esto era interesante. Una próspera ama de casa americana había de tener sus buenas razones para burlarse del ahorro de tiempo.

-Pero usted, por lo menos, ¿conoce la casa? -pregunté.

-Bueno, la he visto.

-¿De quién es?

La mujer se rió y desvió la mirada, como si comprendiera que para un forastero sus palabras podían saber a superstición campesina.

-Yo diría que es de quienes están en ella.

-Pero, ¿es que hay alguien en la casa? La veo completamente cerrada.

-No importa. Nunca salen y nadie entra.

Dicho esto, la mujer se volvió. Pero yo puse mi mano sobre su brazo, respetuosamente.

-¿Quiere usted decir que la casa tiene fantasmas?

Se apartó, colorada, se llevó un dedo a los labios y se metió corriendo en la casa, en cuyas ventanas, un momento después, cerraba las cortinas.

Durante unos días pensé mucho en la pequeña aventura, pero me dio cierta satisfacción mantenerla en secreto. Si había fantasmas en la casa, era inútil revelar mis pensamientos y resultaba mejor apurar la copa del terror sin ayuda de nadie. Resolví, naturalmente, pasar otra vez por aquel camino y una semana más tarde -era el último día del año- volví sobre mis pasos. Me aproximé a la casa andando en dirección opuesta y me encontré en ella aproximadamente a la misma hora que la otra vez. Oscurecía, el cielo estaba gris, el viento aullaba sobre la tierra dura y pelada, y formaba lentos remolinos con las hojas ennegrecidas por el frío. Allí estaba la melancólica mansión, atrayendo a su alrededor, al parecer, el crepúsculo invernal para enmascararse en él, inescrutablemente. Apenas sabía qué propósito me llevaba allí, pero sentía, vagamente, que si esta vez cedía el pomo y se abría la puerta, tomaría el corazón en mis manos y cerraría la puerta tras de mí. ¿Quiénes eran los misteriosos habitantes a los que la mujer había aludido? ¿Que era lo que había visto u oído? ¿Qué era lo que se contaba? La puerta se mostró tan tenaz como la vez anterior y no conseguí manoseando la cerradura, ni que se abriera una ventana ni que apareciera, tras los vidrios, una cara extraña y pálida. Me aventuré hasta a levantar el llamador y dar media docena de golpes, pero éstos no produjeron más que un sonido muerto y ningún eco. La familiaridad provoca el desprecio; no sé lo que habría hecho después si, a distancia, en la carretera, no hubiese visto una figura solitaria que avanzaba hacia la casa. No tenía la impresión de que nadie me viera junto a aquella casa de triste fama y me escondí en la densa sombra de un pinar próximo desde donde podría observar sin ser visto. El que venía era un hombre pequeño y viejo, lo más extraño del cual era la capa voluminosa, de corte militar. Llevaba un bastón y avanzaba de una manera lenta, penosa, cojeando, pero en una actitud muy

resuelta. Dejó la carretera, siguió su marcha por el camino señalado por las huellas y se detuvo a pocos metros de la casa. La observó, con mirada fija y escrutadora, como si contara las ventanas o examinara ciertas señales familiares. Se quitó el sombrero y se inclinó, de una manera lenta y solemne, como si rindiera un homenaje. Mientras se mantuvo descubierto, pude echarle una buena ojeada. Era, como he dicho, un hombre pequeño y habría sido difícil decidir si pertenecía a este mundo o al otro. Su cabeza me recordaba vagamente los retratos del presidente Andrew Jackson. Tenía el pelo gris, erizado como un cepillo, una cara delgada y pálida, con espesas cejas, que se conservaban negras. Su cara, como la capa, parecía ser la de un viejo soldado: El hombre tenía el aire de ser un militar retirado, de rango modesto; pero me impresionó por que excedía el raro privilegio de tal personaje a ser raro y excéntrico. Cuando terminó su saludo, se adelantó hacia la puerta, buscó en los pliegues de su capa, que caía por delante más que por detrás, y sacó la llave, que metió lenta y cuidadosamente en la cerradura. Al parecer le dio una vuelta, pero la puerta no se abrió inmediatamente; antes el hombre inclinó su cabeza, apoyó su oreja contra la puerta, como si escuchara, y luego miró hacia un extremo y otro de la carretera. Satisfecho y tranquilizado, empujó con su viejo hombro la puerta, que cedió y se abrió en la oscuridad. El hombre se detuvo de nuevo en el umbral y otra vez se quitó el sombrero y se inclinó en una profunda reverencia. Luego entró y cerró la puerta tras sí, cuidadosamente.

¿Quién era y qué le llevaba a aquella casa? Parecía un personaje de los cuentos de Hoffmann. ¿Era una visión o una realidad? ¿Un habitante de la casa, un familiar, un amigo visitante? ¿Qué sentido tenían, en todo caso, aquellos místicos saludos, y qué se propondría hacer en la oscuridad? Salí de mi escondrijo y examiné varias de las ventanas. En cada una de ellas, a intervalos, se hizo visible un rayo de luz en la rendija entre los postigos. Evidentemente, el hombre estaba iluminando el interior de la casa. ¿Iba a dar una fiesta? ¿Se trataba de una juerga de fantasmas? Mi curiosidad aumentaba, pero me sentía desconcertado para satisfacerla. Por un momento estuve tentado de llamar furiosamente a la puerta, pero descarté la idea por poco delicada y calculé romper el hechizo, si hechizo había. Di la vuelta a la casa y traté, sin violencia, de abrir una de las ventanas inferiores. Se resistió, pero fui más afortunado, un momento después, con otra. Corría un riesgo, ciertamente, en lo que hacía: el riesgo de que me vieran desde el interior o -peor- el de ver yo algo de lo cual me arrepintiera. Pero, como digo, me dominaba la curiosidad y el riesgo me resultaba agradable. A través de la rendija entre los postigos, miré el interior: una habitación iluminada por dos velas puestas en viejos candeleros de latón, colocados encima de una chimenea. Al parecer era una especie de salón, en el cual se habían conservado los viejos muebles, de un modelo casero y anticuado, consistentes en varias sillas y sofás, algunas mesitas de caoba y labores de niña, enmarcadas y colgadas de las paredes. Pero aunque el salón estaba amueblado, no daba la impresión de corresponder a una casa habitada; las mesas y las sillas estaban en posiciones rígidas y no se veían objetos familiares. No veía toda la pieza y podía sólo adivinar la existencia, a mi derecha, de una gran puerta plegable. Al parecer estaba abierta y por ella pasaba la luz de la pieza vecina. Esperé un rato, pero el salón permanecía vacío. Al fin me di cuenta de que en la pared opuesta a la puerta plegable se proyectaba una gran sombra; evidentemente, de una figura en la pieza vecina. Era alta y grotesca, y parecía la de una persona sentada, inmóvil, de perfil. Me pareció reconocer el pelo erizado y la nariz curvada del hombre que había visto. Había un extraño acartonamiento en su postura. Parecía estar sentado y mirando fijamente a algo. Observé largo rato aquella sombra y ni un momento vi que se moviera. Pero al fin, cuando mi paciencia se agotaba, se movió lentamente, llegó al techo y se hizo borrosa. No sé lo que habría visto después, pero, siguiendo un impulso irresistible, cerré la ventana. ¿Por delicadeza? ¿Por pusilanimidad? Apenas sabría decirlo. No obstante, di unos pasos cerca de la casa, esperando ver reaparecer a mi amigo. No quedé decepcionado, porque al fin surgió; con el mismo aspecto de cuando llegó, y se despidió de la misma manera ceremoniosa. (La luz, observé, había desaparecido de las rendijas de cada ventana.) Se puso de cara a la puerta, se quitó el sombrero e hizo una reverencia. Cuando se volvió, sentí la necesidad de decirle mil cosas, pero le dejé marchar en paz. Esto, puedo decirlo, fue pura delicadeza y se me podrá observar, quizá, que era tardía. Me pareció que el hombre

tenía derecho a estar resentido por mi curiosidad, aunque mi derecho a sentirla y a observar (si se trataba de fantasmas) me parecían igualmente positivos. Continué mirándole mientras se iba cojeando, bajaba el terraplén y se iba por la senda solitaria. Entonces me retiré pensativamente en dirección opuesta. Tuve la tentación de seguirle a distancia para ver qué era de él; pero también esto me pareció indelicado; y, además, confieso que sentí la tentación de coquetear un poco, por así decirlo, con mi descubrimiento, separando los pétalos de la flor uno a uno.

Continué oliendo la flor, de vez en cuando, porque la rareza de su perfume me fascinaba. Pasé de nuevo por el atajo, pero nunca encontré al hombre de la capa ni a ningún otro caminante. Al parecer los observadores se mantenían a distancia y yo tenía buen cuidado de no chismorrear: un sulo curioso, me dije, puede llegar a saber algo, pero dos se estorbarían uno a otro. Al mismo tiempo, naturalmente, habría agradecido cualquier información casual que llegara a mi conocimiento, aunque no veía de dónde podría venirme. Confiaba encontrar al viejo de]a capa en algún lugar, pero como sea que pasaban los días sin que lo viera, empecé a perder mis esperanzas. No obstante, yo me decía que probablemente vivía en algún lugar de los alrededores, sobre todo porque había hecho su visita a pie. Si hubiera venido de algún lugar distante, habría llegado en un vehículo, quizá tan venerablemente grotesco como él. Un día di un paseo hasta el cementerio de Mount-Auburn, una institución nueva en aquel tiempo, con mucho encanto silvestre que actualmente se ha perdido. Contenía más arces y abedules que sauces y cipreses y los difuntos disponían de mucho espacio. No era una ciudad de muertos, pero sí casi un pueblo, y un paseante pensativo podía caminar por el lugar sin que nada le recordara importunamente el grotesco aspecto de nuestras pretensiones de hacer consideraciones póstumas. Había ido a gozar el primer anticipo de la primavera, uno de aquellos suaves días de finales de invierno, cuando parece que la tierra adormecida hace el primer respiro al despertar de un prolongado sueño. El sol estaba algo cubierto por la niebla y no obstante calentaba el ambiente y el hielo empezaba a derretirse en los lugares más escondidos. Había andado durante media hora por los senderos tortuosos del cementerio cuando de pronto percibí una figura familiar sentada en un banco, contra un seto encarado hacia el sur. Digo que la figura era familiar porque la había visto a menudo en mis recuerdos y en mi fantasía; en realidad la había visto sólo una vez. Estaba de espaldas a mí, pero llevaba puesta una vuluminosa capa que era inconfundible. Allí, por fin, encontraba a mi compañero de visita a la casa encantada y allí tenía mi oportunidad de hablar con él, si quería hacerlo. Describí medio círculo y me aproximé a él de frente. Me vio acercarme por la avenida y no se movió; continuó quieto, con las manos sobre el puño del bastón, observándome, bajo sus espesas cejas negras. A distancia, aquellas cejas parecían formidables; eran lo único que yo veía de su cara. Pero ya más cerca, me tranquilicé, sencillamente, porque me di cuenta en seguida de que nadie podía en realidad ser tan fantásticamente fiero como parecía aquel pobre viejo caballero. Su cara parecía una especie de caricatura de truculencia marcial. Me detuve ante él y le pedí permiso, respetuosamente, para sentarme y descansar en su banco. Accedió con un gesto silencioso, con mucha dignidad, y me senté junto a él, en una posición que me permitía observarle disimuladamente. Me parecía una rareza lo mismo a la luz de la mañana que a la luz dudosa del crepúsculo en que lo había visto por primera vez. Las líneas de su cara eran tan rígidas como si hubieran sido talladas en un bloque de madera por un escultor torpe. Sus ojos relucían, su nariz era imponente y su boca inhumana. No obstante, poco después, cuando se volvió lentamente y me miró con fijeza, me di cuenta de que a pesar de su portentosa máscara, era un anciano apacible. Estaba seguro de que hasta le habría gustado sonreírse. Pero, evidentemente, sus músculos faciales eran demasiado rígidos; habían tomado su forma definitiva. Me pregunté si estaría loco, pero descarté en seguida la idea; el brillo de sus ojos no era el de la demencia. Lo que expresaba su cara era una profunda y sencilla tristeza; posiblemente tenía el corazón herido, pero su cerebro estaba intacto. Su indumentaria se veía raída, pero limpia, y su vieja capa azul había conocido medio siglo de cepillos.

Me apresuré a hacer alguna observación sobre la suavidad excepcional del día y me respondió con una voz melosa y un tono amable, que sobresaltaban al oírlos salir de unos labios tan belicosos.

-Es un lugar muy agradable, éste -agregó.

-Me gusta pasear por los cementerios -respondí deliberadamente, felicitándome de iniciar un tema que podía conducir a algo.

Me sentí estimulado. El hombre se volvió hacia mí y me miró con sus ojos de brillo oscuro. Luego, gravemente, dijo:

-Pasear, sí. Haga su ejercicio ahora. Algún día quedará rígido, tendido para siempre, en un cementerio.

-Muy cierto -dije-, pero, ¿sabe usted que se dice que algunos hacen el mismo ejercicio aun después de muertos?

Había estado mirándome fijamentente y al oír estas palabras, desvió la vista.

-¿No me comprende? -dije, en tono amable.

Continuó mirando ante sí.

-Hay personas que andan aún después de muertas -añadí.

Al fin se volvió y me miró ominosamente.

-Usted no cree esto.

-¿Cómo sabe usted si lo creo o no?

-Porque es usted joven y frívolo.

Dijo esto sin amargura, casi afirmaría que bondadosamente, pero en el tono de un viejo que, consciente de su gran experiencia, considera superficial la de los demás.

-Es verdad que soy joven -contesté-, pero no creo que en general sea frívolo. Usted puede decir que yo no creo en fantasmas, pero la mayoría de la gente estará conmigo.

-La mayoría de la gente es tonta -dijo el hombre.

Dejé la cuestión y hablé de otras cosas. El hombre parecía en guardia. Me miraba retadoramente y respondía con pocas palabras a mis observaciones; no obstante, yo tenía la impresión de que nuestra conversación le resultaba agradable y, aún más: que nuestro encuentro le parecía un hecho social de alguna importancia. Era, evidentemente, un ser solitario y sus oportunidades de charla habían de ser escasas. Había tenido sus dificultades, que le habían alejado del mundo y habían hecho que se recogiera en sí mismo; pero la fibra social de su alma anacrónica no estaba totalmente insensibilizada y tuve la seguridad de que estaba contento de percibir que podía responder, aunque fuera débilmente. Al fin pasó a hacerme preguntas. Quiso saber si yo era un estudiante.

-Estudio teología -respondí.

-¿Teología?

-Sí. Estudio para ser ministro del Señor.

Al oír esto me miró con curiosa intensidad; pero después desvió otra vez la mirada.

-Entonces hay ciertas cosas que usted debería saber -dijo, al fin.

-Tengo un gran deseo de saber -dije-. ¿A que se refiere usted?

Me miró de nuevo, pero sin responder a mi pregunta.

-Me gusta su aspecto -dijo-. Me parece usted un joven modesto.

-¡Oh, muy modesto! -exclamé, olvidando mi modestia.

-Me parece que es usted juicioso -continuó.

-¿Ya no le parezco frívolo, entonces?

-Me mantengo en lo que dije sobre la gente que niega el poder de los muertos para volver: ¡es tonta!

El hombre dio con su bastón unos golpes sobre el suelo.

Titubeé un momento y bruscamente exclamé:

-¡Usted ha visto un fantasma!

No pareció sorprenderse de mis palabras.

-Lo he visto, sí, señor -respondió con dignidad. -Para mí esto no es una cuestión de fría teoría. No he tenido que husmear en viejos libros para saber lo que debo creer. ¡Yo sé! Con mis propios ojos he visto ante mí el espíritu de una persona muerta, como le veo a usted ahora.

Y sus ojos, al decir estas palabras, miraban como si vieran cosas extrañas. Me sentí

impresionado. Me conmovió su credulidad.

-¿Fue terrible? -pregunté.

-Soy un viejo soldado. No me asustó.

-¿Dónde pasó eso? ¿Cuándo lo vio? -pregunté.

Me miró recelosamente y comprendí que iba demasiado aprisa.

-Perdóneme que no entre en detalles -dijo-. No tengo derecho a hablar ampliamente. Ya he hablado más de lo que debía porque no puedo soportar que se trate de estas cosas con frivolidad.

Recuerde en el futuro que ha visto usted a un viejo honesto que le ha dicho, bajo palabra de honor, que ha visto un fantasma.

Se levantó, como si considerase que había hablado lo bastante. Reserva, timidez, orgullo, el temor de que me riera de él, posiblemente el recuerdo de ocasiones en que habría sido objeto de burla... Todo esto, posiblemente, pesaba en su ánimo; pero sospeché que por otra parte la garrulidad de los años le había soltado la lengua, con el sentido de soledad y la necesidad de comprensión y también, tal vez, llevado por la amistad que había tenido la generosidad de demostrarme. Evidentemente, habría sido una imprudencia presionarlo y esperaba verle otra vez.

-Para dar mayor peso a mis palabras -agregó- permítame que le diga mi nombre: capitán Diamond, señor. He servido muchos años.

-Espero tener el gusto de verle otra vez -dije.

-Lo mismo le digo, señor.

Y blandiendo el bastón en un gesto simuladamente amenazador, pero en realidad amistoso, se marchó.

Pregunté a dos o tres personas, seleccionadas con discreción, si sabían algo del capitán Diamond, y ninguna de ellas me aclaró nada. Al fin, de pronto, me di una palmada en la frente y tratándome de idiota me di cuenta de que había descuidado una fuente de información a la cual nunca había recurrido en vano. La excelente persona a cuya mesa habitualmente comía y que dispensaba su hospitalidad a estudiantes, a tanto la semana, tenía una hermana tan buena como ella y de conversación más variada. Esta hermana, conocida con el nombre de Miss Deborah, era una solterona en toda la acepción de la palabra. Era deforme y nunca salía de su casa. Pasaba el día sentada junto a la ventana, entre una jaula de pájaros y una maceta con flores, cosiendo pequeños artículos, misteriosas cintas y chorreras. Me aseguraban que eran una excelente costurera y que su trabajo era muy bien cotizado. A pesar de su deformidad y de su retiro, tenía una cara pequeña, fresca y redonda, y una imperturbable serenidad de espíritu. Era ingeniosa y muy observadora y gozaba con una buena conversación amistosa. Nada le gustaha tanto como que uno -especialmente si se trataba de un estudiante de teología- tomara una silla y se sentara a su lado, junto a la ventana soleada, para una «charla» de veinte minutos. «Bueno, señor -solía decir-, ¿cuál es la última monstruosidad en la crítica bíblica?» Porque solía fingirse horrorizada por las tendencias racionalistas de la época. Pero tenía su péqueña filosofía inexorable y estoy convencido de que era una racionalista más aguda que ninguno de nosotros y de que si se lo hubiera propuesto habría planteado cuestiones que podían desconcertar a la mayoría de nosotros. Su ventana dominaba toda la villa o quizá todo el país. Se enteraba de todo cantando, con su pequeña voz cascada, sentada en su baja mecedora. Era la primera en enterarse de todo y la última en olvidarlo. Se sabía al dedillo todos los chismes de la villa y lo sabía todo de gente que no conocía personalmente, que no había visto nunca. Cuando le preguntaba cómo sabía tantas cosas, me respondía: «¡Oh, yo observo!» Y una vez me dijo: «Observe con atención y no importa donde se encuentre usted. Puede encontrarse encerrado en un armario, a oscuras. Todo lo que necesita es empezar con algo; una cosa lleva a otra y todas las cosas están relacionadas. Enciérrenme en un armario y al poco rato observaré que unas partes están más oscuras que otras. Después de esto, denme tiempo, les diré lo que el presidente de los Estados Unidos va a cenar.» Una vez le lancé un cumplido: «Su observaaán es tan fina como su aguja y sus palabras tan seguras como sus puntadas.»

Naturalmente, Miss Deborah había oído hablar del capitán Diamond. Se había hablado mucho de él años atrás, pero había sobrevivido al escándalo relacionado con su nombre.

-¿En qué consistía el escándalo? -pregunté.

-Mató a su hija.

-¿La mató? ¿Cómo?

-¡Oh, no con una pistola, ni con un puñal, ni con una dosis de arsénico! Con su lengua. ¡Y que me digan de la lengua de las mujeres! Le echó una maldición, una terrible maldición, y la chica murió.

-¿Qué había hecho la hija?

-Había recibido la visita de un joven que la quería apasionadamente y a quien él había prohibido entrar en la casa.

-¡La casa! -exclamé-. ¡Ah, sí! Una casa de campo, a dos o tres millas de aquí, en un cruce de caminos, en un lugar solitario...

-¡Ah, usted sabe algo de la casa!

-Un poco -contesté-. La he visto. Pero me gustaría que me contara usted algo más.

Pero Miss Deborah se mostró insólitamente poco propicia a la comunicación.

-¿No me llamará usted supersticiosa? -dijo.

-¿A usted? Usted es la quintaesencia de la razón pura.

-Bueno, cada hilo tiene su defecto, cada aguja su puntito de moho. Preferiría no hablar de esa casa.

-No sabe usted cómo excita mi curiosidad.

-Lo siento por usted. Pero me pondría nerviosa.

-¿Qué daño puede hacerle a usted hablarme de la casa?

-Lo hizo a una amiga mía.

Miss Deborah hizo un positivo movimientode cabeza.

-¿Qué había hecho su amiga?

-Me había explicado el secreto del capitán Diamond, que él le había revelado con mucho misterio. Había sido novia suya, en otros tiempos y se le confió. Le recomendó que no lo repitiera a nadie y le aseguró que si lo hacía le sucedería algo terrible.

-¿Y que le pasó?

-Se murió.

-Bueno, todos somos mortales -dije yo-. ¿Había prometido algo, su amiga?

-No lo había tomado en serio, no le había creído. Me repitió la historia a mí y tres días después sufría una inflamación de los pulmones. Un mes más tarde, sentada donde me siento ahora, cosía su mortaja. Desde entonces no he contado a nadie lo que ella me dijo.

-¿Es algo muy raro?

-Es extraño, pero es también ridículo. Es una cosa que puede hacer estremecer, pero lo mismo puede dar risa. Pero no se preocupe por mí. No voy a hablar. Estoy segura de que si se lo contara, me pincharía en seguida con una aguja y al cabo de una semana moriría de tétanos.

Me retiré sin insistir más para que Miss Deborah me contase su secreto. Pero cada dos o tres días, después de la comida, iba a su casa y me sentaba un rato junto a su mecedora. No hice ninguna otra alusión al capitán Diamond. Callaba, cortando cintas con sus tijeras. Por fin, un día, me dijo que yo parecía estar triste, que me veía pálido.

-Estoy muriendo de curiosidad -dije-. He perdido el apetito. Ni siquiera he comido.

-Acuérdese de la esposa de Barbarroja -me dijo Miss Deborah.

-Lo mismo se puede morir de una estocada que de hambre -contesté.

No dijo nada aún y yo me levanté, hice un gesto melodramático y me dispuse a marcharme. Cuando estaba ya en la puerta me llamó y me señaló la silla que acababa de dejar.

-Nunca he tenido el corazón duro -dijo-. Siéntese y si hemos de morir, moriremos juntos.

En pocas palabras me contó lo que sabía del secreto del capitán Diamond.

-Era un hombre de carácter iracundo y aunque amaba mucho a su hija, su voluntad era ley. Había escogido un esposo para ella y se lo había comunicado. La madre había muerto y vivían los dos solos. La casa era un aporte matrimonial de la señora Diamond. Tengo entendido que el capitán no tenía ni un céntimo. Después del casamiento se habían instalado en la casa y el

capitán se dedicaba a trabajar la tierra. El enamorado de la chica era un joven de Boston, con patillas. Una noche el capitán los sorprendió juntos; agarró al joven por el cuello y lanzó una maldición contra la hija. El Joven gritó que la chica era su esposa, el capitán le preguntó a ella si era verdad y la chica contestó que no. Entonces, el capitán, más furioso, repitió la maldición, le dijo que se fuera de la casa y la repudió. La chica se desmayó y el padre, furioso, se fue. Unas horas más tarde, regresó y encontró la casa desocupada. Sobre la mesa había una nota del joven en la cual le decía que había matado a su hija y que como marido se consideraba con el derecho a enterrar el cadáver. ¡Se lo había llevado en un coche! El capitán Diamond le eseribió una carta diciéndole que no creía que su hija hubiera muerto, pero que en todo caso, estaba muerta para él. Una semana más tarde, a medianoche, se le apareció el fantasma. Entonces, supongo, quedó convencido. El fantasma reapareció varias veces y llegó a presentarse regularmente. El viejo se sentía incómodo, porque con el tiempo su ira se había calmado y se había transformado en pena. Determinó dejar la casa y trató de venderla o de alquilarla; pero se había divulgado el rumor de las apariciones del fantasma, que ya otras personas habían visto; la casa tenía mala fama y era difícil deshacerse de ella, que era, con la tierra, la única propiedad del hombre. No tenía otros medios de subsistencia. Si no podía vivir en ella ni podía alquilarla, estaba condenado a vivir de la mendicidad. Pero el fantasma se mostraba implacable, como en su día se mostró él. Se resistió durante seis meses, pero al fin sucumbió. Se puso la capa, recogió sus cosas y se dispuso a marchar y mendigar su pan. Entonces el fantasma se ablandó y le propuso un trato. «Déjame la casa -le dijo-. La quiero para mí. Vete a vivir en otro lugar. Pero como no tienes medios de vida, seré su inquilino. Te pagaré una renta.» Y el fantasma señaló una cantidad. El capitán aceptó y cada trimestre va a cobrar la renta.»

Me reí de esta historia, pero confieso que me había impresionado porque venía a confirmar lo que yo había observado. ¿No había presenciado una de las visitas trimestrales del capitán, no le había visto mirando cómo su casero contaba el dinero de la renta y cuando él se retiraba en la oscuridad con una pequeña bolsa de monedas escondida en los pliegues de su capa? No comuniqué a Miss Deborah ninguna de mis reflexiones, porque estaba resuelto a que mis observaciones tuvieran una continuación y me prometí el placer de recrearla con mi historia en su plena madurez.

-¿No tiene el capitán Diamond ningún otro medio de vida conocido?

-Ninguno. No trabaja y el fantasma le mantiene. Una casa en que se aparecen los muertos es una propiedad muy valiosa.

-¿Con qué moneda paga el fantasma?

-En buenas monedas americanas de oro y plata. Con una sola peculiaridad: que todas las piezas son de fecha anterior a la muerte de la chica. Resulta una curiosa mezcla de materia y espíritu.

-¿Se porta de una manera decente, el fantasma? ¿Paga una buena renta?

-Tengo entendido que el viejo vive dignamente y que tiene su pipa y sus tragos. Alquiló una pequeña casa junto al río; la puerta da a la calle y hay un pequeñno jardín ante ella. Allí pasa los días, al cuidado de una mujer de color. Hace algunos años, solía pasearse bastante; era una figura conocida en la villa y mucha te conocía su leyenda. Pero últimamente se ha retirado en su concha y la curiosidad lo ha olvidado. Supongo que el hombre chochea ya. Pero estoy segura -dijo Miss Deborah como conclusión- que no sobrevivirá a sus facultades o a su capacidad de andar, porque si no recuerdo mal, una parte del trato era que tiene que ir personalmente a cobrar la renta.

No pareció que ninguno de los dos fuera a recibir castigo alguno por la indiscreción de Miss Deborah. Continué viéndola, día tras día, cantando inclinada sobre su labor, ni más ni menos activa que de costumbre. Fui más de una vez al cementerio, pero mis esperanzas quedaron defraudadas, porque no encontré al capitán Diamond allí. Pero tenía una perspectiva de ver compensada mi decepción. Deduje que las visitas del viejo a la casa eran hechas en el último día de cada trimestre. La primera vez que le había visto fue el treinta y uno de diciembre y me parecía probable, por consiguiente, que volvería allí el treinta y uno de marzo. Se aproximaba la

fecha... Al fin llegó. Acudí tarde a la casa dando por supuesto que la hora de la cita era la del crepúsculo. No me equivoqué. Hacía un rato que me paseaba por los alrededores, como si yo mismo fuera un fantasma, cuando el hombre apareció de la misma manera que en la ocasión anterior, con la misma indumentaria. De nuevo me escondí y observé cómo procedía al mismo ceremonial. Aparecieron las luces, una tras otra, en la rendija de cada ventana entre los postigos y yo abrí la ventana que había cedido a mi curiosidad tres meses antes. De nuevo vi la gran sombra en la pared, quieta y solemne. Pero no vi nada más. El viejo salió por fin, hizo sus fantásticos saludos ante la casa y desapareció en la oscuridad.

Un día, transcurrido más de un mes, volví a encontrarlo en el cementerio de Mount Auburn. El aire estaba lleno de las voces de la primavera. Los pájaros habían regresado y cantaban sus viajes del invierno, y una suave brisa de poniente murmuraba entre las plantas. El viejo estaba sentado al sol, todavía envuelto en su capa enorme y me reconoció en cuanto me acerqué a él. Hizo una inclinación de cabeza, como si fuera un gran señor oriental que diera la señal para mi decapitación, pero era evidente que estaba contento de verme.

-Le he buscado a usted aquí, más de una vez -le dije-. No viene usted a menudo.

-¿Qué quiere usted de mí? -preguntó.

-Gozar de su conversación. Me gustó tanto, el día en que charlamos...

-¿Me encuentra usted divertido?

-Interesante.

-¿Le parezco a usted un chiflado?

-¿Chiflado? ¡Señor! -protesté.

-Soy el hombre más en sus cabales de este lugar. Ya sé que es lo que dicen todos los locos, pero en general no pueden probarlo y yo sí puedo.

Calló por unos momentos.

-Le explicaré. Una vez, sin quererlo, cometí un crimen. Y ahora pago el castigo, con mi vida entera. Afronto los hechos como son. Nunca he tratado de esquivar mi pena, que es terrible; pero la he aceptado. He sido un filósofo. Si fuera católico, me habría hecho monje y habría dedicado el resto de mi vida al ayuno y a la oración. Pero esto no es una pena: es una evasión. Pude haberme suicidado, pude haberme vuelto loco... No. No hice nada de esto. Sencillamente, afronté las consecuencias. Como le dije, son terribles. Las afronto cuatro veces al año, en días determinados, y así lo haré mientras viva. No tengo otra cosa que hacer; este es mi pasatiempo, porque así es como he tomado la cosa. Hay que ser razonable.

-¡Admirable! -exclamé-. Pero me deja usted con mucha curiosidad y mucha simpatía.

-Especialmente con curiosidad -me replicó.

-Bueno, si yo supiera exactamente lo que sufre usted, mi compasión sería mayor.

-Muchas gracias. No necesito su compasión, que no me serviría de nada. Le diré a usted algo, pero no en mi interés sino en el de usted.

El anciano hizo una pausa y echó una mirada a su alrededor, para asegurarse de que ningún curioso le oía.

-¿Estudia usted aún teología? -me preguntó.

-Sí -respondí yo, quizá con una sombra de irritación-. Es una cosa que no puede aprenderse en seis meses.

-Así lo creo, sobre todo porque no tienen ustedes para estudiar más que sus libros. ¿No conoce usted el proverbio que dice: «Un grano de experiencia vale más que una libra de preceptos»? Yo soy un grán teólogo.

-¡Ah, usted ha tenido la experiencia! -murmuré con simpatía.

-Usted ha leído sobre la inmortalidad del alma, usted ha visto a Jonathan Edwards y al doctor Hopkin machacando lógica sobre ello y citando autoridades a troche y moche para determinar que es verdad. Pero yo lo he visto con mis propios ojos. ¡Y lo he tocado con estas manos!

El anciano levantó las manos, agitándolas furiosamente.

-¡Esto vale mucho más, pero lo he pagado caro! Es mejor que lo aprenda usted en los

libros. Evidentemente, es lo que hará. Es usted un joven buena persona; no tendrá usted nunca un crimen sobre su conciencia.

Le contesté, con fatuidad juvenil, que esperaba con toda seguridad tener mi parte de pasiones humanas, joven buena persona y futuro doctor en teología como era.

-¡Ah, pero usted tiene muy buen carácter! Como lo tengo yo ahora, pero en otro tiempo fui brutal, demasiado brutal. Debería usted saber lo que son las cosas. Maté a mi propia hija.

-¡A su hija!

-La dejé sin sentido y murió. Pudieron ahorcarme por ello, pero no la había derribado con mis manos, sino con mis palabras, falsas y reprobables. Y esto hace una gran diferencia: vivimos regidos por una gran ley. Puedo asegurarle que su alma es inmortal. Tengo una cita con ella cuatro veces al año y entonces recibo mi lección.

-¿Nunca le ha perdonado?

-Me ha perdonado como perdonan los ángeles. Y esto es lo que no puedo sufrir. No puedo soportar su mirada dulce y tranquila. Casi preferiría clavarme un cuchillo en el corazón... ¡Oh, Señor, Señor, Señor!

El capitán Diamond inclinó la cabeza sobre el puño de su bastón y apoyó la frente sobre sus manos cruzadas. Me sentí impresionado y conmovido y por un momento me pareció que su actitud invitaba a nuevas preguntas. Antes de que me aventurara a preguntar nada más, se levantó lentamente y se embozó con su capa. No estaba acostumbrado a hablar de sus penas y los recuerdos le abrumaban.

-Tengo que marcharme -me dijo-, he de caminar un largo trecho.

-Es posible que nos veamos otra vez.

-¡Oh!, estoy muy viejo -contestó- y es probable que tarde en volver. Tengo que reservarme. A veces estoy un mes seguido sentado en una silla fumando mi pipa. Pero me gustaría verle a usted de nuevo.

Se detuvo y me dirigió una mirada terrible y bondadosa a la vez.

-Es posible que algún día encuentre un alma joven y pura. Si consigo hacerme un amigo, algo habré ganado. ¿Cómo se llama usted?

Llevaba en mi bolsillo un volumen de los Pensamientos, de Pascal, en cuya guarda había escrito mi nombre y mi dirección. Se lo di a mi viejo amigo.

-Me gustaría que guardara usted este pequeño libro -le dije-. Me gusta mucho y le dirá algo acerca de mí.

Lo tomó y le dio un par de vueltas en sus manos. Luego me dirigió una mirada de gratitud.

-No soy un gran lector, pero no voy a rechazar el primer regalo que me hacen desde mi desgracia... Y el último. Muchas gracias, señor.

Con el pequeño libro en sus manos echó a andar. Yo quedé imaginando al hombre sentado durante semanas fumando su pipa.

Pasó tiempo sin que volviera a verle, pero esperaba mi oportunidad para el día último de junio, al final de otro trimestre. Al fin, al anochecer de un agradable día de verano, volví a la casa del capitán Diamond. Todo estaba verde a su alrededor, excepto la huerta en la parte trasera, pero su perpetua tristeza era tan impresionante como cuando la había visto bajo el cielo de diciembre. Al aproximarme vi que llegaba tarde para mi propósito, que era sencillamente el de adelantarme al capitán y pedirle descaradamente que me permitiera entrar con él. Había llegado antes de lo que yo había previsto y vi ya las luces prendidas a través de las rendijas de las ventanas. No quise, naturalmente, entrometerme en su entrevista con el fantasma y esperé a que saliera. Las luces se apagaron a su debido tiempo y salió el capitán Diamond. Aquella noche no hizo sus reverencias porque lo primero que vio al salir fue a su noble amigo plantado, modesta pero firmemente, cerca de la puerta de entrada. Se detuvo de manera brusca, me miró y esta vez su terrible mirada era adecuada a la situación.

-Sabía que estaba usted aquí y he venido intencionalmente.

Parecía contrariado y miró hacia la casa, molesto.

-Me perdonará usted que me haya tomado esta libertad -dije-, pero usted sabe que me

alentó a hacerlo.

-¿Cómo sabía usted que yo estaba aquí?

-Razoné. Usted me contó la mitad de su historia y yo deduje la otra mitad. Soy un gran observador y me fijé en esta casa, al pasar. Me pareció que encerraba un gran misterio. Cuando usted tuvo la confianza de decirme que veía espíritus, tuve la seguridad de que sólo podía ser aquí.

-Es usted muy listo -dijo el anciano-. ¿Y qué le ha traído a usted aquí precisamente esta noche?

Me vi obligado a esquivar la pregunta.

-Oh, vengo a menudo. Me gusta contemplar esta casa. Me encanta.

Se volvió y la miró.

-No tiene nada de particular, en la parte de afuera.

Era evidente que el exterior de la casa le era indiferente, a pesar de su aspecto peculiar, y esto, dicho así a la luz del crepúsculo, ante la misma siniestra construcción, parecía hacer más real su visión de las extrañas cosas del interior.

-He estado esperando una oportunidad para entrar en la casa. Pensé que podría encontrarle a usted y que me lo permitiría. Me complacería mucho ver lo que ve usted.

El capitán parecía confundido por mi osadía, pero no precisamente disgustado. Me puso una mano sobre el brazo.

-¿Sabe usted lo que he visto? -me preguntó.

-¿Cómo voy a saberlo si no es, como dijo usted el otro día, por la experiencia? Por favor, abra la puerta y permítame entrar.

Los ojos brillantes del capitán Diamond se abrieron desmesuradamente bajo sus cejas oscuras y, después de contener el aliento unos momentos, soltó la risa y vi los rasgos de su cara contraídos; una risa profundamente grotesca, pero silenciosa.

-¿Entrar con usted? -gruñó suavemente-. No entraría otra vez, hasta que llegue la hora, ni por mil veces la suma que he recibido.

Sacó la mano de entre los pliegues de su capa y me mostró un montón de monedas anudadas en el extremo de un viejo pañuelo de seda.

-Cumplo mi trato, no menos, pero tampoco más.

-Pero usted me dijo, la primera vez que tuve el gusto de hablar con usted, que la cosa no era tan terrible.

-Tampoco ahora digo que sea tan terrible. Pero es muy desagradable.

Este adjetivo fue pronunciado con tanta energía que me hizo titubear y reflexionar. Mientras lo hacía, me pareció que oía un ligero movimiento en uno de los postigos de una ventana encima de nosotros. Miré hacia arriba, pero todo estaba quieto. El capitán Diamond había estado pensando también; de pronto se volvió hacia la casa.

-Si quiere usted entrar solo -me dijo-, bienvenido sea usted.

-¿Me esperará usted aquí?

-Sí, no estará usted mucho ahí dentro.

-Pero la casa está completamente a oscuras. Cuando entra usted, tiene alguna luz.

Se metió la mano en las profundidades de su capa y sacó algunas cerillas.

-Tome esto -dijo-. Encontrará usted dos candeleros con velas encima de la mesa del vestíbulo. Enciéndalos usted, tome uno de cada mano y métase adelante.

-¿Adónde debo ir?

-A cualquier lugar... A todas partes. Confíe usted en que el fantasma le encontrará.

No voy a pretender que en aquel momento mi corazón no latía aceleradamente. Y no obstante imagino que hice un gesto con suficiente dignidad al anciano indicándole que me abriera la puerta. Había decidido en mi fuero interno que se trataba de un fantasma auténtico. Había aceptado la premisa y me había dado a mí mismo la seguridad de que una vez la mente estaba preparada y la cosa no era una sorpresa, era posible mantener la serenidad. El capitán Diamond dio una vuelta a la llave, abrió la puerta y me hizo una profunda reverencia al cederme

el paso. Me encontré en la oscuridad y oí el ruido de la puerta que se cerraba tras de mí. Durante unos momentos no moví ni un dedo de mi cuerpo; miraba valientemente frente a mí, en la oscuridad. Pero ni veía ni oía nada y al fin encendí una cerilla. Encima de una mesa vi dos candeleros de latón, viejos y mohosos por la falta de uso. Encendí las velas y empecé mi ronda de exploración.

Vi ante mí una ancha escalera, que tenía una balaustrada antigua de aquella talla rígidamente delicada que se encuentra en algunas viejas casas de la Nueva Inglaterra. Dejé para más tarde la escalera y me metí en la habitación a mi derecha. Era una salita con mobiliario anticuado y reducido, mustio debido a la ausencia de vida humana. Levanté mis luces y no vi nada más que las sillas vacías y los muros desnudos. Más allá estaba la habitación que yo había atisbado desde fuera que se comunicaba, como había deducido, por unas puertas plegables. Tampoco allí me enfrenté con ningún espectro amenazador. Atravesé de nuevo el vestíbulo y recorrí las habitaciones del otro extremo: un comedor en el frente, donde habría podido escribir mi nombre con el dedo en la capa de polvo que cubría la gran mesa cuadrada; y más allá, la cocina con sus cacerolas y otros cacharros, eternamente fríos. Todo esto resultaba triste y arduo, pero no formidable. Regresé al vestíbulo y me situé ante el pie de la escalera, sosteniendo mis candeleros. Subir era algo que requería un nuevo esfuerzo y miré hacia la oscuridad de lo alto. De pronto me di cuenta de que la oscuridad estaba animada; parecía moverse y contraerse. Lentamente -y digo lentamente porque en mi tensa expectación los momentos me parecieron muy largos- tomó la forma de una figura grande y definida, que avanzó y se detuvo en lo alto de la escalera. Francamente debo confesar que para entonces yo tenía conciencia de un sentimiento al cual me creo honestamente en el deber de dar el nombre de miedo. Puedo poetizarlo y llamarlo Pavor, así, con mayúscula. Era, en todo caso, el sentimiento que hace retroceder a un hombre. Notaba cómo crecía y me pareció perfectamente irresistible, porque tenía la impresión que no nacía de mi interior sino que me venía de afuera y que se encarnaba en la figura oscura de lo alto de la escalera. Pasados unos momentos, razoné. Recuerdo que razoné. Y me dije: «Siempre había creído que los fantasmas eran blancos y transparentes; y éste es una cosa de sombras espesas, densamente opacas.» Recuerdo muy bien que esto fue momentáneo, y que si el miedo había de dominarme tenía que poner atención en mis impresiones mientras conservara mis sentidos. Retrocedí, paso a paso, con mi mirada fija en la figura y dejé mis candeleros encima de la mesa. Tenía perfectamente conciencia de que lo más adecuado era que subiera resueltamente la escalera y me enfrentara con la figura, pero parecía que las suelas de mis zapatos se hubieran transformado de pronto en unas pesas de plomo. Me habían servido lo que deseaba: veía al fantasma. Traté de mirar a la figura distintamente a fin de poder recordarla bien y sostener después, honradamente, que no había perdido el dominio de mí mismo. Llegué a preguntarme cuánto tiempo se suponía que había de estar mirando y cuándo podía retirarme honorablemente. Todo esto, claro, pasó por mi mente rápidamente y me distraje de ello por un nuevo movimiento de la figura oscura. Aparecieron dos blancas manos de aquella masa vertical y se elevaron lentamente hasta lo que parecía ser el nivel de la cabeza. Allí se juntaron en la región de la cara, luego se separaron y dejaron al descubierto un rostro. Era confuso, blanco, extraño, fantasmal en todos los sentidos. Me miró durante unos instantes, después de los cuales una de las manos se levantó otra vez, lentamente, y se movió, hacia adelante y atrás. Había algo singular en aquel gesto, que me parecía denotar resentimiento y al mismo tiempo me despedía; y no obstante era una especie de movimiento trivial y familiar. En mis cálculos no había entrado la idea de familiaridad por parte de la Presencia fantasmal y no me impresionó agradablemente. Estuve de acuerdo con el capitán Diamond en que aquello era «muy desagradable». Me sentía imbuido del deseo de hacer una retirada ordenada y si era posible graciosa. Deseé hacerla gallardamente y me pareció que lo más gallardo sería apagar las luces. Me volví y así lo hice, puntillosamente, y luego me dirigí a tientas hacia la puerta y la abrí. La luz del exterior, aunque casi extinta, penetró en la casa por un momento, jugueteó con las polvorientas profundidades de la casa y me mostró la sombra sólida.

De pie en la hierba, inclinado sobre su bastón, bajo las estrellas vacilantes, encontré al

capitán Diamond, que me miró fijamente por unos momentos, pero no me hizo pregunta alguna. Luego se aproximó a la puerta y la cerró. Cumplida esta ceremonia, procedió a la otra -hizo su reverencia como un sacerdote ante un altar- y sin prestarme más atención, se fue.

Unos días más tarde, suspendí mis estudios y me fui debido a mis vacaciones de verano. Estuve ausente unas semanas, durante las cuales tuve bastante tiempo libre para analizar mis impresiones de lo supernatural. Me satisfizo reflexionar que no me había sentido innoblemente aterrorizado: ni había huido asustado ni me había desmayado, sino que había procedido con dignidad. No obstante, me sentí ciertamente más cómodo cuando puse treinta millas entre mí y la escena de mi proeza, y durante mucho tiempo continué prefiriendo la luz del día a la oscuridad. Mis nervios se habían sentido fuertemente excitados y tuve especialmente conciencia de que bajo la influencia del aire soporífero de la costa, mi excitación empezaba lentamente a desvanecerse. A medida que esto se producía, intenté adoptar una actitud seriamente racional sobre mi experiencia. Cieramente, yo había visto algo, que no era una fantasía; pero, ¿qué era lo que yo había visto? Lamentaba mucho entonces no haber sido más osado y no haberme aproximado más a la aparición y examinarla más minuciosamente. Yo había hecho tanto como cualquier hombre en mis circunstancias se habría atrevido a hacer. Fue realmente una imposibilidad lo que me impidió avanzar. ¿No era esta paralización de mis facultades en sí misma una influencia sobrenatural? No necesariamente, tal vez, porque un fantasma falso que uno acepte puede impresionar tanto como uno verdadero. Pero, ¿por qué había yo aceptado tan fácilmente el fantasma negro que movía su mano? ¿Por qué se había impresionado tanto, el mismo fantasma? Indiscutiblemente, verdadero o falso, era un fantasma muy inteligente. Yo habría preferido -y lo habría preferido mucho- que hubiera sido un fantasma autentico, en primer lugar porque no me importaría haberme estremecido y haber temblado por ello y en segundo lugar porque haber visto un aparecido verdadero es una rareza de la cual pocos pueden jactarse. Traté, por consiguiente, de dejar mi visión inalterada y dejar de buscarle explicaciones. Pero un impulso más fuerte que mi voluntad me inducía de vez en cuando a plantearme una pregunta burlona. Dando por supuesto que la aparición era la de la hija del capitán Diamond, era su espíritu, pero, ¿no era su espíritu y algo más?

A mediados de setiembre me encontré nuevamente instalado entre las sombras teológicas y no tuve ninguna prisa por visitar otra vez la casa del capitán.

Se aproximaba el final de mes -que era el final de otro trimestre para el pobre capitán Diamond- y me sentía poco dispuesto a estorbar su peregrinaje, en aquella ocasión; aunque confieso que pensaba con una gran dosis de compasión en el agotado anciano yendo, solo, en el crepúsculo de otoño a su diligencia extraordinaria. El día treinta de setiembre me encontraba, soñoliento, inclinado sobre un pesado libro, cuando oí que llamaban débilmente a mi puerta. Respondí con una invitación a entrar, pero como esto no produjera efecto, me levanté, fui hasta la puerta y la abrí. Me encontré ante una mujer negra, ya entrada en años, con la cabeza envuelta con un turbante rojo y un pañuelo blanco doblado a través del pecho. Me miró en silencio. La mujer tenía un aire de gravedad y de recato que a menudo se observa en las personas de edad de su raza. Quedé mirándola en actitud interrogativa y por fin, sacando una mano de un gran bolsillo, me enseñó un pequeño libro. Era el ejemplar de los Pensamientos, de Pascal, que yo había regalado al capitán Diamond.

-Por favor, señor -dijo la mujer, quedamente-, ¿conoce usted este libro?

-Perfectamente -contesté-. En la guarda de ese libro está escrito mi nombre.

-¿Es su nombre y no el de otra persona?

-Si usted quiere, escribiré mi nombre y podrá usted compararlo con el que está escrito en el libro -contesté.

Quedó callada unos momentos y luego, con dignidad, dijo:

-Sería innecesario. No sé leer. Si me da usted su palabra, me basta. Vengo -continuó diciendo- de parte del caballero a quien usted dio el libro. Me dijo que lo trajera como prenda... Prenda es la palabra que dijo él. Está enfenmo en cama y necesita verle a usted.

-¿El capitán Diamond, enfermo? -exclamé-. ¿Está grave?

-Muy mal, señor, muy mal... Está acabado.

Manifesté mi pesar y mi simpatía y me mostré dispuesto a ir a verle en seguida si su mensajera negra me mostraba el camino. La mujer asintió con deferencia y a los pocos momentos la seguía por las calles soleadas, sintiéndome como un personaje de las Mil y una noches, conducido hasta una puerta trasera por una esclava etíope. La mujer dirigió sus pasos hacia el río y se detuvo ante una pequeña casa amarilla, de aspecto decente, en una de las calles descendentes; me abrió rápidamente la puerta y me condujo ante la presencia de mi viejo amigo, que estaba en cama, en una habitación oscura, evidentemente en estado de postración. Estaba con la espalda recostada contra la almohada, mirando ante sí; con su cabello erizado más erecto que nunca y con sus ojos intensamente brillantes y oscuros delatando su fiebre. El apartamento era modesto y escrupulosamente limpio, y pensé que mi morena guía era una fiel sirviente. El capitán Diamond, tendido rígido y pálido entre sus blancas sábanas, parecía una figura rústicamente tallada en la cubierta de una tumba gótica. Me miró silenciosamente y mi acompañante se retiró y nos dejó a los dos solos.

-Sí, es usted -dijo por fin el capitán-, es usted, aquel joven bondadoso. No me equivoco, ¿verdad?

-Espero que no. Creo que soy un joven bueno, y siento mucho que se encuentre usted enfermo. ¿Qué es lo que puedo hacer por usted?

-Me encuentro mal, muy mal. Me duelen todos mis viejos huesos -dijo el hombre, que gruñendo continuamente trató de volverse hacia mí.

Le pregunté sobre el carácter de su enfermedad y sobre el tiempo que llevaba en la cama, pero apenas me hizo caso. Parecía estar impaciente por hablarme de algo.

Me agarró por una manga, me atrajo hacia sí y murmuró rápidamente:

-Usted sabe que se acabó mi tiempo.

-¡Oh, espero que no! -dije, interpretando mal sus palabras-. Estoy seguro de que no voy a tardar en verle otra vez salir a la calle.

-Sólo Dios lo sabe, pero no quería decir que este muriéndome. Quería decir que vence mi trimestre para la renta de la casa. Hoy es el día de pago.

-¡Oh, exactamente! Pero usted no puede ir.

-No puedo ir. Es terrible. Perderé mi dinero. Aunque estuviera muriéndome, lo necesito de todos modos. Tengo que pagar al doctor. Y quiero que me entierren como a un hombre de respeto.

-¿Es esta noche? -preguntó.

-Esta noche a la puesta de sol, exactamente.

Tendido en la cama, me miraba, y yo, a mi vez, le miraba a él, y de pronto comprendí el motivo de que me hubiera llamado. En cuanto se me ocurrió la idea, moralmente la rechacé. Pero supongo que debí mostrarme imperturbable, porque el hombre continuó hablando en el mismo tono.

-No puedo perder ese dinero. Tiene que ir alguna otra persona. Le pedí a Belinda que fuera ella, pero no quiere ni oír hablar de ello.

-¿Cree usted que el dinero sería pagado a otra persona?

-Podemos probar, por lo menos. No había estado nunca enfermo y no lo sé. Pero si usted le dice que estoy enfermo, que me duelen todos los huesos, que estoy muriéndome, tal vez confíe en usted. ¡Mi hija no querrá que me muera de hambre!

-Entonces, ¿usted querría que yo fuera en lugar de usted?

-Usted ya ha estado allí otra vez, ya sabe lo que es eso. ¿Está usted asustado?

Titubeé.

-Deme tres minutos para reflexionar y se lo diré a usted.

Dejé vagar mi mirada por la habitación y observé varios objetos que delataban la dura y decente pobreza de su ocupante. En su dispersión, viejos y usados, me dieron la impresión de que lanzaban un mudo llamamiento a mi piedad y a mi determinación. El capitán Diamond continuaba débilmente:

-Creo que tendrá confianza en usted, como la tengo yo. Le gustará la cara de usted; verá que no hay malas intenciones en usted. Tiene que darle ciento treinta y tres dólares, exactamente. Asegúrese usted de que los pone en parte segura. No vaya a perderlos.

-Sí -dije, al fin-, iré y en lo que de mí dependa, creo que podrá usted tener su dinero como a las nueve de la noche.

El hombre se mostró muy aliviado. Me toznó la mano y la oprimió débilmente. No tardé en retirarme. Traté durante el curso del día de no pensar en la prueba que me esperaba aquella noche; pero, claro, no pensé en otra cosa. No voy a negar que me sentía nervioso; de hecho, estaba muy excitado y pasé el tiempo deseando alternativamente que el misterio no fuera tan profundo como parecía o que no resultara demasiado superficial. Las horas pasaron lentamente, pero por la tarde, en cuanto se inició el crepúsculo, salí de casa para ir a cumplir mi misión. En el camino me detuve en la modesta vivienda del capitán Diamond, para preguntar cómo se encontraba y para recibir las últimas instrucciones que quisiera darme. La anciana negra, grave e inescrutablemente plácida, en respuesta a mis preguntas dijo que el capitán estaba muy decaído; había empeorado desde la mañana.

-Debe usted darse prisa si quiere regresar antes de que el capitán se acabe.

Una mirada me convenció de que estaba enterada de mi proyectada expedición, aunque en su pupila negra opaca no vi ninguna luz que la traicionara.

-Pero, ¿por qué tiene que acabarse ahora el capitán Diamond? Es verdad que parece muy débil, pero no creo que sea ésta su última enfermedad.

-Su enfermedad es la vejez -dijo la mujer sentenciosamente.

-Pero un es tan viejo como eso. Tendrá sesenta y siete o sesenta y ocho años a lo sumo.

La mujer calló por un momento.

-Está muy gastado. No resistirá mucho tiempo ya.

-¿Puedo verle un momento? -pregunté.

La mujer me condujo en seguida a la habitación del capitán, el cual estaba acostado, como le había visto por la mañana, pero con los ojos cerrados. No me pareció que estuviera tan decaído como me decía la mujer, si bien apenas se le notaba el pulso. Supe después que el médico había estado allí aquella tarde y se había mostrado satisfecho.

-No sabe lo que va a pasar -dijo Belinda brevemente.

El anciano se agitó un poco, abrió los ojos y pasado un momento, me reconoció.

-Voy a buscar su dinero -le dije-. ¿Tiene usted algo más que decirme?

El capitán se incorporó lentamente y con un penoso esfuerzo, apoyándose en las almohadas. Pero yo tenía la impresión de que apenas me comprendía.

-La casa, ¿sabe usted? -le dije-. Su hija.

Se frotó la frente un momento y por fin demostró que comprendía.

-¡Ah, sí! -murmuró-. Confío en usted. Ciento treinta y tres dólares. En piezas viejas, todo en piezas viejas.

Luego agregó vigorosamente y con los ojos brillantes:

-Sea usted respetuoso... Sea cortés. Si no... Si no...

Su voz falló de nuevo.

-Claro que lo seré -dije con una sonrisa casi forzada-. Pero si no, ¿qué?

-Si no, lo sabré -dijo el anciano gravemente.

Dicho esto, se hundió en la cama y cerró los ojos. Salí y continué mi marcha, a un paso suficientemente resuelto. Cuando llegué a la casa, hice una inclinación propiciatoria, emulando al capitán Diamond. Había calculado mi marcha para poder entrar sin espera. Ya había caído la noche. Di una vuelta a la llave, abrí la puerta, entré y cerré tras de mí. Encendí una cerilla y vi los dos candeleros que había usado la vez anterior, encima de la mesa próxima a la entrada. Los encendí con una cerilla, los agarré y pasé a la sala. Estaba vacía y aunque esperé un rato, ni oí ni vi nada. Pasé a las otras piezas de la misma planta y ninguna imagen oscura me salió al paso. Por fin volví al vestíbulo y estuve considerando la cuestión de subir la escalera, que había sido la escena de mi susto, y me aproximé a ella con recelo. Al pie hice una pausa, apoyé mi mano en la

balaustrada y miré hacia arriba. Me sentía agudamente expectante y mi expectación estaba justificada. Lentamente, en la oscuridad de lo alto, apareció la figura oscura que en otra ocasión había visto cómo tomaba cuerpo. No era una ilusión; era una figura y era la misma. Le di tiempo para que se definiera por sí misma y observé cómo se detenía y miraba hacia abajo. Tenía la cara oculta. Deliberadamente, levanté la voz y dije:

-Vengo en lugar del capitán Diamond, a demanda suya. Está muy enfermo y no puede dejar la cama. Le pide encarecidamente que me pague a mí el dinero. Se lo llevaré inmediatamente.

La figura permaneció quieta, sin hacer signo alguno.

-El capitán Diamond habría venido si pudiera moverse -agregué en tono de súplica-, pero está completamente incapacitado.

Al llegar a este punto, la figura se quitó lentamente el velo de la cara y mostró una máscara blanca, confusa. Luego empezó a descender lentamente la escalera. Instintivamente me eché hacia atrás, retirándome hacia la puerta de la sala delantera. Con mis ojos fijos en la aparición retrocedí hasta atravesar el umbral; entonces me detuve en el centro de la pieza y dejé mis candeleros. La figura avanzó. Me pareció que era la de una mujer alta, vestida con crespones negros vaporosos. Cuando estuvo cerca me di cuenta de que tenía un rostro perfectamente humano, aunque muy pálido y triste. Estuvimos unos momentos mirándonos uno a otro; mi agitación se había calmado por completo. Me sentía sólo muy interesado.

-¿Está enfermo, mi padre? -dijo la aparición.

Al sonido de su voz -amable, trémula y perfectamente humana-, di un paso adelante y sentí de nuevo mi excitación. Hice una larga aspiración y lancé una especie de grito, porque lo que tenía ante mí no era un espíritu separado de su cuerpo, sino una mujer bella, una actriz audaz. De una manera instintiva e irresistible, llevado por la fuerza de mi reacción contra mi credulidad, extendí el brazo y agarré el velo que cubría la cabeza de la mujer. Le di un tirón violento y casi se lo arranqué. Quedé contemplando a la mujer, que aparentaba unos treinta y cinco años. Con una sola mirada resumí varios detalles de su aspecto: su largo vestido negro, su cara pálida y ajada por el dolor, pintada para que apareciera más pálida, los ojos, del mismo color que los de su padre, y el mismo sentido de la dignidad ante mi gesto.

-Supongo que mi padre no le ha enviado a usted para que me insulte.

Diciendo esto, se volvió rápidamente, tomó uno de los candelabros y se dirigió hacia la puerta. Allí se detuvo, me miró de nuevo, vaciló y al fin se sacó una bolsa y la tiró al suelo.

-Ahí tiene usted su dinero -dijo con aire majestuoso.

Quedé titubeando entre el asombro y la vergüenza y vi cómo la mujer pasaba al vestíbulo. Luego recogí la bolsa. Un momento después oí un grito prolongado y el ruido de algo que se caía en el suelo y la mujer volvió con pasos vacilantes a la sala, sin el candelabro.

-¡Mi padre! ¡Mi padre! -gritaba.

Con la boca abierta y los ojos dilatados, se precipitó sobre mí.

-Su padre, ¿dónde? -pregunté.

-En el vestíbulo, al pie de la escalera.

Di un paso para ir a ver, pero la mujer me agarró de un brazo.

-¡En blanco! -gritaba la mujer-. En camisa.

-Su padre está en casa, en cama, muy enfermo -respondí.

Me miró fijamente, con ojos escrutadores.

-¿Muriéndose?

-Espero que no -tartamudeé.

La mujer lanzó un largo gemido y se cubrió la cara con las dos manos.

-¡Oh, Dios mío, he visto su fantasma! -gritaba.

No me soltaba el brazo y parecía demasiado asustada para dejarme.

-¡Su fantasma! -repetí, sorprendido.

-Es el castigo por mi larga locura -continuó diciendo.

-¡Ah! -dije yo-. Es el castigo pnr mi indiscreción, por mi violencia.

-¡Sáqueme usted de aquí, sáqueme! -gritaba la mujer, siempre agarrada a mi brazo-. No, por allí no, por piedad -agregó cuando me dirigí hacia el vestíbulo y la puerta delantera-. Por la puerta de atrás.

Y tomando el otro candelabro de encima de la mesa, me condujo a través de la pieza vecina hacia la parte trasera de la casa. Había una puerta que daba a una especie de fregadero en una huerta. Di vuelta a la aldaba mohosa, salimos y nos encontramos al aire libre, bajo las estrellas. Allí mi acompañante recogió su ropaje negro y pareció titubear durante unos instantes. Me sentía muy aturdido, pero mi curiosidad por aquella mujer superaba mi confusión. Agitada, pálida, extraña, la veía, a la escasa luz del anochecer, muy bella.

-Ha estado usted representando un papel extraordinario, estos años.

Me miró tristemente y parecía poco dispuesta a responderme.

-He venido absolutamente de buena fe -continué diciendo-. La última vez, hace tres meses... ¿Se acuerda usted? Me dio usted mucho miedo.

-Claro que ha sido un papel extraordinario -contestó al fin-. Pero era la única manera.

-¿No le habría perdonado?

-Mientras me considerara muerta, sí. Hubo cosas en mi vida que él no podía perdonar.

Titubeé y luego pregunté:

-¿Dónde está su esposo?

-No tengo esposo. Nunca he tenido esposo.

Hizo un gesto que impedía nuevas preguntas y echó a andar rápidamente. Anduve a su lado alrededor de la casa, hacia la carretera, y la mujer continuaba diciendo:

-Era él... Era él.

Cuando llegamos a la carretera, se detuvo y me preguntó en qué dirección me iba yo. Señalé el camino por el cual había llegado y ella dijo:

-Me voy en otra dirección. ¿Va usted a ver a mi padre? -agregó.

-Directamente.

-¿Puede usted hacerme saber mañana cómo lo ha encontrado?

-Con mucho gusto, pero, ¿cómo voy a comunicarme con usted?

Pareció desconcertada y miró a su alrededor.

-Escríbame usted unas pocas palabras y ponga el papel debajo de esa piedra.

Me señaló una de las losas de lava que había junto al pozo. Le prometí que lo haría y ella se volvió.

-Conozco mi camino -dijo-. Todo está resuelto. Es una vieja historia.

Se alejó de mí a paso rápido y cuando se confundía con la oscuridad adquirió otra vez, con los oscuros y flotantes crespones de su vestimenta, la apariencia fantasmal que se me había aparccido por primera vez. La observé hasta que se hizo invisible y entonces abandoné el lugar. Volví a la ciudad a un paso ligero y me dirigí directamente a la casa amarilla próxima al lago. Me tomé la libertad de entrar sin llamar y al no encontrar quien me cerrara el paso fui hacia la habitación del capitán Diamond. Junto a la puerta, sentada en un banco bajo, con los brazos cruzados, estaba la negra Belinda.

-¿Cómo está? -pregunté.

-Se fue a la gloria.

-¿Muerto?

Belinda se levantó, dcjando oír una risita trágica.

-Ahora es un fantasma tan grande como cualquiera de ellos.

Penetré en la pieza y encontré al anciano tendido en la cama irremediablemente rígido e inmóvil. Escribí aquella noche unas líneas que me proponía poner al día siguiente debajo de la piedra, junto al pozo; pero mi promesa estaba destinada a no ser cumplida. Dormí muy mal aquella noche -lo cual era lógico -y en mi desasosiego me levanté de la cama y di unos pasos por la pieza. Así fue como vi a traves de la ventana un gran resplandor rojo en el firmamento hacia el noroeste. Ardía una casa en el campo y evidentemente ardía aprisa, en la misma dirección de la escena de mis aventuras del atardecer de aquel mismo día. Mientras miraba al horizonte rojo

recordé algo. Había apagado la vela que me iluminaba a mí y a mi acompañante hasta la puerta por la cual escapamos, pero no había pensado más en la otra, que la mujer se había llevado y se le había caído -cualquiera sabe dónde- en su consternación. Al día siguiente fui con mi carta doblada y tomé el cruce de caminos ya familiar. La casa del fantasma era un montón de vigas carbonizadas y de cenizas que cubrían el rescoldo. Los pocos vecinos que habían tenido la audacia de desafiar lo que debieron considerar como un fuego prendido por el diablo, habían quitado la tapa del pozo, a la búsqueda de agua, las piedras sueltas habían sido completamente desplazadas y la tierra había sido pisoteada y había en ella varios charcos.

SIR EDMUND ORME

Aunque el fragmento no está fechado, al parecer este relato se escribió mucho después de la muerte de su esposa, que supongo es una de las personas a las que se alude. Sin embargo, no hay nada en esta extraña historia que permita confirmar tal suposición, aunque tal vez ello carezca de importancia. Cuando entré en posesión de sus efectos, encontré estas páginas en un cajón cerrado con llave, entre papeles que hacían referencia a la vida tan breve de la infortunada dama, muerta de parto un año después de su boda: cartas, memorandos, cuentas, fotografías amarillas, tarjetas de invitación. Esa es la única relación que he podido encontrar, y es muy posible, e incluso probable, que el lector la juzgue demasiado arriesgada para tener una base sólida. Reconozco que no tengo pruebas de que en este escrito se haya querido referir a hechos reales, lo único que puedo garantizar es la veracidad general de lo que cuenta. En cualquier caso, era algo escrito para sí mismo, no para los demás. Yo lo presento a los lectores, con pleno derecho para hacerlo, precisamente debido a su singularidad. Con respecto a la forma, que nadie olvide que se escribió exclusivamente para él mismo. No he cambiado nada salvo los nombres.

Si existe una historia en todo esto, puedo indicar el momento exacto en que empezó. Fue en un suave y plácido mediodía de domingo en el mes de noviembre, apenas salir de la iglesia, en el paseo lleno de sol. Brighton rebosaba de gente; estábamos en plena temporada y el día era aún más respetable que hermoso, lo cual contribuía a explicar la afluencia de paseantes. Hasta el mar azul era correcto; parecía dormitar con un leve ronquido -suponiendo que eso sea correcto- mientras la naturaleza predicaba un sermón. Después de haber estado escribiendo cartas durante toda la mañana, yo había salido para contemplarla un momento antes del almuerzo. Me apoyé en la balaustrada que separaba King's Road de la playa y creo que fumé un cigarrillo, cuando fui consciente de una insinuación de chanza al sentir que se apoyaba sobre mis hombros un ligero bastonciilo. Vi que se trataba de Teddy Bostwick, de los Fusileros, y que de este modo me invitaba a charlar. Fuimos conversando mientras paseábamos -siempre se cogía al brazo de uno para demostrarle que perdonaba su escasa capacidad de comprender su sentido del humor- y miraba a la gente, saludaba a algunas personas, se preguntaba quiénes eran otras y difería en opinión en lo que se refiere a la belleza de las muchachas. No obstante, sobre Charlotte Marden estuvimos de acuerdo cuando la vimos avanzar hacia nosotros en compañía de su madre; y sin duda alguna hubiera sido difícil que alguien disintiera. El aire de Brighton siempre ha hecho parecer más hermosas a las muchachas sin atractivo, y a las atractivas mucho más hermosas, no sé si esa especie de hechizo sigue dándose. Sea como fuere, el lugar era excepcional para resaltar la belleza de la tez, y el encanto de la señorita Marden era tal que la gente se volvía para mirarla. Y bien sabe Dios que también a nosotros nos hizo detenernos o, al menos ésa fue una de las razones, porque ya conocíamos a esas damas.

Dimos media vuelta para unirnos a ellas y las acompañamos. Sólo se proponía ir hasta el final del paseo y volver; acababan de salir de la iglesia. Teddy manifestó ahora su sentido del humor acaparando inmediatamente a Charlotte y dejándome emparejado con su madre. Sin

embargo, no podía quejarme; la joven andaba delante de mí y yo podía hablar de ella. Prolongamos nuestro paseo; la señora Marden siguió a mi lado y por fin dijo que estaba fatigada y que necesitaba descansar. Nos sentamos en un banco resguardado y nos pusimos a charlar viendo cómo pasaba la gente. No era la primera vez que me llamaba la atención en ambas que el parecido entre madre e hija era prodigioso, incluso dentro de ese tipo de parecidos, sobre todo teniendo en cuenta que apenas tenía nada que ver con una diferencia de naturaleza. A menudo se oye hablar de madres de edad madura como avisos o postes de señales más o menos desalentadores del camino que pueden seguir las hijas. Pero no había nada disuasorio en la idea de que Charlotte fuese a los cincuenta y cinco años tan bella como la señora Marden, aunque tuviese que tener su misma palidez y su aire preocupado. A los veintidós, tenía una blancura sonrosada y era admirablemente hermosa. Su cabeza tenía la misma forma encantadora que la de su madre y sus rasgos presentaban la misma noble armonía. Y luego había miradas, ademanes y entonaciones de voz -momentos en los que era difícil decir si era algo que se veía o que se oía- que tejía entre las dos toda una red de referencias y recuerdos.

Estas damas disfrutaban de una pequeña fortuna y de una acogedora casita en Brighton, llena de retratos, recuerdos y trofeos -animales disecados sobre los anaqueles de la biblioteca y descoloridos peces barnizados detrás de cristales- a los que la señora Marden tenía mucho apego como recuerdos entrañables. Por indicación de los médicos allí había pasado su esposo los últimos años de su vida, y ella ya me había dicho que en aquél lugar se sentía bajo la protección de la bondad del difunto. Al parecer esta bondad había sido muy grande y en ocasiones su viuda parecía defenderla de vagas insinuaciones. Evidentemente, necesitaba sentirse protegida, notar una influencia benéfica que pudiera evocar; experimentaba una confusa ansiedad, un anhelo de sentirse segura. Necesitaba amigos y tenía muchos. Desde que nos conocimos se había mostrado amable conmigo y yo nunca advertí en ella la vulgar intención de «cazarme»... sospecha desde luego injustificadamente frecuente en los jóvenes presuntuosos. Nunca se me había ocurrido que había puesto los ojos en mí pensando en su hija, ni tampoco, como algunas madres desnaturalizadas, pensando en sí misma. Diríase que ambas compartían una misma necesidad profunda y temerosa que las empujaba a dar a entender. «¡Oh, sea amable con nosotras y no recele! ¡No tema, no esperamos que se case con nosotras!» «Desde luego, mamá tiene un no sé qué que hace que todo el mundo la quiera», me dijo confidencialmente Charlotte en los primeros tiempos de nuestra relación. Sentía una gran admiración por el aspecto físico de su madre. Era lo único de lo que se vanagloriaba; aceptaba las cejas levantadas como un rasgo encantador y definitivo. «Mi querida mamá siempre parece que esté esperando al médico», me dijo en otra ocasión. «Tal vez usted sea el médico, ¿cree que lo es?» Entonces se vio que yo tenía ciertos poderes curativos. En cualquier caso, cuando descubrí, porque en una ocasión ella dejó caer el comentario, que la señora Marden también opinaba que había en Charlotte algo «muy extraño», la relación existente entre las dos damas no podía por menos de resultarme interesante. En el fondo les unía un sentimiento de felicidad; cada una de ellas pensaba mucho en la otra.

En el paseo continuaba el fluir de los paseantes y pasó Charlotte junto a Teddy Bostwick. Sonrió inclinando la cabeza y siguió su camino, pero cuando volvió a pasar frente a nosotros se detuvo y nos dirigió la palabra. Evidentemente el capitán Bostwick se resistía a retirarse, dijo que la ocasión era demasiado tentadora. ¿Podían dar otra vuelta? La madre dejó caer un «haced lo que queráis», y la joven me dirigió una impertinente sonrisa de soslayo mientras se alejaban. Teddy me miró a través de su monóculo, pero no me importaba. Estaba pensando solamente en la señorita Marden cuando dije riendo a mi acompañante:

-Es un poco coqueta, ¿sabe usted?

-¡No diga eso, no diga eso! -murmuró la señora Marden.

-Las jóvenes más encantadoras siempre lo son... sólo un poquito -argüí mostrándome magnánimo.

-Entonces, ¿por qué siempre son castigadas?

La intensidad de la pregunta me sorprendió; había brotado como en medio de un vivo resplandor. Por eso tuve que pararme a responderle:

-¿Qué sabe usted de esos castigos?

-Bueno, yo también fui una mala muchacha.

-¿Y fue castigada?

-Lo estoy siendo durante toda la vida -dijo desviando la mirada.

De pronto empezó a jadear y se puso en pie mirando fijamente a su hija que había vuelto a acercarse a nosotros siempre en compañía del capitán Bostwick. Permaneció de pie durante unos segundos, con una extrañísima expresión pintada en el rostro; luego se dejó caer de nuevo en el banco y vi que tenía la cara arrebolada. Charlotte, que se había dado cuenta de todo, fue hacia ella y, cogiéndole la mano con un rápido y cariñoso movimiento, se sentó al otro lado de la señora Marden. La joven había palidecido y miraba fijamente a su madre con una expresión asustada. La señora Marden, que había tenido alguna impresión por causas que se nos escapaban, se rehizo; es decir, siguió sentada, inmóvil e inexpresiva, contemplando el gentío indiferente, el aire soleado, el mar adormecido. Sin embargo, mi mirada se posó en las manos enlazadas de las dos mujeres, y en seguida advertí la violenta crispación de las de la madre. Bostwick seguía ante nosotros, preguntándose qué pasaba e interrogándome desde su estúpido monóculo si yo lo sabía; lo cual movió a Charlotte a decirle al cabo de un momento con cierta irritación:

-No se quede ahí plantado, capitán Bostwick. Váyase... por favor, váyase.

Al oír esto me levanté, confiando que la señora Marden no estuviera enferma; pero en seguida nos rogó que no la dejáramos sola, insistiendo mucho en que nos quedásemos y que almorzáramos con ella en su casa. Hizo que volviera a sentarme a su lado y durante un momento sentí que su mano me apretaba el brazo de una manera que tal vez traicionaba involuntariamente un sentimiento de zozobra, si no era una señal secreta. Lo que hubiese querido darme a entender yo no podía adivinarlo. Quizás había visto entre la multitud a alguien o algo anormal. Al cabo de unos minutos nos aclaró que se encontraba perfectamente, que sólo sufría palpitaciones, pero que le desaparecían con tanta rapidez como le asaltaban. Ya era hora de irnos... verdad que nos hizo poner en movimiento. Teníamos la impresión de que el incidente se daba por terminado. Bostwick y yo almorzamos con nuestras hospitalarias anfitrionas, y cuando ambos salimos de su casa me aseguró que jamás había conocido a nadie que fuese más de su agrado.

La señora Marden nos había hecho prometer que volveríamos al día siguiente a tomar el té, rogándonos que, en general, acudiéramos a su casa tan a menudo como pudiéramos. No obstante, al día siguiente, cuando a las cinco en punto llamé a la puerta de su encantadora casita, resultó que las señoras se habían ido a la ciudad. Habían dejado al mayordomo un recado para nosotros: que habían recibido una llamada inesperada y que lo sentían mucho. Su ausencia iba a durar unos cuantos días. Esto fue todo lo que pude averiguar del taciturno criado. Volví tres días después, pero aún no habían regresado; y sólo al cabo de una semana recibí una nota de la señora Marden: «Ya estamos de vuelta», escribía, «venga a vernos y discúlpenos». Recuerdo que fue entonces -al ir a visitarlas poco después de recibir su nota- cuando me dijo que había tenido intuiciones muy claras. Ignoro cuántas personas había en Inglaterra en aquel entonces que se viesen en este trance; pero hubieran sido muy pocas las que lo hubieran mencionado; de modo que sus palabras me sorprendieron y me llamaron mucho la atención, sobre todo cuando me dijo que algunos de esos misteriosos impulsos tenían relación conmigo. Había otras personas presentes -ociosos de Brighton, ancianas de ojos asustados e interjecciones impertinentes- y sólo pude hablar unos pocos minutos con Charlotte; pero al día siguiente cené con las dos y tuve la satisfacción de sentarme al lado de la señorita Marden. Recuerdo esta ocasión como la hora en que cobré plena conciencia de que era una mujer tan bella como generosa. Antes había entrevisto destellos de su personalidad, como una canción de la que sólo nos llegan fragmentos de la tonada, pero ahora estaba ante mí como un amplio resplandor rosado, como una melodía que se hace plenamente perceptible. Oía perfectamente la totalidad de la música, que era de una suave hermosura, y que a menudo iba yo a volver a tararear.

Aquella tarde cambié unas palabras con la señora Marden; fue hacia una hora ya tardía, cuando empezaban a servir el té. Cerca de nosotros pasó un criado con una bandeja, yo le pregunté si quería tomar una taza y al responderme afirmativamente, cogí una para ofrecérsela.

Ella tendió la mano y yo dejé en la suya la taza, ajeno a que pudiera producirse algún percance; pero cuando sus dedos estaban a punto de sujetarla, se estremeció y vaciló, de modo que la frágil taza y el delicado recipiente cayeron al suelo en medio de un estruendo de porcelana, sin que ella hiciera ese movimiento tan propio de las mujeres de proteger el vestido. Me agaché para recoger los pedazos y cuando volví a levantarme la señora Marden miraba fijamente al otro extremo de la estancia, donde se encontraba su hija, quien desvió la vista con una sonrisa en la cara, pero con ojos inquietos. «Pero, ¿qué te pasa, mi querida mamá?» parecía decir la muda pregunta. La señora Marden estaba roja como cuando hizo aquel extraño gesto en el paseo una semana atrás, y cuál no sería mi sorpresa cuando me dijo con un inesperado aplomo:

-La verdad es que podría usted haber tenido más cuidado.

Empezaba a balbucear una frase en mi defensa cuando advertí sus ojos fijos en los míos, como haciéndome una intensa súplica. Al principio me sentí desconcertado y todo aquello sólo contribuyó a aumentar mi confusión; pero súbitamente comprendí con tanta claridad como si hubiera murmurado: «Finja que ha sido usted, finja que ha sido usted». El criado acudió para llevarse los restos de la taza y limpiar el té derramado, y mientras yo me entregaba a la tarea de fingir que había sido por mi culpa, la señora Marden se alejó bruscamente de mí, escapando a la atención de su hija, y se dirigió a otra habitación. No hizo el menor caso al estado en que se encontraba su vestido.

Aquella noche no volví a ver a ninguna de las dos, pero al día siguiente por la mañana, en King's Road, encontré a la joven con un rollo de música en el manguito. Me dijo que la encontraba sola porque había ido a ensayar unos dúos con una amiga, y yo le pregunté si me permitía acompañarla. Dejó que la acompañase hasta la puerta de su casa, y una vez hubimos llegado le pedí permiso para entrar.

-No, hoy no... prefiero que no entre -dijo con toda franqueza, pero sin dejar de mostrarse amable.

Estas palabras me hicieron dirigir una mirada ansiosa y desconcertada a una de las ventanas de la casa. Y allí vi el pálido rostro de la señora Marden que nos estaba contemplando desde el salón. Permaneció allí el tiempo suficiente para convencerme de que no era una visión, que es lo que estuve a punto de pensar, y luego desapareció antes de que su hija hubiese advertido su presencia. La joven, en el curso de nuestro paseo no me la había mencionado. Como se me había dicho que preferían no verme, estuve un tiempo sin comparecer por allí, y luego una serie de circunstancias motivaron que no volviésemos a coincidir. Finalmente volví a Londres, y una vez allí recibí una insistente invitación para trasladarme sin pérdida de tiempo a Tranton, una antigua y deliciosa finca del condado de Sussex que pertenecía a un matrimonio que había conocido hacía poco.

Fui de Londres a Tranton y a mi llegada encontré en la casa a las Marden, junto con una docena de otras personas. Lo primero que me dijo la señora Marden fue:

-¿Me perdonará usted?

Y cuando pregunté qué era lo que tenía que perdonar, respondió:

-Haber vertido el té sobre su traje.

Repliqué que se lo había vertido sobre sí misma, a lo cual me dijo:

-En cualquier caso me porté de un modo muy poco cortés; pero sé que algún día me comprenderá y entonces tal vez pueda disculparme.

El primer día de mi estancia dejó caer dos o tres alusiones -anteriormente ya me había hecho más de una- a la iniciación mística que me estaba reservada; empecé, como suele decirse, a hacerla rabiar, diciendo que preferiría una iniciación menos prodigiosa, pero inmediata. Me contestó que cuando se produjera no tendría más remedio que aceptarla, que no tendría otra opción. Estaba íntimamente convencida de que aquello iba a producirse, tenía un hondo presentimiento, ésta, me dijo, es la única razón de haberlo mencionado. ¿No recordaba que ya me había hablado de intuiciones? Desde la primera vez que me vio había estado segura de que yo no podría evitar conocer ciertas cosas. Mientras, lo único que se podía hacer era esperar y guardar la calma, no precipitarse. Recomendaba de un modo especial no caer en un nerviosismo

extravagante. Y sobre todo yo no debía ponerme nervioso... uno se acostumbra a todo. Le contesté que aunque no sabía de lo que me estaba hablando estaba terriblemente asustado, ya que al carecer de toda pista la imaginación tendía a desbocarse. Exageré a propósito; porque si la señora Marden podía ser desconcertante, estaba lejos de creerla inquietante. No acertaba a imaginar a qué se estaba refiriendo, pero mi curiosidad era mucho mayor que mi miedo. Hubiera podido decirme que tal vez estaba un poco desquiciada; pero semejante idea no llegó a ocurrírseme. Me producía la impresión de alguien desesperadamente cuerdo.

En la casa había otras jóvenes, pero Charlotte era la más atractiva; y esta opinión estaba tan generalizada que casi llegó a constituir un serio obstáculo para la cacería. Hubo dos o tres hombres, y debo confesar que yo fui uno de ellos, que prefirieron su compañía a la de los ojeadores. En otras palabras, hubo acuerdo general en considerarla como una forma de deporte superior y exquisito. Era amable con todos nosotros... nos hacía salir tarde y volver temprano. Ignoro si coqueteaba, pero varios otros miembros del grupo opinaban que ellos sí lo hacían. Por lo que a él se refiere, Teddy Bostwick, que había acudido de Brighton, estaba plenamente convencido.

El tercero de estos días fue un domingo que justificó un hermoso paseo campo a través para asistir al servicio religioso de la mañana. Hacía un tiempo gris y sin viento, y la campana de la vieja iglesita incrustada en la depresión de la meseta de Sussex sonaba muy próxima y familiar. Avanzábamos en grupos dispersos, en medio de un aire suave y húmedo -que, como siempre en esta estación, con los árboles desnudos, parecía aún mayor, como si el cielo fuese más grande- y yo me las arreglé para quedar sensiblemente rezagado junto con la señorita Marden. Recuerdo que mientras caminábamos juntos sobre la hierba tuve la fuerte tentación de decir algo intensamente personal, algo violento e importante, importante para mí... como por ejemplo, que nunca la había visto tan bonita, o que aquel preciso momento era el más feliz de mi vida. Pero cuando se es joven, ese tipo de frases han estado muchas veces a punto de salir de los labios antes de que se pronuncien efectivamente; y yo tenía la impresión, no de que no la conocía suficientemente bien -eso me importaba poco-, sino de que era ella la que no me conocía lo bastante. En la iglesia, un museo de antiguas tumbas de Tranton y de bronces, el banco grande estaba ocupado. Varios de nosotros nos sentamos en los lugares que quedaban libres, y yo encontré uno para la señorita Marden y otro para mí a su lado, a cierta distancia de su madre y de la mayoría de nuestros amigos. En el banco había dos o tres campesinos de apariencia muy digna que se corrieron para dejarnos lugar, y yo me senté el primero para separar a mi acompañante de nuestros vecinos. Una vez ella se hubo sentado aún quedaba un espacio libre, que siguió vacío hasta que el oficio religioso estuvo por la mitad.

Al menos fue en este momento cuando me di cuenta de que había entrado otra persona y había ocupado aquel lugar. Cuando reparé en él debía ya de llevar unos minutos en el banco; se había sentado y había dejado el sombrero a su lado, tenía las manos cruzadas sobre el pomo de su bastón, y miraba fijamente hacia adelante, en dirección al altar. Era un joven pálido y vestido de negro que tenía el aire de un caballero. Su presencia me sorprendió ligeramente, ya que la señorita Marden no había atraído mi atención hacia él corriéndose para dejarle sitio. Al cabo de unos minutos, al ver que no tenía devocionario, alargué el brazo por delante de mi amiga y dejé el mío ante él, sobre el reborde del banco; gesto cuyos motivos tenían algo que ver con la posibilidad de que, al verme sin libro, la señorita Marden me diese a sostener uno de los lados del suyo encuadernado en terciopelo. Sin embargo, la maniobra estaba destinada a fracasar, ya que en el momento en que ofrecí el libro al intruso -cuya intrusión había así condonado-, éste se levantó sin darme las gracias, salió sin hacer ruido del banco, que no tenía puerta, y de un modo tan discreto que no atrajo la atención de nadie, se dirigió hacia la salida por el pasillo central de la iglesia. Muy pocos minutos le habían bastado para hacer sus devociones. Su proceder era incorrecto, y más aún por irse tan pronto que por haber llegado tarde; pero lo había hecho todo tan silenciosamente que no causó molestias, y al volver un poco la cabeza para seguirle con los ojos comprobé que no había distraído a nadie al salir. Sólo reparé con asombro que la señora Marden al verle se había impresionado tanto que involuntariamente se había puesto en pie en su

lugar. Le miró fijamente mientras pasaba, pero él pasó muy aprisa, y ella también volvió a sentarse en seguida, pero no sin que antes nuestras miradas se cruzaran a través de la iglesia. Cinco minutos después en voz baja pregunté a su hija si era tan amable de devolverme mi devocionario... en realidad había estado esperando a que ella lo hiciera espontáneamente. La joven me devolvió este auxiliar de la devoción, pero había estado tan ajena al libro que no pudo por menos de decirme:

-¿Pero por qué lo había dejado aquí?

Estaba a punto de responderle cuando se arrodilló, ante lo cual consideré preferible callarme. La contestación que tenía en la punta de la lengua era:

-Para ser cortés como es debido.

Después de la bendición, cuando nos disponíamos a irnos, volví a sorprenderme un poco al ver que la señora Marden, en vez de salir con los demás, volvía atrás para ir a nuestro encuentro, al parecer para decirle algo a su hija. Efectivamente habló con ella, pero al instante comprendí que era sólo un pretexto, y que en realidad quería hablar conmigo. Hizo que Charlotte se adelantara y súbitamente me dijo en un susurro:

-¿Le ha visto?

-¿El caballero que se ha sentado aquí? ¿Cómo no iba a verlo?

-¡Chist! -exclamó presa de una gran excitación-. ¡No le diga nada a ella, no le diga nada a ella!

-Deslizó la mano por debajo de mi brazo para que no me moviera de su lado, para mantenerme, al menos eso parecía, apartado de su hija. La precaución era innecesaria, porque Teddy Bostwick ya había tomado posesión de la señorita Marden, y cuando salían de la iglesia delante de mí vi que uno de los hombres de nuestro grupo la escoltaba también por el otro lado. Al parecer consideraban que mi vez ya había pasado. La señora Marden me soltó apenas hubimos salido, pero no antes de que yo comprendiera que necesitaba mi ayuda.

-¡No se lo diga a nadie, no se lo diga a nadie! -repetía.

-No entiendo. Decir a nadie ¿el qué?

-¡Qué va a ser! Que usted le ha visto.

-Sin duda también ellos le han visto.

-Nadie le ha visto, nadie.

Hablaba con una decisión tan apasionada que no pude por menos de mirarla; tenía la mirada fija ante sí. Pero sintió el desafío de mis ojos y se detuvo bruscamente, en el viejo pórtico de oscura madera de la iglesia, cuando los demás empezaban a estar lejos; allí me miró de un modo completamente singular.

-Usted ha sido el único -dijo-; la única persona del mundo.

-Exceptuándola a usted, mi querida señora...

-¡Yo! Oh, sí, claro. ¡Esta es mi maldición!

Y en seguida se alejó rápidamente para unirse al resto de nuestro grupo. Regresé a la casa con paso vacilante y a cierta distancia de los demás, porque tenía muchas cosas que meditar. ¿A quién había visto y por qué la aparición -que volvió a surgir en mi memoria -con claridad- era invisible a los otros? Si se había hecho una excepción para la señora Marden, ¿por qué ello debía considerarse como una maldición y por qué tenía yo que compartir un honor tan dudoso? Esta súplica, que no salió de mi pecho, sin duda me hizo permanecer muy silencioso durante el almuerzo. Después de comer salí a la vieja terraza para fumar un cigarrillo; pero apenas había dado una o dos vueltas cuando sorprendí la cara de la señora Marden tras la ventana de una de las salas que daba a la terraza de losas irregulares. Me recordó la misma presencia fugitiva, detrás de los cristales, en Brighton, el día en que encontré a Charlotte y la acompañé a su casa. Pero esta vez mi enigmática amiga no desapareció; golpeó con los nudillos en los cristales y me hizo señas de que entrase. Era una estancia pequeña y más bien rara, una de las muchas salitas de recibir que había en la planta baja de Tranton; la llamaban la sala india y era de un estilo denominado oriental: tumbonas de bambú, biombos de laca, farolillos con largos flecos y extraños ídolos dentro de vitrinas, objetos todos ellos que no son los más propicios para contribuir a la

sociabilidad. El lugar era poco frecuentado y cuando entré estábamos solos.

Apenas aparecí, me dijo:

-Por favor, dígame una cosa: ¿está usted enamorado de mi hija?

Lo cierto es que hice una pequeña pausa antes de responder:

-Antes de contestar a su pregunta, ¿sería usted tan amable de decirme qué es lo que la ha hecho pensar en esto? No creo haberme mostrado muy explícito.

La señora Marden, que me contradecía con sus ojos hermosos e inquietos, no atendió a la pregunta que le había formulado; siguió hablando con gran apasionamiento:

-¿No le dijo nada a mi hija cuando iban a la iglesia?

-¿Qué le hace pensar que le dije algo?

-Pues el hecho de que usted le viera.

-Que viera ¿a quién, mi querida señora Marden?

-Oh, bien lo sabe usted -respondió con gravedad, incluso con un pequeño matiz de reproche, como si yo tratase de humillarla obligándola a nombrar lo innombrable.

-¿Se refiere al caballero del cual me hizo usted aquel comentario tan extraño en la iglesia, el que se sentó en nuestro banco?

-¡Le ha visto, le ha visto! -dijo en un jadeo, con una curiosa mezcla de consternación y de alivio.

-Naturalmente que le he visto, y usted también.

-Son dos cosas distintas. ¿Lo sintió usted como algo inevitable?

Nuevamente me quedé perplejo.

-¿Inevitable?

-El que usted le viera.

-Evidentemente, dado que no soy ciego.

-Hubiese usted podido serlo. Todos los demás lo son.

Yo no podía estar más desconcertado y se lo confesé con toda franqueza a mi interlocutora, pero la situación distó mucho de aclararse cuando ella exclamó:

-¡Sabía que usted le vería desde que se enamoró de veras de ella! Sabía que ésta iba a ser la prueba, ¿que digo?, la confirmación.

-Este estado maravilloso, ¿comporta, pues, trastornos tan inusitados? -pregunté sonriendo.

-Juzgue usted mismo. ¡Le ve, le ve! -exclamó exultante-. Y le volverá a ver.

-No tengo nada que objetar, pero me interesaría más por él si tuviese usted la amabilidad de decirme quién es.

Esquivó mi mirada, pero luego la afrontó deliberadamente.

-Se lo diré si antes me cuenta usted lo que ha dicho a mi hija camino de la iglesia.

-¿Acaso ella le ha dicho que yo le dije algo?

-¿Necesito que me lo dijera? -preguntó vivamente.

-¡Ah, sí, ya recuerdo! ¡Sus intuiciones! Pero lamento decirle que esta vez han fallado. Porque la verdad es que a su hija no le dije absolutamente nada fuera de lo normal.

-¿Está usted bien seguro?

-Le doy mi palabra de honor, señora Marden.

-Entonces, ¿considera usted que no está enamorado de mi hija?

-¡Esta es otra cuestión! -dije riendo.

-¡Lo está, lo está! Si no lo estuviera no le hubiese visto.

-Pero, vamos a ver, ¿quién demonios es, señora? -pregunté ya un poco irritado.

No obstante, por toda respuesta siguió formulándome preguntas.

-Al menos, ¿sentía usted el deseo de decirle algo, no estuvo casi a punto de decírselo?

Bueno, aquello sonaba más sensato; justificaba las famosas intuiciones.

-Ah, «casi a punto» sería la expresión exacta... diga usted que faltó bien poco. Aún no sé lo que me impidió hablar.

-Con eso basta y sobra -dijo la señora Marden-. Lo importante no es lo que dice, sino lo que siente. Esto es lo que le mueve a él.

Había acabado por enojarme con sus reiteradas alusiones a una identidad que aún no se había aclarado, y junté las manos en una posición de súplica que ocultaba realmente una gran impaciencia, una viva curiosidad e incluso las primeras y breves palpitaciones de un cierto terror sagrado.

-Por lo que más quiera, le ruego que me diga de quién está hablando.

Ella levantó los brazos, desvió la mirada, como si quisiera librarse a un tiempo de cualquier sentimiento de reserva y de toda responsabilidad, y dijo:

-De Sir Edmund Orme.

-¿Y puede saberse quién es Sir Edmund Orme?

Al oír mis palabras se sobresaltó.

-¡Silencio! Ahí vienen.

Siguiendo la dirección de su mirada, vi a Charlotte en la terraza, al otro lado de la ventana, y entonces su madre añadió como una patética advertencia:

-¡Haga como si no le viera! Como si no le viera nunca.

La joven, que se había puesto las manos sobre los ojos a modo de visera, miraba hacia el interior de la sala y, sonriendo, nos hacía señas a través del cristal para que la dejáramos entrar; yo me dirigí hacia la puerta y la abrí. Su madre se apartó y ella entró en la sala con una burlona frase de provocación:

-¿Puede saberse qué conspiran aquí los dos?

Se había hablado de un proyecto -he olvidado cuál- para aquella tarde, y se necesitaba la participación o el consentimiento de la señora Marden, ya que mi adhesión se daba como segura, y la joven había recorrido la mitad de la casa buscándola. Me turbó ver que la madre estaba muy nerviosa; y cuando se volvió para ir al encuentro de su hija disimuló su turbación bajo un cierto aire de extravagancia, arrojándose al cuello y abrazándola. Para atraer la atención de Charlotte, exageré mi galantería:

-Estaba solicitando su mano a su madre.

-¿De veras? ¿Y se la ha concedido? -preguntó muy risueña.

-Estaba a punto de hacerlo cuando la hemos visto a usted.

-Bueno, yo termino en seguida... y les dejo libres.

-¿Te gusta, Charlotte? -preguntó la señora Marden con un candor que yo no esperaba.

-Resulta difícil contestar delante de él, ¿no? -replicó la encantadora muchacha, aceptando el tono humorístico de la situación, pero mirándome como si no le gustara en absoluto.

Hubiera tenido que contestar delante de otra persona más, pues en aquel momento entraba en la salita viniendo de la terraza -la puerta se había quedado abierta- un caballero al que yo no había visto hasta aquel mismo instante. La señora Marden había dicho: «Ahí *vienen*», pero parecía como si hubiese seguido a su hija a cierta distancia. Le reconocí en el acto como el mismo personaje que se había sentado al lado nuestro en la iglesia. Esta vez le vi mejor, su extraño rostro y su no menos extraña actitud. Le llarno personaje porque, sin saber la razón, uno tenía la impresión de que había entrado en la estancia un príncipe reinante. Se movía con una indescriptible solemnidad, como si fuese distinto de los demás. Pero me miraba con fijeza y gravedad, hasta que me pregunté qué esperaba de mí. ¿Acaso creía que debía doblar la rodilla y besarle la mano? Luego posó la misma mirada sobre la señora Marden, pero ella sabía lo que debía hacer. Una vez superado el primer impulso de nerviosismo, no dio la menor muestra de haber advertido su presencia; entonces recordé la apasionada súplica que me había hecho. Tuve que hacer un gran esfuerzo para imitarla, pues aunque no supiese nada de él excepto que era Sir Edmund Orme, su presencia actuaba como una intensa llamada, casi como una coacción. Estaba allí sin hablar, era un joven pálido y apuesto, pulcro y bien afeitado, con ojos de un inusitado color azul desvaído y un aire anticuado, como un retrato de tiempo atrás, en su aspecto y la manera de peinarse. Iba de luto riguroso -inmediatamente uno se daba cuenta de que vestía muy bien- y llevaba el sombrero en la mano. Volvió a mirarme con una singular intensidad, como nadie en el mundo me había mirado hasta entonces; y recuerdo que sentí frío en la espalda y que deseé que dijera algo. Nunca un silencio me había parecido tan insondable. Desde luego, ésta fue

una impresión intensa y rápida; pero durante este tiempo sólo habían transcurrido unos pocos instantes, como comprendí súbitamente por la expresión de Charlotte Marden, cuyos asombrados ojos se posaban alternativamente en su madre y en mí -él nunca la miraba y ella no parecía verle-, hasta que exclamó:

-Pero ¿qué es lo que les pasa? ¿Por qué ponen esas caras tan raras?

Sentí que el color volvía a mi rostro, y ella continuó:

-¡Se diría que han visto un espectro!

Yo era consciente de que me había puesto muy rojo. Sir Edmund Orme nunca enrojecía y yo estaba seguro de que ninguna turbación podía afectarle. Había conocido a personas así, pero nunca a alguien con una indiferencia tan total.

-No seas impertinente y diles a todos que ahora voy a reunirme con ellos -dijo la señora Marden con gran dignidad, pero con un temblor de voz que capté.

-Y usted... ¿va a venir? -preguntó la joven volviéndose.

Yo no respondí, acogiéndome a la vaga sensación de que la pregunta iba dirigida a su acompañante. Pero él estaba más silencioso que yo, y cuando Charlotte llegó a la puerta de la terraza -ya que iba a salir por allí-, se detuvo, con la mano en el picaporte, y me miró repitiendo la pregunta. Asentí y me precipité hacia ella para abrirle la puerta, y mientras salía me dijo burlonamente:

-Está usted ido; no tendrá mi mano.

Cerré la puerta y me volví, comprobando entonces que Sir Edmund Orme, mientras yo le daba la espalda, se había retirado. La señora Marden seguía allí, de pie, y nos miramos largamente el uno al otro. Sólo entonces, mientras la muchacha se alejaba con ágiles pasos, comprendí que su hija no se había dado cuenta de nada de lo que había ocurrido. Por extraño que parezca, fue *eso* lo que me sobresaltó violentamente, y no el que yo hubiera visto a nuestro visitante, cosa que me parecía lo más natural del mundo. Aquello me hizo evocar vívidamente que ella tampoco había advertido su presencia en la iglesia, y los dos hechos juntos -ahora que ya habían pasado- hicieron que mi corazón latiera con violencia. Me sequé el sudor de la frente y la señora Marden dejó escapar un leve gemido quejumbroso:

-Ahora ya conoce usted mi vida... ahora ya conoce usted mi vida.

-Pero, en nombre del Cielo, ¿*qué* es?

-Un hombre a quien hice daño.

-¿Cómo ocurrió eso?

-¡Oh, fue algo horrible! Hace ya mucho tiempo.

-¿Mucho tiempo? Pero si es muy joven.

-¡Joven! ¿Joven? -exclamó la señora Marden-. Nació antes que yo.

-Pero entonces ¿cómo puede tener este aspecto?

Se me acercó, puso la mano sobre mi brazo y en su rostro vi una expresión que me sobrecogió.

-Pero ¿no lo entiende usted? ¿no lo siente? -me dijo con gran vehemencia.

-¡Lo que siento es una sensación muy extraña! -dije riendo, pero comprendí que en mi voz había algo que me traicionaba.

-¡Está muerto! -dijo la señora Marden, con la cara muy pálida.

-¿Muerto? -exclamé jadeando-. Entonces ese caballero era.... -no pude pronunciar ni una palabra más.

-Llámele como prefiera... hay muchísimos nombres vulgares. Es una presencia perfecta.

-¡Una presencia espléndida! -exclamé-. ¡La casa está encantada, *encantada*! -me exaltaba articulando esta palabra, como si resumiese todo lo que yo siempre había soñado.

-No es la casa, no, por desgracia -contestó ella, en seguida-. La casa no tiene nada que ver.

-Entonces es usted, mi querida señora -dije como si esta alternativa fuese aún mejor.

-No, tampoco yo. Ojalá fuese yo.

-Tal vez se trate de mí -sugerí con una débil sonrisa.

-Se trata de mi hija... mi inocente, sí, mi inocente hija.

Y al decir eso la señora Marden se derrumbó. Se dejó caer en un sillón y prorrumpió en lágrimas. Balbuceé una pregunta, le dirigí ruegos desconcertados, pero ella se negó a responder de un modo inesperado y tenso. Yo insistí: ¿no podía ayudarla, no podía intervenir de alguna manera?

-Usted ya ha intervenido -dijo entre sollozos-. Ya está dentro, ya está dentro.

-Pues me alegra mucho intervenir en algo tan extraordinario -afirmé audazmente.

-Le guste o no le guste, no tiene elección.

-No quiero quedarme al margen... es demasiado interesante.

-Me alegra saber que se lo toma así -se había apartado de mí, apresurándose a enjugarse los ojos-. Y ahora váyase.

-Pero quiero saber más.

-Ya verá todo lo que quiera. ¡Váyase!

-Pero es que quiero entender lo que veo.

-¿Cómo va usted a entenderlo... si yo misma no lo entiendo? -exclamó con aire desesperado.

-Lo intentaremos juntos... y lo aclararemos.

Se levantó haciendo todo lo posible para borrar el rastro de sus lágrimas.

-Sí; será mejor que nos unamos... por eso me gustó usted.

-¡Oh, lo pondremos en claro! -le dije.

-Entonces debe usted aprender a dominarse mejor.

-Se lo prometo, se lo prometo... lo conseguiré con la práctica.

-Ya se acostumbrará -dijo mi amiga en un tono que nunca olvidaré-. Ahora vaya a reunirse con los demás; yo iré en seguida.

Salí a la terraza pensando que tenía un papel en aquella historia. No temía en absoluto otro encuentro con la «presencia perfecta», como ella le había llamado, en conjunto más bien notaba un sentimiento de placer. Deseaba que volviera a repetirse mi buena suerte. Me sentía muy bien dispuesto a acoger las nuevas impresiones. Di la vuelta a la casa tan aprisa como si esperase sorprender a Sir Edmund Orme. Aquella vez no le sorprendí, pero el día no iba a terminar sin que tuviese que reconocer que, como había dicho la señora Marden, le vería tantas veces como yo quisiera.

Hicimos, o, mejor dicho, la mayor parte de nosotros hizo, el paseo colectivo y sociable que en las casas de campo inglesas es -o era en aquellos tiempos- el pasatiempo obligado de las tardes de domingo. Teníamos que ajustar nuestro paso a las posibilidades de las señoras; además las tardes eran cortas y a las cinco ya estábamos reponiendo fuerzas al lado del fuego en el salón grande, con una vaga aprensión, al menos por mi parte, de que hubiéramos podido hacer algo más para merecer nuestro té. La señora Marden había dicho que iría con nosotros, pero no había comparecido; su hija, que la había visto antes de que saliéramos, se había limitado a darnos por toda explicación que estaba cansada. Siguió sin dejarse ver durante toda la tarde, pero concedí poca importancia a este detalle, como tampoco se la di al hecho de no haber podido estar con Charlotte, ni siquiera durante cinco minutos, en el curso de todo nuestro paseo. Estaba demasiado absorto con otra cuestión para que aquello me preocupara; sentía bajo mis pies el umbral de una puerta extraña, en mi vida, que de pronto se había abierto y de la que salía un aire tan sutil como nunca lo había respirado y de un sabor más fuerte que el vino. Había oído hablar muchas veces de apariciones, pero era muy distinto haber visto una, y saber que había muchas probabilidades de verla habitualmente, por así decirlo, de nuevo. La estaba acechando como un piloto el resplandor de una luz giratoria, preparándome para generalizar acerca de este terrorífico tema, y a decir al primero que se presentase que los fantasmas eran mucho menos inquietantes y mucho más divertidos de lo que suele suponerse. Sin duda alguna estaba muy excitado. No acertaba a comprender la causa del privilegio que se me había conferido, la excepción en el sentido de un ensanchamiento místico de visión hecha en mi favor. Al mismo tiempo creo que comprendí la ausencia de la señora Marden, que venía a ser, pensé, como una glosa a lo que me había dicho: «Ahora ya conoce usted mi vida». Probablemente había tenido que sufrir a nuestro

fantasma durante años, y al carecer de mi firmeza, aquello había sido demasiado para ella. Sus nervios no lo habían soportado, aunque aún había sido capaz de afirmar que, en cierto modo, uno se acostumbraba. Ella se había acostumbrado a darse por vencida.

El té de la tarde, cuando se hacía la oscuridad muy pronto, era una hora deliciosa en Tranton; el resplandor de las llamas danzaba por el amplio salón blanco del siglo pasado; las afinidades casi se confesaban por sí mismas, todo el mundo se demoraba, antes de vestirse para la cena, en hondos sofás, todavía con las botas enfangadas, para cambiar unas últimas palabras después de los paseos; e incluso si alguien se absorbía solitariamente en el tercer volumen de una novela que algún otro estaba deseando leer, la cosa podía pasar como una muestra de afabilidad. Estuve esperando el momento oportuno y abordé a Charlotte cuando vi que estaba a punto de retirarse. Las señoras ya habían salido del salón una a una, y después de haberme dirigido especialmente a ella, los tres hombres que aún quedaban cerca se fueron dispersando poco a poco. Sostuvimos una breve charla muy descosida -ella tal vez estaba muy inquieta, y bien sabe Dios que yo sí lo estaba- y después me dijo que tenía que irse porque no quería llegar tarde a la cena. Le demostré que aún faltaba mucho tiempo y ella objetó que de todos modos quería subir a ver a su madre, ya que temía que se encontrara indispuesta.

-Al contrario, yo le aseguro que se encuentra mejor de lo que se ha encontrado en mucho tiempo -dije-. Ha comprendido que puede confiar en mí y esto le ha hecho mucho bien.

La señorita Marden se había vuelto a dejar caer en su sillón, yo seguía de pie ante ella, y la joven levantaba los ojos hacia mí, sin sonreír, con una oscura congoja en su hermosa mirada; no exactamente como si yo la estuviera hiriendo, sino como si ya no estuviera dispuesta a seguir tratando lo que había ocurrido como una broma -fuera lo que fuese no era nada que se prestase a una solemnidad excesiva- entre su madre y yo. Pero yo podía responder a sus interrogantes con toda afabilidad y franqueza, ya que en el fondo era consciente de que la pobre señora había descargado una parte de su carga sobre mí y que se sentía relativamente aliviada y tranquilizada.

-Estoy seguro de que ha dormido toda la tarde como hacía años que no dormía -seguí diciendo-. No tiene más que preguntárselo.

Charlotte volvió a levantarse.

-Se las da usted de muy útil.

-Todavía dispone de más de un cuarto de hora -dije-. ¿No tengo derecho a charlar con usted de esta manera, a solas, cuando su madre me ha concedido su mano?

-¿Y ha sido la madre de usted la que me ha concedido su mano? Se lo agradezco mucho, pero no la quiero. Opino que nuestras manos no pertenecen a nuestras madres... ¡yo diría que son bien nuestras! -terminó riendo la joven.

-¡Siéntese, siéntese y déjeme hablarle! -le rogué.

Yo seguía de pie, insistiendo, con la esperanza de que accediese a lo que le pedía. Ella miraba a su alrededor, dirigiendo vagamente sus ojos en una u otra dirección, como bajo los efectos de una coacción que le resultase ligeramente penosa. El salón desierto estaba silencioso... oíamos el sonoro tictac del gran reloj. Entonces lentamente se sentó y yo acerqué una silla. Quedé ahora frente a la chimenea y al hacer este movimiento descubrí con estupor que no estábamos solos. Al cabo de un instante, aunque ello sea tan extraño que no acierto a explicármelo, mi turbación en vez de ir en aumento desapareció, ya que la persona que estaba ante la chimenea era Sir Edmund Orme. Estaba allí igual que le había visto en la sala india, mirándome con una fijeza inexpresiva que debía su gravedad a su sombría elegancia. Ahora sabía mucho más de él y tuve que reprimir un ademán de reconocimiento, algo que atestiguase su presencia. Una vez estuve seguro de ella y de que se prolongaba, la sensación de que Charlotte y yo no estábamos solos me abandonó; por el contrario, la sensación que tuve fue la de que aquello nos unía más. Ella no era sensible a ninguna influencia de nuestro compañero, e hice un esfuerzo muy grande, que puedo considerar como casi fructífero, para ocultarle que mi capacidad sensitiva era distinta a la suya y que mis nervios estaban tan tensos como las cuerdas de un arpa. Digo «casi fructífero» porque ella me miró un momento mientras las palabras no acababan de salir de mis labios- de una manera que me hizo temer que iba a volver a decirme, como me había

dicho en la sala india: «Pero, ¿qué es lo que le pasa?»

Lo que me pasaba me apresuré a decírselo, porque cuando lo comprendí plenamente me avasalló junto con la conmovedora visión de la inconsciencia de ella. La joven resultaba conmovedora en presencia de aquel extraordinario augurio. Si auguraba peligro o desdicha, felicidad o castigo, eso era secundario; lo único que yo veía, mientras la tenía sentada enfrente, era que, inocente y encantadora, estaba al borde de algo horroroso, seguramente así lo hubiera llamado, que en aquel momento permanecía oculto para ella, pero que podía mostrársele de un momento a otro. Descubrí que a mí no me preocupaba... o que al menos era una preocupación soportable; pero era muy posible que sí le afectase a ella, y si todo aquello era curioso e interesante, podía convertirse fácilmente en aterrador. Si no me preocupaba por mí mismo más tarde comprendí que era sobre todo porque estaba absorto con la idea de protegerla. De pronto, al pensar en ello, mi corazón empezó a palpitar con fuerza; decidí hacer todo lo que pudiera para conseguir que sus sentidos no se abriesen. Quizá me hubiera sido difícil orientarme en cuanto a mi proceder si, a medida que pasaban los minutos, no me hubiera ido haciendo cada vez más consciente de que la quería. La única manera de salvarla era quererla, y la mejor manera de quererla era decírselo inmediatamente. Sir Edmund Orme no me lo impidió y al cabo de un momento nos volvió la espalda y se quedó contemplando discretamente el fuego de la chimenea. Al cabo de unos instantes apoyó la cabeza sobre un brazo contra el delantero de la chimenea, en una postura de progresivo abatimiento, como un espíritu más apesadumbrado que discreto. Charlotte Marden se levantó bruscamente cuando empezó a oírme, se puso en pie rápidamente como para huir de mis palabras; pero no se consideró ofendida; el sentimiento que yo estaba expresando era demasiado sincero. Se limitó a pasear de un lado a otro de la estancia con un murmullo de desaprobación, y yo estaba tan ocupado en tratar de ganar terreno, por pequeño que fuese, que no reparé en la manera como Sir Edmund Orme desaparecía. Pero de pronto descubrí que su lugar estaba vacío. Aquello no cambió nada pues no me había molestado en lo más mínimo; sólo recuerdo que me impresionó súbitamente, como algo inexorable, el lento y triste saludo con la cabeza que me dirigió Charlotte.

-No pido que me dé una respuesta ahora mismo -le dije-; sólo quisiera poder estar seguro... de que usted sabe la suma importancia de lo que acabo de decirle.

-¡Oh, no pienso darle una respuesta ni ahora ni nunca! -replicó-. Odio esta conversación; se lo ruego... ¿sería posible que me quedara sola?

Pero luego, como para mí hubiera podido sonar un poco duro este irreprimible grito, tan sincero, de la beldad asediada, añadió, con una rápida y vaga amabilidad, en el momento de abandonar el salón:

-Gracias, gracias... se lo agradezco muchísimo.

En la cena fui lo suficientemente generoso como para alegrarme por ella de que, al sentarse en el mismo lado de la mesa que yo, no pudiera verme. Su madre estaba casi enfrente de mí y muy poco después de que nos sentáramos la señora Marden me dirigió una larga y penetrante mirada que expresaba en un grado máximo nuestra extraña comunión. Desde luego significaba «me lo ha contado», pero también significaba otras cosas. En cualquier caso, sé bien que mi muda respuesta quería decir: «¡He vuelto a verle, he vuelto a verle!». Todo ello no impidió que la señora Marden tratara a sus vecinos de mesa con su habitual y escrupulosa amabilidad. Después de cenar, cuando los hombres se reunieron con las mujeres en el salón, y yo me dirigí directamente a ella para decirle lo mucho que deseaba, me dijo al momento en voz baja, fijando la vista en su abanico que abría y cerraba sin cesar:

-Está aquí... está aquí.

-¿Aquí? -miré a mi alrededor, pero sin verle.

-Mire donde está ella -dijo la señora Marden, con un levísimo matiz de acritud.

En realidad Charlotte no estaba en el salón principal, sino en otro más pequeño que había al lado y al que se llamaba la sala de la mañana. Di unos pasos y vi por una puerta abierta que estaba de pie en medio de la sala, conversando con tres caballeros que casi puede decirse que me volvían la espalda. Por un momento mi búsqueda pareció infructuosa; luego comprendí que uno

de los caballeros -el de en medio- no podía ser más que Sir Edmund Orme. Esta vez me pareció asombroso que los demás no le vieran. Charlotte parecía estar mirándole cara a cara y dirigirse a él. Sin embargo, al cabo de un momento me vio e inmediatamente abandonó el grupo. Volví al lado de su madre con el creciente temor de que la joven pudiera creer que la estaba vigilando, lo cual hubiese sido injusto. La señora Marden había encontrado un pequeño sofá un poco apartado y me senté junto a ella. Tenía tantas ganas de hacerle varias preguntas que hubiera deseado que nos encontrásemos de nuevo en el salón indio. No obstante, en seguida comprendí que el lugar era lo suficientemente discreto. Nos comunicábamos de un modo tan íntimo y completo, y con una reciprocidad tan silenciosa, que ello nos bastaba en cualquier circunstancia.

-Sí, está aquí -dije-; y hacia las siete y cuarto estaba en el salón principal.

-En aquel momento lo sabía... ¡y me he alegrado tanto! -respondió sin ambages.

-¿Dice que se ha alegrado?

-Que esta vez se tratara de usted y no de mí. Es un gran alivio.

-¿Ha dormido toda la tarde? -pregunté.

-Como no podía dormir hacía meses. Pero, ¿cómo lo sabe?

-Del mismo modo, supongo, que usted ha sabido que Sir Edmund estaba en el salón. Evidentemente ahora cada uno de nosotros sabe cosas... cuando le están ocurriendo al otro.

-Cuando le están ocurriendo a *él* -me corrigió la señora Marden-. Es maravilloso que usted se lo tome así -añadió con un largo y suave suspiro.

-Lo tomo -repliqué inmediatamente- como un hombre que está enamorado de su hija.

-Claro, claro. -Por intenso que fuese el sentimiento mío por la muchacha, no pude por menos de reírme un poco por el tono con que pronunció estas palabras, y ella inmediatamente añadió:

-De no ser así, no le hubiera usted visto.

A decir verdad, apreciaba en su justo valor mi privilegio, pero tenía que hacer una objeción.

-¿Acaso le ven todos los que se enamoran de ella? Porque deben de ser docenas.

-Los demás no se han enamorado de ella como usted.

Comprendí lo que quería decir y no pude por menos de aprobarlo.

-Naturalmente, sólo puedo hablar por mí mismo... y antes de la cena he encontrado una ocasión propicia para hacerlo.

-Me lo ha dicho apenas me ha visto -replicó la señora Marden.

-Y ¿puedo tener alguna esperanza, alguna posibilidad?

-Yo no deseo otra cosa y rezo por ello.

La dolorosa sinceridad de esta confesión me emocionó.

-Ah, ¿cómo podría agradecérselo? -murmuré.

-Creo que todo esto pasará... si ella le quiere a usted -siguió diciendo la pobre mujer.

-¿Que todo esto pasará? -yo estaba un poco confuso.

-Quiero decir que entonces nos libraremos de él... que nunca más volveremos a verle.

-Oh, si ella me quiere, no me importa volver a verle a menudo -repliqué francamente.

-Ah, usted se lo toma mejor de lo que yo he podido tomármelo -me dijo-. Tiene usted la suerte de no saber... de no comprender.

-Ciertamente que no. Pero, ¿se puede saber qué es lo que quiere?

-Quiere hacerme sufrir -al decir estas palabras volvió hacia mí su palidísimo rostro, y por vez primera vi con toda claridad que si ésta había sido la intención de nuestro visitante, había logrado por completo su propósito-. Por lo que yo le hice -explicó.

-¿Y qué le hizo usted?

Me dirigió una mirada inolvidable.

-Le maté.

Como yo le había visto a cincuenta yardas de distancia cinco minutos antes, estas palabras me hicieron sobresaltar.

-Sí, le he impresionado a usted; tenga cuidado. Sigue estando aquí, pero se dio la muerte.

Le destrocé el corazón... él creyó que yo era espantosamente mala. Nosotros debíamos casarnos, pero rompí mi compromiso... en el último momento. Conocí a alguien que me atrajó más; ésta fue la única razón. No fue por interés ni por dinero ni por vanidad ni por ningún otro motivo bajo. El lo tenía todo. Fue sencillamente que me enamoré del comandante Marden. Cuando le conocí estaba enamorada de Edmund Orme; mi madre y mi hermana mayor, ya casada, lo habían arreglado todo. Pero él me quería, y yo sabía -¡quiero decir que casi sabía!- hasta qué punto era grande su amor. Pero le dije que eso no me importaba, que no podía casarme con él, que nunca me casaría con él. Le rechacé y él ingirió no sé qué droga o licor abominable que tuvo consecuencias fatídicas. Fue espantoso, fue horrible, le encontraron en este estado... murió entre sufrimientos. Me casé con el comandante Marden, pero no sin dejar transcurrir cinco años. Fui feliz, completamente feliz... el tiempo lo borra todo. Pero cuando mi marido murió empecé a verle.

Yo la escuchaba muy atento y confuso.

-¿A ver a su marido?

-¡Oh, no, eso nunca, nunca! ¡No de esa manera, gracias a Dios! ¡A verle a *él*... y con Chartie, siempre con Chartie. La primera vez casi me costó la vida... hace unos siete años, cuando ella se presentó en sociedad. Nunca cuando estoy a solas... únicamente con ella. A veces no le veo durante meses, luego todos los días durante una semana. Lo he probado todo para romper el hechizo... médicos, regímenes, cambios de clima; le he suplicado a Dios de rodillas. Aquel día en Brighton, en el paseo con usted, cuando usted creyó que me encontraba enferma era que le veía por vez primera desde hacía mucho tiempo. Y luego aquella tarde, cuando derramé el té, y el día en que usted estaba en la puerta con ella y yo les miraba desde la ventana... cada vez él estaba allí.

-Comprendo, comprendo -yo estaba más impresionado de lo que era capaz de expresar-. Es una aparición como otra cualquiera.

-¿Como otra cualquiera? ¿Es que ha visto usted otra? -exclamó.

-No, quiero decir que es el tipo de cosas de las que uno ha oído hablar. Es enormemente interesante conocer un caso.

-¿Me llama usted «un caso»? -exclamó mi amiga con un exquisito rencor.

-Me refería a mí mismo.

-Oh, usted es la persona más adecuada -dijo-. No me equivoqué al confiar en usted.

-Le estoy sumamente agradecido por haberlo hecho; pero ¿qué le indujo a confiar en mí? -pregunté.

-He pensado mucho en toda esta cuestión; he tenido tiempo de sobra a lo largo de esos terribles años durante los cuales él me estaba castigando en la persona de mi hija.

-Es mucho suponer -objeté-, ya que la señorita Marden nunca ha llegado a enterarse de nada.

-Eso es lo que me aterraba, que en una u otra ocasión llegara a enterarse. Tenía un miedo indecible al efecto que pudiese causarle.

-¡No se enterará, no se enterará! -le aseguré en voz lo suficientemente alta como para que varias personas se volvieran hacia nosotros.

La señora Marden me hizo levantar y nuestra conversación tocó a su fin por lo que a aquella noche se refiere. Al día siguiente le dije que era mejor que me fuera de Tranton... no era ni agradable ni delicado quedarse en calidad de pretendiente rechazado. Se quedó desconcertada, pero aceptó mis razones, apelando tan sólo a mí con ojos llenos de tristeza:

-¿Va a dejarme sola con mi carga?

Desde luego, los dos convinimos que durante una serie de semanas a partir de entonces no sería discreto por mi parte «agobiar a la pobre Charlotte»; éstos fueron exactamente los términos con los que, dando muestras de una curiosa inconsecuencia femenina y maternal, aludió a una actitud mía que ella alentaba. Me dispuse a tener un tacto heroico, pero consideré que la mayor de las delicadezas me autorizaba a decir unas palabras de despedida a la señorita Marden antes de partir. Después del desayuno, le rogué, pues, que diese una vuelta conmigo por la terraza, y

como ella parecía vacilar y mirarme con un aire distante, le hice saber que sólo quería formularle una pregunta y decirle adiós... que me iba por ella.

Salió conmigo y dimos lentamente tres o cuatro vueltas completas a la casa. Nada más hermoso que esa gran plataforma oreada desde la cual la vista abarca una gran extensión de tierra, con el mar en el horizonte. Es posible que al pasar frente a las ventanas llamáramos la atención de nuestros amigos de la casa, que tal vez se preguntasen sarcásticamente por qué estaba tan significativamente locuaz. Pero no me importaba; lo único que no dejaba de preguntarme era cómo era posible que aquella vez no viesen a sir Edmund Orme, que se unió a nosotros para dar una o dos vueltas, y que avanzaba a pasos lentos al otro lado de Charlotte. No sé cuál era su extraña naturaleza; no tengo ninguna teoría acerca de él -dejo esta cuestión a los demás-, como tampoco opino sobre cualquiera de mis semejantes mortales (y de la norma que rige sus vidas) que habré encontrado a lo largo de mi existencia. Era un hecho tan efectivo, tan individualizado y definitivo como cualquiera de ellos. Por encima de todo, según todas las apariencias, estaba hecho de una mezcla tan sutil y sensitiva, como rigurosamente digna; de modo que no se me hubiese ocurrido tomarme una libertad, o hacer un experimento, con él, tocarle, por ejemplo, o dirigirle la palabra, ya que daba el ejemplo del silencio, como tampoco me hubiera pasado por la cabeza hacer cualquier otra inconveniencia social. Mostraba siempre, como más adelante comprobé sin ningún género de dudas, un perfecto dominio de su situación, se presentaba siempre impecable y acicalado, y en todos los detalles se comportaba del modo justo que exigía cada momento. Indiscutiblemente su presencia me parecía extraña, pero, sin saber muy bien por qué, tenía la sensación de que estaba en su lugar. Muy pronto llegué a asociar una idea de belleza con su irreconocible presencia, la belleza de una antigua historia de amor, dolor y muerte. Y terminé por presentir que estaba de mi parte, velando por mis intereses, vigilando para que no pudieran engañarme, para que, mi corazón al menos, no quedara destrozado. Oh, bien en serio había tomado su propia pena y su decepción... sin duda alguna eso lo había demostrado suficientemente en su momento. Si la pobre señora Marden, tal como me había dicho, había reflexionado mucho sobre la cuestión, yo también intenté proceder al análisis más profundo que fui capaz de realizar. Era un caso de justicia, hacer pagar a los hijos los pecados de las madres, ya que no de los padres. Aquella desdichada madre iba a pagar, sufriendo, el sufrimiento que había infligido, y como podía existir una predisposición a burlarse de nuevo de las legítimas aspiraciones de un hombre sincero, y que la hija repitiese conmigo su drama, la joven debía ser examinada y vigilada, para que tuviese que sufrir en caso de hacer el mismo daño. Quizás emulase a su madre por algún rasgo de perversidad característica, del mismo modo que se parecía a ella en los encantos; y si podía comprobarse semejante inclinación, si llegaba a ser sorprendida, por así decirlo, faltando a su palabra o cometiendo alguna acción cruel, sus ojos, por una solapada lógica, se abrirían allí mismo, súbita e implacablemente, a la «perfecta presencia», que a partir de entonces tendría que incorporar como pudiese al concepto del universo que tuviera aquella señorita. Yo no sentía grandes temores por ella, pues no tenía la impresión de que obrase movida por la frivolidad, y sabía que si yo estaba confuso ello se debía a que había ido demasiado aprisa. Aún faltaba mucho camino por recorrer antes de que hubiera posibilidades de que ella tuviese la culpa de mi sufrir. No podía arrebatar lo que había dado antes de dar todavía bastante más. El que yo pidiera más ya era otro asunto, y la pregunta que le hice en la terraza aquella mañana era la de si durante el invierno podía seguir visitando la casa de la señora Marden. Prometí no ir demasiado a menudo ni hablarle durante tres meses del tema sobre el que habíamos conversado el día anterior. Me respondió que podía hacer lo que gustara, y de ese modo nos separamos.

Cumplí la promesa que le había hecho; callé durante tres meses. Inesperadamente para mí, hubo momentos en el curso de este tiempo en que pareció que echaba de menos mis asiduidades, aunque quizá fuera indiferente a mi felicidad. Yo tenía tales deseos de complacerla que me convertí en sutil e ingenioso, prodigiosamente atento, pacientemente diplomático. En ocasiones creía haberme ganado la recompensa, haber conseguido que me dijese: «Bueno, bueno, está visto que usted es el mejor de todos ellos... ahora ya puede hablarme». Pero luego había una frialdad

más total que nunca en su belleza y algunos días un brillo burlón en sus ojos, un resplandor que parecía significar: «Si no anda usted con más cuidado le aceptaré, y así acabaré con usted definitivamente». La señora Marden era para mí una gran ayuda, simplemente porque creía en mí, y yo apreciaba en su justo valor su confianza porque sabía que seguía concediéndomela durante una súbita interrupción del prodigio que se había obrado en favor mío. Después de nuestra estancia en Tranton, Sir Edmund Orme nos dio vacaciones, y reconozco que al principio me sentí decepcionado. Quiero decir que tenía la impresión de estar menos destinado, menos implicado y relacionado con Charlotte.

-¡Oh, no cante victoria antes de tiempo! -era el comentario de su madre-; en ocasiones me ha dado un respiro de hasta seis meses. Aparecerá de nuevo cuando menos lo espere... sabe muy bien lo que hace.

Para ella estas semanas fueron de felicidad y fue lo suficientemente discreta como para no hablar de mí a su hija. Tuvo la condescendencia de asegurarme que estaba obrando de la mejor manera posible, que daba la impresión de sentirme seguro y de que a la larga las mujeres cederían ante mi firmeza. Había conocido casos en que había ocurrido así, aun cuando el hombre era un insensato adoptando ese aire de seguridad... un insensato en todos los aspectos. Por lo que se refiere a ella, eran muy buenos tiempos, casi los mejores de su vida, una especie de veranillo de San Martín del alma. Se encontraba mejor de lo que había estado en bastantes años y creía que me lo debía a mí. El significado de aquellas visitas le era llevadero, ya no sentía angustia cada vez que miraba a su alrededor. Charlotte me llevaba la contraria una y otra vez, pero aún se contradecía más a menudo a sí misma. Aquel invierno, junto al antiguo mar de Sussex, fue una maravilla de bonanza, y con frecuencia nos sentábamos al aire libre para tomar el sol. Yo paseaba en compañía de la joven, y la señora Marden, a veces sentada en un banco, a veces en una silla de ruedas, nos esperaba y nos sonreía al vernos pasar. Yo siempre trataba de leer un aviso en su cara: «Está con usted, está con usted» (ella le hubiera visto antes que yo), pero no pasaba nada; la estación nos había aportado también una especie de blandura espiritual. A fines de abril el tiempo era tan parecido al de junio que, al encontrar a mis dos amigas cierta noche en una reunión social de Brighton -una velada con música a cargo de aficionados-, saqué a la joven, sin posibilidad de que opusiera resistencia, a un balcón al que se abría la puerta abierta de una de las habitaciones. La noche era oscura y sofocante, las estrellas tenían un brillo apagado, y a nuestros pies, bajo el acantilado, se oía el sordo rumor de la marea. Lo escuchamos un momento, mientras del interior llegaban hasta nosotros los sones de un violín que acompañaba a un piano, ejecución que había sido nuestro pretexto para escabullirnos.

¿Le parezco un poco mejor? -dije bruscamente al cabo de un minuto-. ¿Puede escucharme de nuevo?

Apenas había acabado de hablar cuando me cogió del brazo y me lo apretó con cierta fuerza.

-¡Calle! Me parece que no estamos solos.

Tenía los ojos fijos en la oscuridad del otro extremo del balcón. Este balcón daba la vuelta a toda la casa y era de gran anchura, como solía ocurrir en las mejores casas antiguas de Brighton. Había cierta luz que procedía de la puerta abierta que estaba detrás de nosotros, pero las otras puertas, con las cortinas corridas por dentro, no alteraban para nada la oscuridad, de modo que sólo percibí borrosamente la silueta de un caballero que estaba de pie allí mirándonos. Iba vestido de etiqueta, como un invitado -distinguía el vago resplandor de su pechera blanca y el pálido óvalo de su rostro- y hubiera podido ser muy bien un invitado que hubiese salido antes que nosotros a tomar el aire. Al principio Charlotte lo creyó así, pero luego, al cabo de unos pocos segundos, tuvo que rendirse a la evidencia de que la intensidad de su mirada no era normal. Si vio algo más, no llegué a saberlo; yo estaba demasiado absorto con mis propias impresiones para captar algo que no fuese la rápida proximidad de su turbación. De hecho, mis propias impresiones eran una sensación fortísima de horror; porque todo aquello, ¿qué podía significar sino que la joven por fin *veía*? Oí que emitía un súbito gemido y se metió precipitadamente en la casa. Sólo después comprendí que yo también había experimentado una

emoción enteramente nueva... mi horror se había convertido en cólera y mi cólera en un brusco movimiento hacia adelante en el balcón, acompañado de un ademán reprobador. Todo aquello quedaba reducido a la visión de una adorable muchacha amenazada y aterrada. Avancé para salvaguardar su seguridad, pero no encontré nada ante mí. O todo había sido un error o Sir Edmund Orme se había desvanecido.

Fui en seguida tras ella, pero cuando entré en el salón encontré allí que se había producido un gran revuelo. Una señora se había desmayado, la música se había interrumpido; se oía mucho ruido de sillas y la gente se agolpaba. La dama en cuestión no era Charlotte, como yo temía, sino la señora Marden, que se había sentido súbitamente indispuesta. Recuerdo el alivio con que recibí la noticia, porque ver sufrir a Charlotte hubiese sido insoportable, y lo de su madre podía distraerla de su agitación. Naturalmente, los que se hicieron cargo de la situación fueron los anfitriones y las señoras y yo no intervine en los cuidados prodigados a mis amigas ni en el acompañarlas hasta su coche. La señora Marden se recuperó e insistió en volver a su casa, después de lo cual me retiré muy intranquilo.

Al día siguiente las visité con la esperanza de que me dieran mejores noticias, y me dijeron que se encontraba mejorada, pero al preguntar si Charlotte accedería a recibirme, se me dio una disculpa por toda respuesta. No me quedaba más que vagar de un lado a otro durante todo aquel día, con el corazón palpitante. Sin embargo, al caer la tarde recibí una nota escrita a lápiz que se me entregó en mano: «Por favor, venga; mi madre quiere verle». Cinco minutos después volvía a estar en su puerta y me hicieron pasar al salón. La señora Marden estaba tendida en el sofá y apenas verla reconocí en su cara la sombra de la muerte. Pero lo primero que me dijo fue que se encontraba mejor, incluso mucho mejor; su pobre, viejo y alborotado corazón había vuelto a traicionarla, pero ahora volvía a portarse bien y estaba en calma. Me alargó la mano y yo me incliné sobre ella, mirándola fijamente a los ojos y de esta manera pude leer en ellos lo que no dijeron sus labios: «La verdad es que estoy muy enferma, pero finja que cree al pie de la letra todo lo que digo». Charlotte, que estaba de pie a su lado, no parecía asustada, pero tenía un aire muy serio, y sus ojos evitaban encontrarse con los míos.

-Me lo ha dicho, me lo ha dicho -dijo la madre.

-¿Que se lo ha dicho?

Miré alternativamente y con intensidad a ambas, preguntándome si mi amiga quería decir que la muchacha le había hablado de la inexplicable aparición de la noche anterior.

-Que usted ha vuelto a hablar con ella, que le es admirablemente fiel.

Al oírla sentí un impulso de alegría; aquello significaba que esta cuestión la interesaba por encima de todo y también que su hija había preferido decirle lo que contribuyese a calmarla, no a inquietarla. No obstante, ahora yo estaba seguro, tan seguro como si la señora Marden me lo hubiese dicho, que ella lo sabía y que lo había sabido en el mismo momento en que su hija había tenido la visión.

-Sí, le hablé, le hablé, pero ella no me dio ninguna respuesta -dije.

Ahora le responderá, ¿no es así, Chartie? Lo deseo tanto, tanto... -murmuró con una indecible ansiedad en su voz.

-Es usted demasiado bueno conmigo.

Charlotte se dirigía a mí, muy seria y afectuosa, pero con la mirada fija en la alfombra. Había en ella algo diferente, diferente como de todo el pasado. Había descubierto algo, sentido una coacción. Vi que no podía dominar su temblor.

-¡Ah, si usted me dejara demostrarle lo bueno que puedo ser! -exclamé tendiéndole las manos. Mientras pronunciaba estas palabras, tuve el convencimiento de que algo acababa de pasar. Al otro lado del sofá se había ido espesando una forma, y esta forma se inclinaba sobre la señora Marden. Todo mi ser se concentró en una muda plegaria para que Charlotte no la viera y para que yo fuese capaz de no delatarme. El impulso de dirigir una mirada a su madre era aún más fuerte que el movimiento involuntario de darme por enterado de la presencia de Sir Edmund Orme; pero conseguí dominar esta inclinación, y la señora Marden permaneció completamente inmóvil. Charlotte se levantó para tenderme la mano, y entonces, en el momento de hacer este

ademán, vio el horror. Dio un chillido, sus ojos expresaron el desaliento, y en aquel mismo momento llegó a mis oídos otro sonido, un gemido de condenado. Pero yo ya me había precipitado hacia la mujer que amaba para protegerla, para cubrirle la cara, y ella se había arrojado apasionadamente en mis brazos. La tuve abrazada un momento, fuertemente, abandonándome a ella, sintiendo cada uno de los latidos de su corazón que se confundían con los míos sin que fuese posible distinguirlos; en seguida, de pronto, fríamente, tuve la seguridad de que estábamos solos. Ella se soltó. La forma que había estado al lado del sofá había desaparecido, pero la señora Marden seguía en su lugar con los ojos cerrados, y había algo en su inmovilidad que renovó nuestro horror. Charlotte lo expresó claramente con un grito de «¡Madre, madre!» y se arrojó sobre ella. Yo me arrodillé a su lado... La señora Marden había muerto.

Lo que había oído cuando Chartie gritó -me refiero al otro grito, aún más trágico- ¿era el grito de desesperación de la desdichada mujer al recibir el golpe de la muerte o el sollozo articulado (fue como una ráfaga de una gran tormenta) del espíritu exorcizado y apaciguado? Posiblemente esto último, porque aquélla fue, misericordiosamente, la última de las apariciones de Sir Edmund Orme.

MAUD-EVELYN

En medio de la conversación salió a relucir el nombre de una dama, desconocida para mí, y alguien inquirió si estábamos enterados de la enigmática forma en que acababa de “forrarse”: la suerte que repentinamente había iluminado el gris atardecer de su existencia, oscura y solitaria. Inicialmente nos vimos reducidos, en nuestra ignorancia, a una cochina envidia; pero la anciana Lady Emma, que durante un rato no dijo nada y ni siquiera pareció escuchar, limitándose a dejar que nuestras cábalas, bastante lejanas de la verdad, amainaran por sí solas, emergió de su mutismo para observar que, si lo que le había sucedido a Lavinia era ciertamente prodigioso, los acontecimientos que a lo largo de muchos años precedieron al hecho en sí, y desembocaron en él, tampoco habían carecido de singulares características. Al punto nos dimos cuenta de que Lady Emma tenía una historia que contar: una historia, además, ignorada incluso por aquéllos de sus invitados que habían tenido ocasión de tratar a la modosa protagonista de la misma. Casi lo más raro -como resultó después- fue que aquella situación hubiera quedado, aparencialmente, tan al fondo en la vida de dicha protagonista. Por “después” quiero decir, sencillamente, justo antes de separarnos; pues lo que se supo, se supo enseguida, por estímulo y presión, por nuestra intrigada insistencia unánime. Lady Emma, que siempre me recordaba un antiguo y exquisito instrumento musical que hay que templar antes de tocarlo, después de algunos minutos en que hubimos de rascarle las cuerdas y ponerle la digitación convino en que, dado que ya había dicho tanto, no podía abstenerse de contarlo todo sin que su reserva fuera motivo de penoso tormento para nosotros, inflamada nuestra curiosidad. En efecto, Lady Emma conocía desde mucho tiempo atrás a Lavinia, a la cual mencionaba simplemente por su nombre de pila, y sabía que... Pero mejor será que le ceda la conducción del relato a la propia Lady Emma, recogiendo sus palabras con la máxima literalidad posible. Nos habló desde su rincón del sofá, y el parpadeo de las llamas del hogar en su rostro fue como un trasunto del vaivén de los recuerdos, los aleteos del pensamiento, en su alma.

1

"Entonces, ¿por qué diantres no lo has aceptado?", pregunté. Creo que de esta guisa, cuando Lavinia tenía alrededor de veinte años -antes de que quizá algunos de ustedes hubieran nacido-, fue como empezó, para mí, el asunto. Formulé la pregunta porque sabía que Lavinia había rechazado una oportunidad, aunque no podía imaginarme el gran error que resultaría no haberla aprovechado. Me interesaba el caso porque ambos me agradaban -ustedes son la mejor prueba de que continúa gustándome la gente joven- y porque, como se habían conocido en mi casa, ello me otorgaba cierta responsabilidad sobre sus relaciones mutuas. Me parece que debo comenzar la historia desde muy atrás, diciendo que Lavinia era hija de mi más antigua institutriz, casi la única que en mi niñez tuve, por la cual yo sentía gran afecto y que abandonó el servicio de mi familia para contraer un matrimonio que -para tratarse de una simple institutriz- podríamos calificar de "ventajoso"; *y,* por su parte, Marmaduke *(¡no* se llama así en realidad!) era hijo de uno de los muchos hombres de buen gusto que, en mi juventud -de muchacha era yo guapísima, palabra que lo era-, me habían solicitado en matrimonio. Este en concreto se me declaró tras haberse quedado viudo, pero a mí, por la razón que sea, los viudos no me atraían. A pesar de ello, y aun después de haberme casado con otro hombre, me sentí unida por un agradable lazo con un muchacho del cual pude ser madrastra y a quien, acaso por vanidad, demostraba que como tal no habría sido de las peores. El hecho de que la mujer con la cual contrajo matrimonio posteriormente su padre no se mostrara demasiado cariñosa con el hijo, indujo a éste a cultivar mi amistad maternal.

Lavinia era una entre nueve hermanos, varones y hembras, ninguno de los cuales ha hecho nunca nada para ayudarla y que, en diversos países, han contribuido, creo que en la misma escala, a poblar el globo. Lavinia poseía, sorprendentemente mezcladas, dos características que casi se excluyen mutuamente: una gran timidez y, unido a ella, a modo de pequeña maldad que podía cualificar a una inofensiva criatura para un mundo de perversidades, un inesperado engreimiento respecto de ciertas cuestiones, por el cual yo la reprendía a veces, pero que, como comprobé más adelante, habría podido sazonar la chatura de su vida si no se hubiera volatilizado en el decurso de esta historia. En cualquier caso, era una de esas personas que no se sabe si habrían podido ser atractivas de haber sido felices, o si habrían podido ser felices de haber sido atractivas. Confieso que me extrañó que no hubiera aceptado a Marmaduke bendiciendo su suerte; probablemente menos porque yo pensara maravillas de él que porque ella daba demasiado por supuestas sus perspectivas. Lavinia había cometido un error, y no tardó en reconocerlo; pero recuerdo que cuando me expresó su convencimiento de que Marmaduke insistiría en su petición, consideré muy probable tal cosa, pues yo había hablado entretanto con el joven. "A Lavinia le gustas", declaré; y, pese a todo el tiempo transcurrido, aún me parece ver su apuesto, juvenil e ingenuo semblante animado, ante aquellas palabras, casi a despecho de sí propio, por una inhabitual traza de estar meditando un poco. No insistí demasiado, pues Marmaduke no tenía, al fin y a la postre, gran cosa que ofrecer (sin embargo, mi conciencia estuvo más tranquila, después, por no haber dicho menos): su madre le había dejado una renta de sólo trescientas cincuenta libras al año, y uno de sus tíos le había prometido algo: no me refiero a una pensión, sino a un empleo, si mi memoria no me engaña, en algún negociejo. Marmaduke me aseguró que él amaba como un hombre -¡un hombre de veintidós años!- ama sólo una vez. Lo afirmó, al menos, como un hombre lo afirma sólo una vez.

-Pues bien, en tal caso -repuse- ya sabes lo que tienes que hacer.

-¿Hablar de nuevo con ella?

-Sí..., inténtalo.

Durante unos momentos pareció intentarlo en su imaginación; después de lo cual, para no pequeña sorpresa mía, preguntó:

-¿Estaría muy fuera de lugar que fuese ella quien me hablara *a mí?*

Lo miré pasmada:

-¿Te refieres a que ella te persiga... y te atrape? ¡Ah, si lo que piensas hacer es huir!

-¡No huyo! -En esto se mostró categórico-. Pero cuando se ha llegado tan lejos como yo...

-...¿no puede llegarse más lejos? Tal vez -repliqué secamente-. Pero en ese caso no cabe hablar de "cariño".

-Oh, yo amo de veras a Lavinia.

Negué con la cabeza:

-¡No, si eres tan orgulloso! -Tras lo cual me di la vuelta, aunque tan sólo para tornar a encararlo inmediatamente, pues me pareció que su extraño silencio momentáneo indicaba que el joven aceptaba mi opinión. Entonces me di cuenta de que no la había aceptado; en realidad me di cuenta de que mi opinión era fundamentalmente absurda. Él se volvió, a cuenta de esto, más expresivo que nunca hasta entonces: exhibió la más extraña, más franca y, para un joven de sus características, más triste de las sonrisas.

-*No* soy orgulloso. No está *en mí.* Esas cosas se llevan dentro, ¿sabe? Creo que no tengo ningún orgullo.

Se me ocurrió que esto último era probable, pensándolo bien; pero en aquel instante, extrañamente, no lo aprecié menos por ello, aunque lo cierto es que hablé con alguna aspereza:

-Entonces, ¿cuál es el problema?

Se paseó de un extremo a otro de la habitación, con pinta de que lo que él mismo acababa de decir lo hubiese dejado algo más tranquilo.

-Pues -contestó- que ¿qué más puede un hombre decir? -Después, cuando yo estaba a punto de comentarle que ignoraba lo que él ya habría dicho, continuó-: Le juré a Lavinia que entonces no me casaría nunca. ¿No es suficiente eso?

-¿Para que ella vaya detrás de ti?

-No, claro que no, sino para que ella se sienta segura de mí, para que sepa aguardar.

-Aguardar ¿qué?

-Pues hasta que yo regrese.

-Que regreses ¿de dónde?

-De Suiza. Ah, ¿no se lo había dicho? La semana próxima parto con mi tía y mi prima para disfrutar de un viaje por Suiza.

Llevaba él toda la razón al decir que no era orgulloso: aquélla era una consolación obviamente humilde.

2

Y, sin embargo, ya verán ustedes las extraordinarias consecuencias de la humilde consolación; la primera indicación de ellas la recibí, a principios de otoño, por intermedio de la pobre Lavinia. Marmaduke le había escrito, ya que continuaban siendo amigos; y así ella supo que la tía y la prima del joven habían regresado sin él. Marmaduke había prolongado su estancia en Suiza, dirigiéndose después a los lagos italianos y a Venecia; ahora se encontraba en París. La noticia me extrañó un tanto, sabiendo yo como sabía que Marmaduke siempre andaba más bien escaso de dinero y que había podido permitirse ir a Suiza sólo gracias a la generosidad de su tío.

-Entonces, ¿es que ha pescado a alguien? -inquirí, para lamentarlo inmediatamente porque, ante mis palabras, Lavinia se arreboló. Casi me pregunté si el joven habría "pescado" a alguna dama de mala reputación, aunque, en tal caso, él no se lo habría escrito a Lavinia y aquello no le habría permitido precisamente una posibilidad de incrementar sus fondos.

-Oh, Marmaduke entabla relaciones con mucha facilidad: dos minutos le bastan para hacerse amigo de cualquiera -dijo la joven-. Y sabe hacerse querer de todo el mundo.

Esto era absolutamente verdad, y yo vi lo que Lavinia veía en ello.

-¡Ah, querida -dije-, debe de tener un círculo inmenso de amistades preparado para ti!

-Bueno -repuso-, si la gente viene tras nosotros, no voy a creer que lo hará por mí. Será por *él, y* ello no me importa. Mi placer estará en... pero ya verá. -Ya vi. Vi por lo menos lo que ella imaginaba ver: el salón de ellos dos lleno de mujeres vistosas y ella en actitud angelical. La joven prosiguió-: ¿Sabe lo que él me dijo por segunda vez antes de salir de viaje?

Me maravillé: Marmaduke *había* hablado con ella. Contesté:

-Que nunca, nunca se casaría...

-...¡con nadie sino *conmigo!* -completó la frase candorosamente Lavinia-. Entonces, ¿lo sabía usted?

-Lo suponía -dije, acaso sin faltar a la verdad.

-Y ¿no se lo cree?

Otra vez titubeé, y después respondí:

-Sí. -Pero todo aquello aún no me explicaba por qué Lavinia había mudado de color-: ¿Es un secreto lo de quién lo acompaña?

-Oh, no, por lo visto son muy majos. Lo que hace un momento me impresionó fue ver lo bien que lo conoce usted, el que comprendiera enseguida que era una nueva amistad lo que motiva que no haya regresado. Es su afecto a la familia Dedrick. Está viajando con ella.

De nuevo me maravillé:

-¿Quieres decir que se lo han llevado con ellos?

-Sí: lo invitaron a acompañarlos.

No, reflexioné yo, Marmaduke realmente no era orgulloso. Pero lo que dije fue:

-Y ¿quién narices son los Dedrick?

-Gente muy educada y simpática que Marmaduke conoció por casualidad el mes pasado, en Suiza. Él había salido a dar un paseo: un paseo largo por una ruta bastante absurda, según me han dicho, sin su tía ni su prima, quienes prefirieron alguna otra actividad y lo emplazaron a reunírseles a determinada hora. Se vio sorprendido por una lluvia torrencial y, cuando buscaba un lugar donde guarecerse, unas personas que pasaban montadas en un carruaje lo invitaron amablemente a subir. Se entregaron a charlar, tengo entendido, durante varias horas; así comenzó su amistad, que hasta ahora no se ha interrumpido.

Lo consideré unos instantes y pregunté:

-¿Alguna mujer?

La capacidad cogitativa de Lavinia también emprendió un tanto el vuelo:

-Creo que alrededor de cuarenta.

-¿Cuarenta mujeres?

Lavinia reaccionó rápidamente:

-Oh, no; me refería a que la señora Dedrick es una mujer de alrededor de cuarenta años.

-¿Alrededor de cuarenta años? Entonces la señorita Dedrick...

-No existe ninguna señorita Dedrick.

-¿No tienen ninguna hija?

-Si la hay, no viaja con ellos. A la señora sólo la acompaña el marido.

Reflexioné de nuevo, e inquirí:

-Y ¿qué edad tiene *él?*

Lavinia siguió mi ejemplo, y luego respondió:

-Alrededor de cuarenta, también.

-¿Digamos entonces que son cuarenta y dos? -Nos echamos a reír a la vez, y exclamé-: ¡Bueno, todo está aclarado! -Y así de aclarado, al menos por el momento, pareció quedar todo.

La ausencia de Marmaduke se prolongó, no obstante, *y* vi a Lavinia en repetidas ocasiones, *y* ella *y yo* hablamos siempre de él, si bien ello representaba una preocupación mucho mayor por los asuntos del joven de lo que yo me había considerado obligada a mostrar. Yo nunca había trabado conocimiento con el resto de la familia de su padre, y por consiguiente no había visto ni a su tía ni a su prima, conque el relato dado por aquellas parientas sobre las circunstancias de su separación de Marmaduke me llegó al fin por

Librodot

conducto de mi joven amiga, *cuya* información, a su vez -pues conocía a la familia del muchacho casi tan poco como yo-, también era de segunda mano. Al parecer, las sufridas damas estimaban que Marmaduke no se había portado con ellas como es debido, sino que las había sacrificado egoístamente en favor de unos conocidos ocasionales; reproche éste que a Lavinia la molestó profundamente, aunque me di cuenta de que ella tampoco las tenía todas consigo respecto de aquellos conocidos ocasionales. "¿Cómo habría podido él evitarlo si es tan seductor?", preguntó Lavinia; y es que para mostrarse adecuadamente indignada en un respecto debía esforzarse por parecer encantada en el otro. Marmaduke *era* un muchacho "seductor"; pero no por ello dejamos de llegar a la conclusión de que sin duda los Dedrick tenían que ser unas personas muy poco normales. No pudimos apoyarnos en ninguna prueba adicional, pues Marmaduke cesó de escribir, aunque, naturalmente, esto mismo se nos antojó un síntoma. Entretanto, yo había reflexionado -siempre me ha gustado esta modalidad de estudio de la conducta humana- sobre en qué consistía ser seductor. El resumen de mis meditaciones, que la experiencia no ha hecho más que confirmar, fue que se trata de algo puramente intrínseco. Es una cualidad que no exige la obligada presencia de ninguna otra. Marmaduke *no* poseía ninguna otra. ¿Para qué la habría necesitado?

3

Por fin, pese a todo, Marmaduke regresó; pero lo que ocurrió entonces, cuando el joven vino a visitarme, fue que si bien su puntual descripción de sus deliciosos nuevos amigos avivó incluso más de lo que yo había esperado mi impresión de la variedad de la especie humana, mi curiosidad se negó a responderme cuando Marmaduke me sugirió que lo acompañara a hacerles alguna visita a su casa. Es un hecho difícil de explicar, y yo no pretendo ser capaz de hacerlo, pero ¿acaso muchas veces no sucede que opinamos favorablemente de una persona sin sentirnos inflamados por el deseo de conocer -con la excusa de un tal sentimiento- a individuos que opinan aún mejor de la misma? Extrañamente -por muy buena persona que fuese Marmaduke- no hacía muy recomendables a los Dedrick el hecho de que estuvieran locos por él. No dije esto (procuré decir poco); lo cual no impidió que Marmaduke se apresurara a proponer la alternativa de traérselos a *mi* casa para presentármelos.

-Y si no, ¿por qué no? -dijo riéndose. Marmaduke se reía por cualquier cosa.

-¿Que por qué no? Porque me parece que a la hora de conceder tu amistad no sueles exigirles ninguna garantía a los aspirantes. Ahora debes industriártelas tú solito.

-Oh, pero si son unas personas tan de fiar -adujocomo el Banco de Inglaterra. Respetables y bondadosas.

-Dos cualidades que mi modesto trato no contribuirá a mejorar. -El no había llegado a decirme, y ello me sorprendió, que me parecerían unas personas "divertidas", pero sí se había apresurado a mencionar, en cambio, que su residencia estaba en la adinerada zona de Westbourne Terrace. No tenían cuarenta años, sino cuarenta y cinco; pero el señor Dedrick se había retirado ya de su profesión, por lo visto una profesión muy corriente y moliente, después de haber obtenido en ella considerables ganancias. Eran las personas más sencillas y más corteses del mundo, y al mismo tiempo las más originales *y* las más inhabituales, *y* ningún cariño podía ser mayor, con entera franqueza, que el que le habían tomado a él. Marmaduke hablaba de ello con una conforme placidez que resultaba casi irritante. Supongo que yo lo habría despreciado si, después de los beneficios que él les había aceptado, hubiese dicho que lo aburrían; pero el hecho de que no lo aburrieran me molestó incluso más de lo que me intrigaba-. Y ¿a quién conocen?

-Únicamente a mí. En Londres hay mucha gente así.

-¿Que sólo te conoce a ti?

-No, me refiero a gente de buena posición pero que no se relaciona especialmente con nadie. En Londres hay personas infrecuentes, que son rematadamente encantadoras. No tiene

usted idea. No persiguen a nadie, no ambicionan tratarse con la aristocracia. Viven su vida a su manera, siguen su propio camino independiente. En ellas uno encuentra (¿cómo suele decirse?) refinamiento, cultura, inteligencia, ¿sabe usted?, y gusto por la música, *y* por la pintura, *y* por la espiritualidad, y por una buena mesa: cosas positivas de todas las clases. Uno sólo puede toparse con ellos por casualidad; pero existen por doquier.

Asentí ante aquello: el mundo era por demás prodigioso y desde luego había que ver todo lo que se pudiera. Dentro de mi esfera, también yo encontraba bastantes maravillas.

-Pero tú -inquirí-, ¿estás tan encariñado con ellos como...?

-...¿como ellos lo están *conmigo?* -completó al instante, sin la menor nube en su mirar-. No me cabe duda de que con el tiempo podré contestar afirmativamente a esa pregunta.

-Entonces, ¿vas a llevar a Lavinia...?

-...¿a visitarlos? No. -Al punto me di cuenta, yo sola, palmariamente, de haber cometido un error-. ¿En calidad de qué *podría* llevarla allí?

Hice propósito de enmienda:

-Siempre se me olvida que no estáis prometidos.

-Vaya -dijo al cabo de un momento-, nunca me casaré con otra.

En cierta forma, me crispó los nervios oírselo repetir.

-¡Caramba, ¿en qué la beneficiará eso, si no te casas con *ella?!* -exclamé.

Ante esto no respondió: se limitó a darse la vuelta; tras lo cual, cuando volvió a encararme, su semblante estaba arrebolado.

-Lavinia habría debido aceptarme aquel día -dijo en tono serio no menos que amable; además me atalayó como si deseara decir más.

Recuerdo que dicha amabilidad me desesperó; alguna muestra de resentimiento habría sido una promesa de que el caso tenía aún solución. Pero de momento abandoné el dichoso caso, sin dejarlo decir más, y, volviendo a lo de los Dedrick, le pregunté cómo diablos pasaban entonces el tiempo, si no trabajaban en nada ni frecuentaban la sociedad. Por un instante mi pregunta semejó desconcertarlo, pero no tardó en orientarse; lo cual, de paso, según advertí, le infundió un color más saludable que nuestras alusiones a Lavinia.

-Oh, viven consagrados a Maud-Evelyn -fue su respuesta.

-Y ¿quién es Maud-Evelyn?

-Su hija, naturalmente.

-¿Su hija? -Yo había supuesto que no tenían hijos.

Marmaduke explicó el hecho en parte:

-Por desgracia se quedaron sin ella.

-¿Se quedaron sin ella? -La explicación no resultaba demasiado clara.

De nuevo vaciló:

-Quiero decir que la mayoría de las personas lo llamaría así. *Ellos,* en cambio, opinan de otro modo.

Especulé:

-¿Quieres decir que las demás personas la habrían expulsado de sus pensamientos?

-Sí, es posible. Pero los Dedrick no son capaces de olvidarla.

Me pregunté qué habría hecho Maud-Evelyn; ¿algo realmente criminal? Sin embargo, no era de mi incumbencia, así que me limité a decir:

-¿Siguen en contacto con ella?

-Huy, continuamente.

-Entonces, ¿por qué ella no vive con ellos?

Marmaduke meditó, y repuso:

-Sí vive con ellos. En la actualidad.

-¿"En la actualidad"? ¿Desde cuándo?

-Desde el año pasado.

-Entonces, ¿por qué has dicho que se quedaron sin ella?

-Ah -dijo, con una sonrisa triste-, porque *yo* diría que es así. En todo caso -ahondó-, yo

Librodot

no he podido verla.

Mi sorpresa iba en aumento:

-¿Es que la guardan oculta?

Meditó de nuevo, y respondió:

-No, por cierto. Como ya he dicho, ellos viven consagrados a ella.

-Pero no desean que *tú* hagas lo mismo, ¿es eso?

Ante esto, por primera vez me miró, a mi entender, con una expresión de extrañeza:

-¿Cómo *podría yo* hacerlo? -Me lo planteó como si, de una u otra manera, por su parte estuviese mal no hacerlo; pero yo intenté, empleándome a fondo, zanjar la cuestión:

-No puedes hacerlo, es cierto. ¿Por qué diantres *deberías* hacerlo? Tú tienes que consagrarte a *mi* muchacha. Conságrate a Lavinia.

4

Desgraciadamente, yo había incurrido en el riesgo de fastidiarlo de nuevo con aquella idea, y, aunque en ese preciso momento no la rechazó, atribuí a la misma el que no volviera a presentarse por mi casa durante varias semanas. En este transcurso vi a “mi muchacha', como la había denominado yo, si bien ambas evitamos muy cuidadosamente hablar de Marmaduke. Eso precisamente fue lo que me hizo creer que la joven estaba llena con su recuerdo. Y esto último fue lo que me decidió, una y otra vez, a no rectificarle su error en lo atinente a la falta de descendencia de los Dedrick. Pero, a despecho de todos mis silenciamientos, el que Lavinia nombrara al joven fue sólo cuestión de tiempo, pues al cabo de un mes me dijo que Marmaduke había estado dos veces en casa de su madre -mi ex institutriz- y que ella lo había visto en ambas ocasiones.

-¿Y bien?

-Es muy feliz -dijo Lavinia.

-Y ¿sigue apegado a...?

-Tan apegado como hasta ahora, sí, a esa familia. Él no me dijo eso, pero yo pude inferirlo.

También yo pude inferirlo, y asimismo inferir las inferencias de ella.

-Entonces, ¿qué te dijo? -ahondé.

-Nada... aunque creo que hay algo que desearía decirme. Sólo que no es lo que *usted* cree -agregó.

Al calor de esto me pregunté si se trataría de lo que él me había revelado en nuestra más reciente conversación.

-En tal caso, ¿qué lo retrae? -pregunté. -¿De decírmelo? No lo sé.

En la entonación de estas palabras mi oído detectó la primera nota de una tan profunda resignación y una tan extraña aceptación que me dieron, a la postre, aún más motivo de sorpresa que todo lo demás.

-Si no puede decírtelo, ¿a qué va a tu casa?

Casi sonrió:

-Creo que ya lo *sabré.*

La miré; recuerdo que le di un beso.

-Eres admirable -comenté-; pero no está bien por su parte.

-¡Oh -replicó-, él tan sólo desea ser considerado!

-¿Con ellos? Entonces debería dejar tranquilos a los demás. Pero lo que yo digo que no está bien por su parte es que únicamente se limite a ser tan “considerado”.

-¿Con los Dedrick? -Reflexionó como si la cuestión pudiera ser juzgada desde diversos ángulos-. ¿No es posible que él esté ayudándolos, que esté haciéndoles alguna clase de bien?

La idea no me convenció.

-¿Qué bien puede hacer Marmaduke? He de pedirte algo importante -seguí- por si acaso

te propone ir a conocer a los Dedrick. ¿Me prometes que no accederás?

Se limitó a parecer desconcertada y perpleja:

-¿A hacerme amiga de ellos?

-A visitarlos, a aproximárteles... en toda tu vida.

De nuevo quedó pensativa:

-¿Quiere decir que *usted* se niega a conocerlos?

-Desde luego.

-Entonces creo que no me gustará la idea de ir.

-Huy, pero eso no es una promesa. -Le insistí-: Quiero que me des tu palabra.

Dudó un poco:

-Pero ¿por qué?

-Para que, al menos, Marmaduke no pueda utilizarte para sus manejos -dije con firmeza.

Mi firmeza la dominó, aunque percibí que, en realidad, ella habría querido prestarse a cualquier posible manejo.

-Le doy a usted mi palabra, pero sólo porque sé que se trata de algo que él nunca me propondrá.

Yo opinaba de muy distinto modo, a fuer de persuadida de que la intención de hacerle la propuesta de marras era lo que a Lavinia la había hecho sentirse segura de que Marmaduke intentaba decirle algo; pero en nuestra siguiente entrevista la oí hablar de otro asunto, el cual, según me percaté nada más verla, parecía haberla excitado extraordinariamente.

-¿Sabía usted lo de la hija y no me lo contó? Marmaduke estuvo ayer en casa -explicó al advertir mi mirada de extrañeza ante su deslavazado chorro de palabras- y ahora ya conozco lo que *quería* decirme. Por fin lo ha soltado.

No cesé de mirarla pasmada:

-¿Qué es lo que ha soltado?

-Lo ha soltado todo. -Pareció sorprendida por mi semblante-: ¿No le habló a usted de Maud-Evelyn?

Yo recordaba la cuestión perfectamente, pero seguía sin estar cierta de comprender a Lavinia:

-Me habló de que los Dedrick tenían una hija, pero tan sólo me dijo que había algo especial en relación con ella. ¿De qué se trata?

La joven repitió mis palabras:

-¿Que de qué se "trata"? ¿En qué mundo vive usted? De que está muerta, sencillamente.

-¿Muerta? -Me quedé de una pieza, como es lógico-. ¿Cuándo murió?

-Caramba, hace muchos años... quince, creo. Cuando era una niña. ¿No lo comprendió usted?

-¿Cómo habría *podido* comprenderlo... si Marmaduke me dijo que ella vivía "con" ellos y que ellos vivían consagrados a ella?

-Bueno -aclaró mi joven amiga-, lo que quiso decir es que están consagrados a su recuerdo. Ella *vive* con ellos, en el sentido de que ellos no piensan en otra cosa.

En esta rectificación hallé motivo de pasmo, pero asimismo, inicialmente, motivo de alivio. Al mismo tiempo originaba, mirándolo bien, un nuevo misterio.

-Si no piensan en otra cosa -dije-, ¿cómo pueden pensar tanto en Marmaduke?

La objeción la impresionó, aunque ya por entonces experimenté la vaga sensación de que Lavinia estaba, por así decirlo, bastante de parte de Marmaduke, o, por lo menos -casi contra su propia voluntad-, en sintonía con los Dedrick. Pero su respuesta fue rauda:

-Caramba, tienen un buen motivo: el de poder hablar con él sobre su hija.

-Comprendo -dije, lo cual no era completamente cierto-. Pero ¿cuál es el interés que tiene *él* en*...?*

-...¿en mezclarse en esa historia? -De nuevo, Lavinia resolvió la dificultad-: ¡Pues que era una muchacha tan interesante! Al parecer era muy seductora.

Sin duda me quedé totalmente boquiabierta:

Librodot

-¡Pero si no era más que una niña con delantalito!

-No crea, ya no llevaba delantalito; había cumplido, creo, los catorce años. ¡O incluso los dieciséis! Lo que es seguro es que su belleza era radiante.

-Eso es lo que se dice de todas. En cualquier caso, ¿qué importancia tiene ello para él, si nunca la vio?

Meditó unos instantes, pero esta vez no ofreció aclaración.

-¡Vaya, tendrá usted que preguntárselo a él!

Decidí que lo haría en cuanto pudiera; pero mientras tanto tenía aún ante mí otros contrasentidos.

-¿No estaría bien -sugerí- que a la vez le preguntara qué quiere decir con eso del "contacto" en que siguen los Dedrick con su hija?

Oh, aquello era sencillo:

-Lo obtienen a través de "médiums", ¿sabe?, con golpes en una mesa y todo eso. Empezaron hace uno o dos años.

-¡Los muy chalados! -exclamé ante esto, según recuerdo, de manera asaz intolerante-. Y ¿quieren arrastrarlo *a él a...?*

-No, por cierto; no lo desean, y Marmaduke no tiene nada que ver en ello.

-Entonces, ¿por qué diablos va a verlos?

Lavinia apartó el semblante; de nuevo pareció azorada. Por último espetó:

-Haga que él le enseñe la fotografía de la muchacha.

Pero aquello no me iluminó.

-¿Lo chifla esa fotografía? -dije.

Una vez más, Lavinia se ruborizó intensamente:

-¡Bueno, es la de una joven beldad!

-¿A la cual él va mostrando por ahí?

Vaciló:

-Creo que únicamente me la ha enseñado *a mí.*

-¡Ah, a la última persona en el mundo a quien habría debido enseñársela! -me permití observar.

-¿Por qué, si yo también me siento impresionada?

En Lavinia había algo que comenzaba a no alcanzárseme, y debí de mirarla con gran fijeza.

-¡Es un gran detalle por tu parte sentirte impresionada!

-No quiero decir únicamente ante la belleza del rostro -completó-; quiero decir ante todo el asunto: con la actitud de los padres, con su fidelidad, extraordinaria hasta el punto de, como dice Marmaduke, haber convertido el recuerdo de su hija en una verdadera religión. Esto, sobre todo, es lo que él había estado queriendo explicarme.

Ahora fui yo quien apartó el semblante, y ella no tardó en irse; pero antes de que nos separásemos no pude evitar un comentario mordaz diciéndole que nunca había supuesto que Marmaduke fuera *esa* clase de asno.

5

Si yo fuera la persona cínica que probablemente se figuran ustedes, no me abstendría de declarar que para mí el principal interés del resto del asunto residió en establecer la clase de asno que *había* supuesto que era Marmaduke. Pero temo, pensándolo bien, que mi narración termine siendo principalmente un retrato de mi propia insensatez. Yo nunca habría llegado al pleno conocimiento de toda la historia si no hubiera acabado por aceptarla, y nunca la habría aceptado si toda la historia no hubiese estado, a mi modo de ver, extrañamente libre de lo grotesco. Debo agregar sin tardanza, empero, que lo grotesco, y aun algo peor, fue lo que al principio me pareció que cabalmente la impregnaba. Después de aquella conversación con

Lavinia me apresté a enviar recado a nuestro amigo de que viniera a visitarme; y entonces me tomé la libertad de interrogarlo sin ambages acerca de todo lo que Lavinia había estado contándome. Especialmente, había un extremo que yo deseaba que me fuera aclarado y que me parecía mucho más prioritario que de qué color era el cabello de Maud-Evelyn o cuál era la longitud exacta de su delantal; me refiero, obviamente, a la buena fe de mi joven amigo. ¿Era un perfecto imbécil o sencillamente un redomado cazador de herencias? De momento mi elección parecía restringida a esta disyuntiva.

Después de que él me hubo dicho: "Será tan ridículo como usted quiera, pero el caso es que los Dedrick me han adoptado", le pregunté abiertamente, en el acto, apelando a la simple decencia, qué era lo que él, para que su autoestima quedara intacta, podía darles a semejantes benefactores a cambio de semejante generosidad. Me considero obligada a decir que aunque, de entrada, yo estaba deseosísima de vituperarlo, su placidez me resultó amansadora. Su alegato fue que el beneficio que él representaba para sus amigos era algo que sólo a éstos concernía valorar. Ni por un momento pretendió ser más importante que lo que lo hacía la fantasía de sus amigos. Él jamás había hecho nada deliberado para ocasionar que los Dedrick lo apreciaran tantísimo: tamaño vínculo era exclusivamente fruto de la espontaneidad de aquella pareja, de su insistencia, de su excentricidad, sin duda, e incluso, si yo quería, de su chaladura. ¿No bastaba que él estuviera dispuesto a asegurar, mirándome a los ojos, que sentía un afecto "real y verdadero" hacia ellos y que no lo hastiaban ni pizca? Yo evidentemente tenía-ano me daba cuenta?- una imagen ideal de él que él no estaba en condiciones, si le permitía decírmelo, de encarnar. Fue él mismo quien lo expresó así, y ello me hizo concebir el dictamen de que *había* algo irresistible en el refinamiento de su descaro.

-Nunca voy a casa de la señora Jex -me dijo (la señora Jex era la médium favorita de los Dedrick)-; *ella* me parece fea, vulgar y pesada, y detesto ese lado del asunto. Además -agregó, con palabras que yo recordaría posteriormente- no lo necesito: yo puedo pasarme estupendamente sin ello. Pero mis amigos -insistió-, aunque no sean de una tipología que usted se haya encontrado a menudo, no son feos, no son pesados, no son en modo alguno un "mal trago". Son, antes bien, a su manera poco convencional, una bonísima compañía. Su trato es una fuente inagotable de interés. Son deliciosamente insólitos y rebuscados y corteses: son como personajes de una historia antigua o un tiempo antiguo. En todo caso, nuestras relaciones sólo nos importan a nosotros (a ellos y a mí) y le ruego que me crea cuando le digo que me habría negado a hablar del asunto con cualquier otra persona que no hubiese sido usted.

Recuerdo haberle dicho, tres meses después: "No me has contado nunca lo que realmente necesitan de ti los Dedrick"; pero temo que fue una modalidad de reproche que se me ocurrió precisamente porque yo ya había empezado a adivinar. Lo cierto es que a esas alturas yo ya había tenido grandes atisbos, lo mismo que la pobre Lavinia -de hecho, los suyos, entonces y después, estaban bastante mejor informados-, *y* ella *y yo* los habíamos compartido, conque lo que pudiera emerger no iba a cogerme totalmente de sorpresa. Fueron los añadidos de Lavinia lo que convirtió mis intuiciones en un cuadro completo. El retrato de la niña muerta había evocado algo atractivo, aunque una no hubiese habitado tanto en el mundo sin oír infinidad de historias de niñas muertas; y llegó un momento en que me pareció haber estado personalmente con Marmaduke en todas y cada una de las habitaciones convertidas por los Dedrick -con ayuda no sólo de las pequeñas y amadas reliquias, sino también de los más tiernos recuerdos reales o imaginados, evocaciones ingeniosas y sentidas, frutos inexpugnables de un dolor meditabundo y una pasión inextinguible- en un templo de pesar y de adoración. Saltaba a la vista que la niña, indiscutiblemente hermosa, había sido querida apasionadamente, y, al carecer las vidas de ellos -supongo que por mero azar originariamente- de otros elementos, tales como nuevos placeres o nuevas penas, que sí abundan en las vidas de la mayoría de la gente, su sentimiento se había hecho omnímodo, transformándose en una especie de inofensiva locura. Era una idea fija que no les dejaba espacio para ninguna otra. El mundo, en términos generales, no da oportunidad para semejante ritual, pero el mundo había

Librodot

pasado por alto de manera persistente a aquella tímida pareja hogareña, que era sensible a las ilusiones y cuya sinceridad y fidelidad, lo mismo que su mansedumbre y sus rarezas, eran de un anticuado estilo inflexible.

No me gustaría dar la impresión de que aquellos centros de interés, o mi curiosidad por sus tejemanejes, monopolizaban mi tiempo; pues yo tenía muchos compromisos que satisfacer y muchas complicaciones que solventar, un centenar de cuidados y mucho más hondas preocupaciones. Mi joven amiga, por su parte, también tenía otras relaciones *y* contingencias... *y* asimismo otras dificultades, la pobre; así es que había períodos de tiempo durante los cuales yo no veía a Marmaduke ni oía hablar de los Dedrick. Una vez, una sola vez, en el extranjero, en una estación de ferrocarril de Alemania, me encontré a Marmaduke acompañando a los Dedrick. Eran éstos unos británicos de cierta edad, incoloros, corrientes, de la especie que cabe reconocer por la librea de sus lacayos o por el rotulado de sus equipajes, y el verlos justificó ante mi conciencia el haber rehuido, desde los inicios, la peliaguda posibilidad de conversar con ellos. Marmaduke me vio inmediatamente *y* se acercó a mí. Era inequívoca *su* vívida lozanía. Había engordado -o casi, aunque no de manera antiestética- y habría podido pasar perfectamente por el guapo y feliz hijo rubicundo de unos padres acomodados que no querían perderlo de vista y en opinión de los cuales era un modelo de respeto y solicitud. Los Dedrick lo observaron con plácidos y placidos ojos cuando se reunió conmigo, pero sin llamar la atención sobre sí mismos y haciendo natural que él no dijera nada sobre ellos. Tuvo fascinación, lo confieso, la manera como logró mostrarse espontáneo y cordial para conmigo, no menos que correcto, sin dejar de cobrar conciencia de la coyuntura. La coyuntura de la cual cobró conciencia era que había nuevas cosas suyas que a esas alturas *yo ya* sabía... al igual que, mientras permanecíamos allí charlando y sondeábamos bienhumoradamente nuestros respectivos semblantes -pues yo, considerando haberlo asimilado todo por fin, no sentía sino una módica curiosidad-, de repente cobré conciencia de que él escudriñaba mi nivel de información. Cuando el joven se despidió de mí y volvió junto a los padres acomodados, hube de admitir que, por muy acomodados que fueran, no me parecía que hubiese salido malcriado. Ello era increíble habida cuenta de las circunstancias, pero el caso es que se había vuelto más adulto. Después de haberme subido a mi tren, que no era el mismo que el de ellos, recordé con algún arrepentimiento ciertas palabras que, un par de años antes, yo le había espetado a la pobre Lavinia. Aludiendo a nuestro recurrente tema con motivo de algún nuevo descubrimiento que ahora no viene al caso, ella me había dicho:

-Los sentimientos de él hacia Maud-Evelyn, ¿sabe usted?, son ahora los mismos que los de los padres de la niña.

-¡Qué bonito, pero lo malo -había replicado yoes que a él lo pagan por ello!

-¿Lo pagan? -había inquirido Lavinia, muy pálida.

-Enriqueciéndolo con todos los lujos y comodidades -le expliqué- que le reporta el vivir con ellos. Prácticamente, la existencia de Marmaduke se limita a disfrutar de eso.

Ahora me di cuenta de lo equivocada que yo había estado. A Marmaduke lo enriquecían, pero de un modo distinto, y, realmente, la demostración estaba en su proceder durante nuestro breve encuentro en la sala de espera de la estación. A partir de entonces, rastreé el asunto paso por paso.

6

Por ejemplo, pude ver a Lavinia, en su lamentable traje de luto, inmediatamente después de la muerte de su madre. Este triste acontecimiento había ido precedido de prolongadas ansiedades, y Lavinia se había marchitado notablemente, comenzando a parecer envejecida. Pero Marmaduke, en aquellos momentos de aflicción, había acudido a visitarla, conque, al punto, Lavinia vino a verme.

-¿Sabe usted lo que él cree ahora? -me dijo nada más entrar-. Cree que la conoció.

-¿Que conoció a la niña? -Recibí esto como si casi me lo hubiera esperado.

-Ahora habla de ella como si no se tratara de una niña. -Mi visitante me dedicó la más extraña de las sonrisas impostadas-. Parece ser que no era tan pequeña... parece ser que credo.

La miré fijamente.

-¿Dices que "parece ser"? -inquirí-. ¿Cómo es posible? ¡Sus padres han de *saberlo!* Los hechos, hechos son.

-Ya -dijo Lavinia-, pero ellos semejan verlos desde otro punto de vista. Marmaduke me habló largamente, *y* todo el rato acerca de *ella.* Me contó cosas.

-¿Qué clase de cosas? Supongo que no te hablaría de paparruchas de "contactos"... de que la había visto u oído.

-Oh no, no ha llegado a ese extremo; eso se lo deja a los viejos, quienes, creo, continúan con sus médiums, con sus sesiones y sus trances y encuentran en todo ello consuelo y entretenimiento, que a él no lo molesta, porque lo considera inofensivo. Me refiero a anécdotas, recuerdos suyos propios. Me refiero a cosas que ella le dijo y cosas que hicieron juntos, lugares que visitaron. Su mente está llena de ellas.

Le di vueltas a aquello:

-¿Crees que estará loco de atar?

Con comprensiva paciencia, Lavinia hizo un ademán negativo:

-¡Oh, no: todo ello es demasiado hermoso!

-Entonces, ¿ *vas a* aceptar tú también la disparatada teoría de...?

-Es una teoría -atajó-, pero no forzosamente es disparatada. Cualquier teoría tiene que presuponer algo -continuó juiciosamente- y, en todo caso, depende de *sobre qué* sea la teoría. Es maravilloso ver cómo funciona ésta.

-¡Siempre es maravilloso ver cómo va creciendo una leyenda! -exclamé riéndome-. Una rara oportunidad ésta de encontrarse una en plena formación. Los Dedrick y Marmaduke están elaborándola juntos de buena fe. ¿Acaso no es esto lo que en definitiva quieres decir?

Su ajado rostro se alegró patentemente, y dijo:

-Sí: ya veo que lo comprende usted; lo ha expresado mejor que yo. Es el efecto gradual de rumiar el pasado: de este modo, el pasado crece y crece. Ellos van fabricándolo. Se convencen uno a otro (los padres) de tantas cosas, que al final acaban por convencerlo también *a él.* Una especie de contagio.

-Eres tú quien lo expresa bien -repuse-. Es la cosa más extraña que he oído jamás, pero es, a su modo, una realidad. Sólo que no debemos hablarles de esto a otras personas.

Rápidamente convino con aquella precaución:

-No: a nadie. *Él* no lo hace. Sólo se me confía a mí.

-¡Confiriéndote de ese modo -observé sarcástica- un inapreciable privilegio!

Permaneció en silencio unos instantes, apartando de mí la mirada.

-Vaya -dijo finalmente-, Marmaduke ha cumplido su promesa.

-¿Te refieres a la de no casarse? ¿Estás segurísima? ¿No lo habrá hecho quizá con...? -Pero por respeto me abstuve de completar la osadía de mi broma.

Al siguiente instante me percaté de que no habría sido necesario:

-Marmaduke *estaba* enamorado de ella -espetó Lavinia.

Esta vez estallé en una carcajada que, si bien había sido provocada, incluso a mis propios oídos sonó descortés casi hasta el extremo de la grosería.

-¿Literalmente te ha dicho eso él mismo? -pregunté.

Me replicó con bastante convicción:

-No creo que él lo *sepa.* Se limita a dejarse llevar.

-¿A dejarse llevar por la chifladura de los viejos?

Una vez más, mi compañera titubeó; pero sabía qué pensar:

-Bueno, independientemente de cómo lo denominemos, a mí me parece hermosísimo. No es frecuente, tal como va el mundo, que persona alguna (no digamos ya dos o tres) conserve tan bellos sentimientos hacia los muertos. Es un engaño, qué duda cabe, pero viene

de algo que... vaya -titubeó de nuevo-, resulta agradable cuando se oye hablar de ello. Los Dedrick han hecho crecer a su hija para imaginar que la tuvieron más tiempo consigo; y la han hecho vivir una serie de experiencias para pensar que disfrutó más largamente de la vida. Le han inventado toda una existencia, y Marmaduke se ha convertido en parte de dicha existencia. Había una cosa, por encima de todas, que ellos deseaban que su hija tuviera. -El rostro de mi joven amiga, mientras analizaba el misterio, se volvió cada vez más ardoroso al compás de su discurso. Con cierto matiz de sobrecogimiento se me pasó por la cabeza que la actitud de los Dedrick *era* contagiosa-. ¡Y la ha tenido! -afirmó Lavinia.

Me dejó francamente pasmada, mas si pese a ello pude mostrarme absolutamente serena sin caer en lo ridículo, de veras fue, más que nada, para incitarla a completar el informe.

-¿Ha tenido la dicha de conocer a Marmaduke? -pregunté-. Muy bien, de acuerdo, ya que ella no está aquí para contradecirnos. ¡Pero lo que no acabo de concebir es que *él* se haya conformado con tan poco! -Fácilmente cabe imaginar hasta qué punto, por el momento, no lograba yo concebirlo. Fue la última vez que mi impaciencia me pudo, pero, eso sí, recuerdo que estallé diciendo-: ¡Un hombre que habría podido tenerte *a ti!*

Por un instante temí haberla alterado; en su rostro me pareció ver el temblor de un sollozo. Pero la pobre Lavinia estuvo magnífica:

-No se trata de que él habría podido tenerme "a mí": eso no es nada; fue, a lo sumo, que yo habría podido tenerlo *a él.* Y bueno, ¿no es eso lo que ha ocurrido? Marmaduke es mío por el hecho de que ninguna otra mujer lo tiene. He perdido el pasado, pero ¿no se da usted cuenta de que no me fallará el futuro? Estoy más segura que nunca de que no se casará.

-Claro que no. ¡Cómo iba a enemistarse con esas personas!

Durante un instante, Lavinia no dijo nada; después se limitó a exclamar:

-¡Bien, por el motivo que sea!

Ahora, no obstante, yo había hecho asomar en sus ojos un par de lágrimas silenciosas, conque decidí dar por finalizada la penosa escena abandonando el asunto de aquella morbosa farsa.

7

Pude abandonarlo, pero en realidad no pude olvidarme de él... ni, en el fondo, sin duda, lo deseaba, pues tener en la vida propia, año tras año, una cuestión particular, o dos, sobre las cuales no quepa decidirse cómoda y tajantemente, es lo que nos permite no caer en la apatía. Había habido poca necesidad de que yo recomendara reserva a Lavinia: obedeció, por lo que hace a guardar impenetrable secretismo excepto conmigo, a un instinto, un interés propio. Por consiguiente, nosotras nunca "expusimos", como se dice ahora, al pobre Marmaduke: éramos bastante cuidadosas, por no hablar de que, además, ella estaba demasiado orgullosa; y, en cuanto a él mismo, jamás escogió, patentemente, en todo Londres, otras personas a las cuales confiarse cuando lo necesitaba. Nunca nos llegó ningún eco público del extraño papel que él se dedicaba a representar; y apenas si puedo expresar cómo tal hecho, por sí solo, gradualmente me permitió formarme una idea de lo intenso del hechizo bajo el cual se hallaba Marmaduke. De tarde en tarde me lo encontraba "en sociedad": normalmente en alguna cena. Había crecido como una persona con una posición *y* todo un historial. En él, sonrosado *y* maduro, *y* también gordo, ya inequívocamente gordo, había algo de la blandura -una blandura no ingenua- del joven heredero de un importante negocio. Si los Dedrick hubiesen sido banqueros, Marmaduke habría podido constituir el futuro de la casa. Sin embargo, hubo un largo período durante el cual, a pesar de hallarnos todos en Londres casi permanentemente, el joven no fue mencionado en mis conversaciones con Lavinia. Las dos teníamos conciencia de ello; pero lo mismo ella que yo comprendíamos que a fin de cuentas hay cosas que no es dable comentar, y, de todas maneras, aquella reticencia no tenía nada que ver con que ella viera o no a nuestro amigo. Yo estaba segura, por lo demás, de que sí lo veía. Pero hubo

ocasiones memorables que acertaron a ocurrirme a mí personalmente.

Una de ellas tuvo lugar una tarde dominical en que hacía un tiempo tan endemoniadamente lluvioso que, dando yo por sentado que no habría de tener visitante alguno, me instalé junto al fuego con un libro -una novela de gran éxito en mis tiempos- dispuesta a terminarlo sin interrupciones. Súbitamente, en medio de mi abstracción, oí un firme toc-toc-toc; ante lo cual recuerdo que emití un gruñido de inhospitalidad. Pero mi visitante era Marmaduke, y Marmaduke resultó ser -y de una manera, pese a todo lo acontecido hasta este punto, aún menos esperada- todavía más absorbente que la novela. Me parece que fue puro azar que se mostrara tan cautivador; por el grosor de un cabello no se limitó a un aburrido convencionalismo. No había venido a confesar nada: sólo había venido a charlar intrascendentemente, para mostrar una vez más que podíamos seguir siendo buenos amigos sin necesidad de que él hablara de su vida privada. Pero había que tener en cuenta las condiciones circundantes: el insinuante fuego del hogar, los objetos de la habitación que le recordaban días pretéritos, y quizá también la cubierta de mi libro mirándolo desde el lugar en que yo lo había depositado y dándole la oportunidad de pensar que podía sustituir y superar a Wilkie Collins. En todo caso, existía una promesa de intimidades en el ambiente, de oportunidad, para él, en la tempestad que se estrellaba contra las ventanas. Estaríamos solos, cómodos y seguros.

Estas impresiones le obraron un influjo tanto más intenso cuanto que lo que hubieron de remover, después lo vi, no fue en modo alguno el deseo de causar un efecto, sino simplemente un estado de exultación que exigía desahogarse. Había llegado a ser abrumador para él. Su pasado, acumulándose año tras año, se había vuelto demasiado emocionante. Pero, así y todo, Marmaduke estuvo desmedidamente increíble. No recuerdo qué pormenor de nuestra cháchara preliminar lo motivó, mas se explayó, al calor de una u otra observación, como no se había explayado jamás:

-¡Cuando un hombre ha tenido durante unos meses lo que *yo* he tenido, ah! -Por lo visto, la moraleja era que nada, en cuestiones de experiencia humana relacionada con lo exquisito, podía ya importar especialmente. Advirtió, no obstante, que, al pronto, yo no conseguía hacer casar aquella reflexión con ningún asunto concreto, así es que continuó, con la más franca de las sonrisas-: Parece usted tan desconcertada como si sospechase que aludo a alguna de esas cosas de las que habitualmente no se habla; pero le aseguro que no me refiero a nada más inconfesable que a los meses de nuestro venturoso compromiso matrimonial, que vino a ser frustrado por la muerte.

-¿Vuestro venturoso compromiso matrimonial? -No pude evitar el incrédulo tono en que le repliqué; pero la manera como lo acogió fue algo cuya influencia siento todavía hoy. Fue sólo una mirada, pero puso fin a mi tono para siempre. Hizo que, por mi parte, un instante después, yo desviara la mirada hacia el fuego -una mirada intensa- e incluso que me arrebolara un poco. En aquel momento estudié mi dilema e hice mi elección; de modo que cuando nos miramos a la cara otra vez, yo me sentía bastante más tolerante-: ¿Continúas todavía pensando -le dije, siguiéndole la corriente- en lo mucho que ella hizo por ti?

No bien hube dicho estas palabras comprobé que desde aquel momento inauguraban el buen camino. Al punto, todo fue diferente. La principal interrogante sería si yo era capaz de seguirlo sin dudar. Recuerdo que tan sólo unos minutos después, sin ir más lejos, tal interrogante se me planteó con gran vividez. Su contestación había sido abundante e imperturbable: había incluido algunas alusiones a la manera como la muerte hace resaltar las más insulsas cosas que la hayan precedido; ante lo cual me sentí de pronto tan inquieta como si él me diera miedo. Me levanté para llamar a un criado a fin de ordenarle que se ocupara de preparar el té; Marmaduke continuó hablando... hablando de Maud-Evelyn, de lo que para él había representado la muchacha; y cuando acudió el sirviente, nerviosamente prolongué adrede la orden. Esto me permitía ganar tiempo, y fui capaz de dar instrucciones al sirviente sin pensar realmente en lo que le decía; en lo que realmente pensaba era en la posibilidad de dar media vuelta con unas pocas palabras francas. La tentación era fuerte: las mismas

Librodot

impresiones que habían obrado su influjo sobre mi visitante, también lo obraron, de un modo asaz distinto, durante esos uno o dos momentos, sobre mí. *¿Debía,* cogiéndolo por sorpresa, espetarle directamente: "Vamos, aclárame esto de una vez por todas: ¿*eres* el más desvergonzado y vil de los cazafortunas, o sólo es que, de una manera más inocente y acaso más agradable, se te ha reblandecido el cerebro?"? Pero se me escapó la oportunidad... lo cual, a decir verdad, no hube de lamentar posteriormente. Salió el criado y de nuevo encaré a mi interlocutor, quien retomó la conversación. Lo miré a los ojos otra vez, y se repitió la influencia de los mismos. Si le había ocurrido algo a su cerebro, su consecuencia debía de ser el magnetismo que hay en la mirada del loco. Ahora bien, Marmaduke fue el más cordial y el más amable de los locos. Para cuando volvió el sirviente con el té, yo ya estaba preparada; estaba preparada para todo. Con eso de "todo" me refiero a cualquier cosa que sobreviniera en mi inmediato trato aceptador del caso. El caso *era* realmente singular. Como todo lo demás, recuerdo el escenario: el ruido del viento y de la lluvia; la vista de la plazoleta desolada, deslucida, desierta, y de la luz de la tempestad primaveral; la manera como, sin que nada nos interrumpiese, tomamos el té junto al fuego de la chimenea. De esta guisa, él me notó receptiva y yo me sentí capaz de parecer simplemente atenta y bondadosa cuando me dijo, por ejemplo:

-Los Dedrick, sepa usted, de veras, aquel primer día (el día en que me recogieron en el desfiladero del Splügen), reconocieron en mí al hombre ideal.

-¿Al hombre ideal?

-Para ser su yerno. Querían que su hija -completó- hubiera tenido, entiéndame, todo.

-Pues bien, como ya lo ha tenido -procuré parecer entusiasta-, ¿no está arreglado el problema?

-Oh, está arreglado ahora-respondió-, ahora que lo tenemos todo. Mire, no habrían podido quererme tanto -él deseaba que yo lo comprendiera- si no hubieran visto en mí al hombre ideal.

-Comprendo, es muy natural.

-Pues bien -dijo Marmaduke-, esto excluyó la posibilidad de cualquier otro.

-¡Oh, con otro, el asunto no habría dado tan buen resultado!

Pero la espléndida satisfacción que sentía Marmaduke lo hizo inaccesible a mi ironía.

-Verá usted -siguió-, los pobres ancianos no podían hacer mucho (y ahora pueden hacer todavía menos) con el futuro; de modo que tenían que hacer lo que pudieran con el pasado.

-Y al parecer -asentí- han hecho muchísimo con él.

-Lo han hecho todo, sencillamente. Todo -repitió. Luego se le ocurrió una idea, aunque nada insistente o importunante; lo adiviné por la expresión de su rostro-. Si *viniera* usted a Westbourne Terrace...

-¡Oh, no hablemos de ello! -atajé-. Ahora no sería correcto ir allí. Habría debido hacerlo, si acaso, hace diez años.

Pero se refería, siempre de buen talante, a algo más que eso:

-Comprendo. Pero en la casa hay ahora muchas más cosas que entonces.

-Es lógico. La gente adquiere cosas nuevas. ¡Aun así...! -En lo más hondo, lo que yo hacía no era sino reprimir mi curiosidad.

Marmaduke no me apremió, pero quiso informarme:

-Hay nuestras habitaciones, toda la serie de nuestras estancias; y no creo que usted haya visto nunca nada más encantador, pues el buen gusto *de ella* era extraordinario. Creo que yo también tengo algo que ver en eso. -Luego, percatándose de que, una vez más, yo estaba un poco desorientada, aclaró-: Estoy significándole los aposentos preparados para nuestro matrimonio. -Estaba "significando" cual príncipe de la Corona-. Estaban amueblados, hasta el último detalle; no había que poner allí nada más. Y están como estaban: no se ha movido ni un mueble, no se ha alterado ningún detalle, nadie más que nosotros entra allí. Se conserva todo con mucho primor. Todos nuestros regalos están allí; me habría gustado que los viera usted.

Era ya un tormento; me percaté de haber cometido un error. Pero salí airosa:

-¡Oh, no habría soportado el espectáculo!

-No tiene nada de triste -dijo con una sonrisa-; es demasiado encantador como para resultar triste. Es alegre. ¡Y los objetos...! -Semejó, en el apasionamiento de su plática, tenerlos delante de sí.

-¿Tan bellísimos son?

-Huy, escogidos con una paciencia que los hace casi inapreciables. Es realmente un museo. No había nada que los Dedrick considerasen excesivamente bueno para su hija.

Me había perdido el museo, pero reflexioné que no podía contener ningún objeto tan raro como mi visitante.

-Hay que reconocer que sí los has ayudado, después de todo; *has* podido hacerlo.

Convino con gran ilusión:

-¡He podido hacerlo, gracias a Dios, he podido hacerlo! Lo intuí desde el primer momento y eso es lo que he *hecho.* -Luego, como si hubiese una relación directa, añadió-: Todos los objetos míos están allí.

Cavilé un momento.

-¿Tus regalos?

-Los que le hice a ella. A ella le gustaban todos, y recuerdo sus comentarios acerca de cada uno. Aunque esté mal que sea yo quien lo diga -completó-, ninguno de los demás puede compararse con los míos. Los miro todos los días, y puedo asegurarle que no me siento nada avergonzado. -A todas luces, en suma, él había sido espléndido, y prosiguió hablando de ello sin parar. En verdad se ensoberbeció como nunca.

8

Por lo que hace a épocas e intervalos, únicamente recuerdo que si esta visita de Marmaduke tuvo lugar a principios de primavera, fue durante un día de finales de otoño -pero probablemente de otoño de otro año posterior, un día caracterizado por una luz solar calinosa *y* soñolienta *y* por las hojas pardas *y* amarillas en los árboles- cuando, mientras atravesaba yo los Jardines de Kensington, me encontré, en uno de los senderos más a trasmano, con una pareja que ocupaba un par de sillas bajo un árbol y que al verme se levantó inmediatamente. Yo tardé más en reconocerlos, tal vez debido al riguroso luto que llevaba Marmaduke. En mi deseo de no traslucir mi engorro por habérmelos topado, así como de mitigar la turbación que mi aparición hubiese podido causarles, los intimé a volver a sentarse y les solicité, ya que había desocupada una tercera silla, permiso para compartir unos momentos su descanso. De esta guisa sucedió que, al cabo de un instante, Lavinia y yo estábamos sentadas en tanto que nuestro amigo, que había consultado su reloj, permanecía en pie ante nosotras sobre las hojas caídas y observaba que, lamentándolo mucho, se veía obligado a dejarnos. Lavinia no dijo nada, pero yo expresé un educado pesar; yo no estaba, sin embargo, según me pareció, en condiciones de hablar, sin incurrir en despiste o malinterpretación, como si hubiera interrumpido un tierno coloquio o separado a una pareja de enamorados. Pero sí que estaba en condiciones de mirar a Marmaduke de arriba a abajo, con aire de sorpresa ante su riguroso luto. Para dejarnos no daba otro pretexto que el de que era tarde y debía regresar a casa. “A casa”, en boca suya, no tenía más que un significado: yo lo sabía instalado en Westbourne Terrace.

-Espero que no habrás sufrido -dije- la pérdida de alguien a quien *yo* conozca.

Marmaduke miró a su acompañante, y su acompañante miró a Marmaduke.

-Ha perdido a su esposa -me hizo saber Lavinia.

Oh, esta vez, me temo, me invadió un pequeño acceso de crueldad; pero fue hacia él hacia quien lo dirigí:

-¿A tu esposa? ¡No sabía que *estabas* casado!

-Bueno -respondió Marmaduke, decididamente alegre vestido con su traje negro, sus guantes negros, su sombrero negro-, cuanto más vivimos en el pasado, más descubrimos en él. Eso es un hecho absolutamente cierto. Comprendería usted cuán cierto es si su vida hubiera tomado un giro semejante.

-*Yo* vivo en el pasado -terció amablemente Lavinia como para ayudarnos a los dos.

-¡Confío, querida -repliqué-, en que no habrás hecho unos descubrimientos igual de extraordinarios! -Parecía absurdo andarse con chiquitas.

-¡Ojalá que ninguno de sus descubrimientos sea tan aciago como el mío! -Marmaduke no hablaba con entonación dramática, sino que tuvo el buen gusto de expresarse con sencillez-. Tan apasionadamente han querido esto para ella -continuó diciéndome, con un efecto anonadante-, que finalmente hemos visto lo que nos correspondía hacer... Me refiero a lo que ha dicho Lavinia. -No vaciló más allá de tres segundos; lo espetó orgullosamente-: Maud-Evelyn ha tenido *toda* su felicidad de joven.

Lo miré pasmada, pero Lavinia estuvo, a su propia manera, no menos deslumbrante:

-El matrimonio se *consumó* -me explicó, tranquila, estupendamente.

Pues bien, me resolví a no quedarme atrás.

-De modo que luego quedaste viudo -dije con toda seriedad-, y es la razón de que lleves luto.

-Sí, y lo llevaré siempre.

-Pero ¿no es empezar un poco tarde a llevarlo?

Mi pregunta fue estúpida, me di cuenta de ello enseguida; pero no importaba: él estuvo a la altura requerida.

-Oh, he tenido que esperar, ¿sabe?, a que me lo permitieran los demás hechos de mi matrimonio. -Y de nuevo consultó su reloj-. Discúlpeme; *debo* marcharme. Adiós. Adiós. -Nos estrechó la mano a las dos y se alejó. En tanto que, sentadas, veíamos cómo se alejaba me sentí impresionada por la propiedad con que encarnaba su personaje. Lo cierto es que en ese preciso instante me pareció que ambas estábamos de acuerdo con esta idea, aunque no dije nada hasta que él se perdió de vista. Luego, movidas por el mismo impulso, nos volvimos la una hacia la otra.

-¡Yo tenía entendido que no iba a casarse nunca! -exclamé para mi amiga.

Su tierno rostro consumido me miró gravemente; dijo:

-Y no lo hará. Nunca. Será todavía más fiel. -¿Fiel? ¿A quién?

-A Maud-Evelyn, desde luego. -Yo no dije nada: me limité a reprimir una exclamación; pero extendí una mano *y* le cogí una de las suyas, *y* permanecimos en silencio unos instantes-. Sé que todo ello no es más que una idea -volvió a hablar finalmente-, pero a mí me parece una idea preciosa. -Luego añadió de modo resignado e inolvidable-: Y ahora son *ellos* quienes pueden morir.

-¿Te refieres al señor y la señora Dedrick? -Presté toda mi atención-. ¿Es que están enfermos?

-No exactamente, aunque, al parecer, la anciana está muy débil y cada vez más quebradiza... no tanto, creo, por achaque alguno cuanto porque le parece que ya ha realizado la tarea de su existencia y ahora, como dice Marmaduke, considera que su vida ha cesado de tener sentido. ¡Además, figúrese, con todo su apego a su hija, sus motivos para anhelar morirse! Y Marmaduke piensa que si ella fallece, el señor Dedrick la seguirá pronto. Más o menos un “Juntos para siempre los dos”.

-¿Le hace compañía en su descenso para yacer junto a ella al pie de la colina?

-Sí, tras haber dejado resueltas todas las cosas.

Les di vueltas a tales cosas mientras nos íbamos y a la manera como las habían resuelto en pro de la plenitud de Maud-Evelyn y la holgada prosperidad de Marmaduke; y recuerdo que antes de que nos separáramos aquella tarde -habíamos tomado un carruaje en Bayswater Road y Lavinia había venido conmigo- le dije:

-Entonces, cuando ellos mueran, Marmaduke quedará en libertad, ¿no es así?

Lavinia pareció no entender apenas:

-¿En libertad?

-Para hacer lo que él quiera.

Se extrañó:

-Marmaduke está haciendo ahora lo que él quiere.

-Pues, en tal caso, para hacer lo que *tú* quieres.

-¡Huy, ya ve usted que lo que *yo* quiero...!

¡Ah, le cerré la boca!

-¡Lo que quieres es colaborar en unas horribles mentiras: sí, ya lo veo!

A su debido tiempo, así y todo, sí ocurrió lo que Lavinia me había aseverado: en el decurso del año siguiente tuve noticia del fallecimiento de la señora Dedrick, y unos meses más tarde, sin que en el intervalo me hubiera visto yo con Marmaduke, absolutamente dedicado a su desolado protector, supe que también éste último, afligidamente, había seguido su suerte. Yo estaba fuera de Inglaterra entonces: tuvimos que llevar una vida más económica y alquilamos nuestra querida mansión; de modo que pasé tres inviernos sucesivos en Italia y dediqué los periodos intermedios, en nuestro país, a visitar sobre todo a parientes, que no conocían a estos amigos míos. Por supuesto, Lavinia me escribía; me escribió, entre otras cosas, que Marmaduke estaba enfermo y que ya no parecía el mismo desde la pérdida de su "familia", y ello pese a que, en su testamento, los Dedrick, como también me lo había participado ella en su momento, se lo habían dejado "virtualmente todo". Yo sabía, antes de regresar para ya quedarme, que ahora ella lo veía a menudo y se ocupaba de cuidarlo en muchos aspectos, habida cuenta de que semejaba agotado física y espiritualmente. No bien nos vimos, la pregunté por él; ante lo cual me dijo:

-Está consumiéndose paulatinamente. -Y, advirtiendo mi sorpresa, explicó-: Se ha desgastado por la pasión con que ha realizado la tarea de su existencia.

-¿Quieres decir que considera que su vida ha cesado de tener sentido, igual que él mismo dijo de la señora Dedrick? -pregunté con amarga sorna.

Ante esto se dio la vuelta:

-Usted nunca ha comprendido.

Yo sí había llegado a comprender, en mi opinión; y acabaría sintiéndome por entero cierta de ello tras ir a visitarlo posteriormente. Pero por ahora, en este reencuentro con Lavinia, me contenté con informarla de que lo visitaría a la mayor brevedad; lo cual fue precisamente lo que la hizo desvelar el clímax, a mi entender, de esta narración.

-Ahora, Marmaduke, ¿sabe usted? -me advirtió Lavinia, tornando a encararme-, no se halla en Westbourne Terrace. Ha alquilado una casita por Kensington.

-Entonces, ¿no ha conservado los objetos?

-Lo ha conservado todo. -En todavía mayor grado me miró como si yo nunca hubiera comprendido.

-¿Quieres decir que los ha trasladado de residencia?

Lavinia se mostró paciente conmigo.

-No ha trasladado nada -dijo-. Todo sigue donde y como estaba, conservado primorosamente.

Me extrañé:

-Pero, si él no vive allí...

-Sí que lo hace.

-Entonces, ¿cómo es que está en Kensington?

Vaciló, pero fue capaz de matizar con aún mayor soltura que antaño:

-Está en Kensington... sin vivir allí.

-¿Quieres decir que en la otra casa...?

-Sí, ahí es donde pasa la mayor parte del tiempo. Va todos los días, pasa allá horas enteras. Conserva la casa para esto.

-Comprendo: continúa siendo el museo.

Librodot

-¡Continúa siendo el templo! -replicó Lavinia, con extraordinaria seriedad.

-En tal caso, ¿por qué se ha mudado?

-Porque, mire usted, en Kensington... –titubeó otra vez- ...sí soy capaz de visitarlo. Y él me necesita -dijo con admirable llaneza.

Lentamente lo asimilé.

-Aun después de la muerte de los padres, ¿tú no has ido nunca a Westbourne Terrace?

-Nunca.

-¿De modo que no has visto nada? -¿Nada que fuese de Maud-Evelyn? Nada.

Yo la entendía, vaya que sí; pero no he de negar que me noté decepcionada: había esperado un relato de las maravillas que encerraba la casa y en el acto me hice cargo de que no sería correcto que yo diera un paso que Lavinia no había querido dar. Cuando, poco tiempo después, los vi juntos en Kensington Square -había ciertas horas del día que Lavinia pasaba regularmente con él-, observé que todo lo relacionado con él era distinto, llamativo y generoso. Los dos resultaban, en su insólita unión postrimera -si unión podía denominarse-, muy sencillos y muy conmovedores; pero él estaba visiblemente acabado: llevaba la muerte inscrita en la mirada. Ella lo atendía cual hermana de la caridad... o cual hermana de él mismo, cuando menos. Ahora no estaba robusto y sonrosado, ni parecía tener bajo control su propia atención, e, íntima y fantasiosamente, me pregunté por dónde divagaría ésta y en qué se recrearía. Pero el pobre Marmaduke fue un caballero hasta el final: no olvidó su rectitud ni en la hora de la agonía. Murió hace doce días; se dio lectura a su testamento; y durante la semana pasada vi a Lavinia, quien me informó de las disposiciones del mismo. Le había legado todo cuanto él mismo heredara. Sin embargo, ella me habló de un modo que me hizo preguntar, sorprendida:

-Pero ¿no has estado aún en la casa?

-Todavía no. Sólo he visto a los procuradores, los cuales me han dicho que no habrá ninguna complicación.

En su entonación había algo que me hizo seguir preguntando:

-¿Es que no sientes ninguna curiosidad por ver lo que hay allí?

Me dirigió una mirada acongojada -casi suplicante- que yo comprendí; e inmediatamente dijo:

-¿Irá usted conmigo?

-Algún día, con mucho gusto... pero no la primera vez. La primera visita tienes que hacerla sola. Lo que encontrarás allí -completé (pues había advertido su semblante)-, ahora no debes considerarlo como las reliquias de ella...

-...¿sino como las reliquias de él?

-Habida cuenta de la relación íntima de Marmaduke con ellas, ¿acaso su muerte no te las ha convertido en eso?

Se le iluminó el rostro; me di cuenta de que me agradecía haberle formulado esa concepción.

-Comprendo -murmuró-, comprendo. *Son* las reliquias de él. Iré.

Lavinia fue a la casa de Westbourne Terrace y hace tres días vino a verme. Son realmente maravillas, al parecer, tesoros extraordinarios, y no falta ni uno. La semana próxima iré con ella; podré verlos por fin. ¿Cómo dices? ¿Que a ti tengo que contártelo todo sobre ellos? Cómo no, mi querido amigo.

LA ESQUINA ALEGRE

I

-Todos me preguntan lo que pienso, de todo -dijo Spencer Brydon-, y yo respondo como puedo, con otra pregunta o esquivando la que me han hecho, saliendo del paso con cualquier tontería. En realidad no les interesa -continuó- porque, aunque fuera posible responder a una pregunta tonta hecha como quien dice «¡La bolsa o la vida!» sobre un tema importante, mis «pensamientos» son, después de todo, algo que sólo me concierne a mí.

Brydon hablaba a Miss Staverton, con la cual, desde hacía un par de meses, había hablado en cuantas ocasiones se le habían presentado desde su regreso, extrañamente aplazado, a América. Todo era un poco una sorpresa; y esto podía ser natural cuando uno, durante tanto tiempo y de una manera tan consistente, lo había descuidado todo, se había esforzado en dar a las sorpresas tanto margen para el juego. Les había dedicado más de treinta años -treinta y tres, para ser exactos-; ahora le parecía que habían organizado su ejecución a la escala de aquella licencia. Tenía veintitrés años cuando dejó Nueva York y ahora cincuenta y seis; al menos que considerara lo que sentía, como había hecho algunas veces desde su repatriación. En este caso habría vivido más de lo que en general está asignado a un hombre. Había vivido un siglo, se decía a sí mismo, y lo decía también a Alice Staverton; había vivido una ausencia más larga y una mente más absorbente para acumular las diferencias, las novedades, las rarezas y, sobre todo, las diferencias de magnitud, para el bien o para el mal, que ahora surgían a su vista, dondequiera que mirara.

Con todo, el gran hecho había sido la incalculabilidad; desde que había supuesto, década tras década, que admitía la brillantez del cambio, de la manera más liberal e inteligente. Ahora veía que no había admitido nada; echaba de menos lo que estaba seguro de encontrar y encontraba lo que nunca había imaginado. Las proporciones y los valores se habían trastrocado; las cosas feas que había esperado, las cosas feas de su lejana juventud, cuando había desarrollado rápidamente un sentido de la fealdad... Estos fenómenos misteriosos le habían encantado, mientras las cosas «presuntuosas», modernas, monstruosas, célebres, las que, como millones de curiosos cada año, había venido a ver, eran exactamente las que le decepcionaban. Eran como trampas para el disgusto y, sobre todo, para la reacción, cuyos resortes constantemente pisaba en su incansable marcha. No cabía duda de que el espectáculo era interesante, pero habría sido demasiado desconcertante si cierta verdad más fina no hubiera salvado la situación. No había venido, claro, según su mejor juicio, por todas esas monstruosidades; había venido, no sólo en último análisis sino de pronto, siguiendo un impulso en el cual aquéllas no tenían nada que ver. Había venido -para decirlo de una manera pomposa- para ver su «propiedad», a la cual no había estado, durante un tercio de siglo, a menos de cuarenta mil millas; o, para decirlo de una manera menos sórdida, había cedido al capricho de ver de nuevo su casa en la esquina alegre, como habitualmente y con cariño la llamaba; la casa en que había visto la luz, en la que varios miembros de su familia habían vivido y muerto, en la que habían pasado las fiestas de su infancia, tan estudiosa, y habían aparecido las pocas flores sociales de su poco animada adolescencia y que, enajenado de ella durante tanto tiempo, llegaba enteramente a sus manos debido a las muertes sucesivas de sus dos hermanos, en cumplimiento de viejas disposiciones. Poseía otra casa no tan «buena», por haber sido la esquina alegre superlativamente ampliada y consagrada; y el valor de las dos casas constituía su principal capital, con sus ingresos consistentes, en estos últimos años, en sus respectivos alquileres, que (gracias precisamente a su tipo original excelente) no habían sido nunca deprimentemente bajos. Brydon podía vivir en «Europa», de acuerdo con sus hábitos, con el importe de aquellos florecientes alquileres de Nueva York, tanto más cuanto el de la segunda casa había podido ser renovada en mejores condiciones.

Estas eran propiedades, ciertamente, pero desde su llegada había notado que hacía una clara distinción entre ellas. La casa entrada en la calle, dos manzanas hacia poniente, estaba ya en construcción como una alta acumulación de pisos; había accedido, algún tiempo antes, a propuestas para esta conversión, en la cual, ahora que estaba ya en marcha, se había visto capaz con gran asombro por su parte, sobre el terreno y sin la menor experiencia previa en la

materia, de participar con cierta inteligencia, casi con cierta autoridad. Había vivido indiferente a estas actividades y atento a otras tan distintas que apenas sabía qué hacer de esta viva agitación, en un compartimento de su mente nunca usado, de capacidad para los negocios y de sentido para la construcción. Estas virtudes, tan corrientes a su alrededor ahora, habían estado latentes en su propio organismo, en el cual, quizá, podría decirse que habían dormido el sueño de los justos. Actualmente, en el espléndido tiempo otoñal -el otoño, por lo menos, era una pura gracia en ese terrible lugar- hablaba de su «obra» sin parar, agitado; sin «pensar», ni mucho menos, que el proyecto, como decían, fuera vulgar y sórdido, y dispuesto a subir escaleras, a cruzar pasarelas, a manejar materiales y a mostrarse conocedor de ellos, a hacer preguntas, en fin, y a afrontar explicaciones y a «meterse» en cálculos.

Le divertía, de veras le encantaba; y a la vez divertía, posiblemente más, a Alice Staverton, aunque encantándola perceptiblemente menos. Alice no iba a mejorar su economía con la obra como él... ¡Y en qué sorprendente proporción! Nada -Brydon lo sabía-podía mejorar la posición de Alice, que en el crepúsculo de su vida se encontraba como frugal propietaria y usuaria de la pequeña casa en Irving Place, a la cual había conseguido adherirse en su casi ininterrumpida residencia en Nueva York. Si Brydon conocía ahora el camino a aquella casa mejor que el de cualquiera otra dirección entre las terribles numeraciones multiplicadas que le daban la impresión de reducir la ciudad a una gran página de libro mayor, agigantado, fantástico, de líneas y cifras que se entrecruzaban; si había adquirido, para su consuelo, este hábito, no dejaba de ser un poco debido al encanto de haber encontrado y reconocido, en la vasta soledad del conjunto, rompiendo la sencilla generalización de riqueza, fuerza y éxito, una pequeña esquina tranquila en la cual objetos y sombras, todo cosas delicadas, conservaban la agudeza de una voz alta perfectamente educada, y en la cual la economía flotaba como el perfume de un jardín. Su vieja amiga vivía con una doncella y ella misma quitaba el polvo a sus reliquias, limpiaba sus lámparas y pulía sus cubiertos de plata; se mantenía apartada, del terrible apretujón moderno, tanto como le era posible, pero salía y afrontaba el reto cuando éste era realmente al «espíritu», al espíritu que después de todo, ella confesaba, con orgullo y al mismo tiempo con algo de timidez, ser el de mejores tiempos, el de su común, lejano, antediluviano período social, de su orden. Usaba los tranvías cuando era necesario, esas cosas terribles que la gente se disputaba, presa del pánico, como en un naufragio se disputa los botes salvavidas; afrontaba inescrutablemente, bajo presión, todas las sacudidas y todos los tormentos públicos; no obstante, con la engañadora gracia de su aspecto, que hacía dudar si era una señora bastante joven que parecía envejecida por las penas o una vieja que parecía joven gracias a su triunfante indiferencia; con su preciosa referencia, sobre todo, a recuerdos e historias en las cuales él estuviera relacionado, Alice le parecía exquisita como una flor pálida y prensada (una rareza, claro), y, a falta de otras recompensas, era un premio suficiente a sus esfuerzos. Tenían conocimientos comunes, «sus» conocimientos -de sus labios brotaba siempre el adjetivo discriminador- de presencias de otro tiempo, presencias eclipsadas, en el caso de él, por la experiencia masculina y la libertad de un vagabundo, eclipsadas por el placer, la infidelidad, los períodos de vida, extraños y oscuros para ella, por «Europa», por decirlo con una sola palabra, pero todavía perceptibles y estimadas, por la piadosa visita del espíritu del cual ella nunca se había apartado.

Alice había venido un día con él, para ver cómo progresaba su «casadepartamento»; él la había ayudado en sus dudas y le había explicado sus planes, y mientras estaban allí, Brydon tuvo, ante ella, una breve pero viva discusión con el encargado de la obra, representante de la empresa constructora. Se encontró a la altura de su personaje al señalar el incumplimiento de algún detalle de las condiciones acordadas, y había argumentado con tanta lucidez que además de ruborizarse, en el momento, de simpatía por su triunfo, Alice le dijo después (aunque con cierto tono de ironía) que había descuidado mucho tiempo un verdadero don. Si se hubiese quedado en su tierra, se habría anticipado al inventor de los rascacielos; si se hubiese quedado en su tierra, habría descubierto su genio en momento oportuno para iniciar una nueva variedad de arquitectura aquí y continuarla hasta dar con una mina de oro. Brydon

Librodot

recordaría estas palabras, a medida que transcurrían las semanas, por el pequeño anillo de plata que habían hecho sonar más alto que las más raras y más profundas de sus propias, vibraciones últimamente más disimuladas y más sofocadas.

Empezó a tenerlo presente después de la primera quincena; estalló con la más rara brusquedad, este asombro retozón: le encontró aquí -y ésta es la imagen con la cual Brydon juzga la cuestión; o por lo menos, y no poco, se emocionó y se ruborizó con ella-, como Brydon pudo ser encontrado por alguna extraña figura, por algún inesperado ocupante, a la vuelta de uno de los oscuros recodos de la casa. La extraña analogía continuaba obsesionándole, cuando no la mejoraba en una forma más intensa aún: que al abrir una puerta tras la cual tuviera la seguridad de no encontrar nada, la puerta de una pieza cerrada y vacía, se encontrara reprimiendo su sobresalto, con una presencia erecta, con algo plantado en medio de la habitación y enfrentándose a través de la oscuridad. Después de aquella visita a la casa en construcción, fue con su acompañante a ver la otra, siempre la mejor, con mucho, que en dirección hacia el oeste formaba una de las esquinas, la «alegre» precisamente, en la calle ahora tan, por lo general, deshonrada y desfigurada en su extremo occidental y el de la relativamente conservadora Avenida. La Avenida tenía aún pretensiones de decencia, como decía Miss Staverton, los antiguos vecinos se habían ido, los viejos nombres eran desconocidos y aquí y allá aparecía, como extraviada, una vieja asociación, como una persona muy anciana que encontraras por la calle demasiado tarde y te hiciera sentir el impulso de vigilar la, llevado por tu bondad, para conducirla con toda seguridad a su casa.

Fueron juntos y explicó que no tenía a nadie allí porque prefería, por razones que él se sabía, tener la casa desocupada y un sencillo arreglo con una buena mujer del barrio, la cual dedicaba una hora cada día a abrir las ventanas, a barrer y a quitar el polvo. Spencer Brydon tenía sus razones y se sentía cada día más consciente de ellas; le parecían mejores cada vez que estaba allí, aunque no las explicó a su amiga, como tampoco le dijo lo muy a menudo, lo absurdamente a menudo, que iba allí. Le dejó ver sólo el presente, mientras paseaban por las grandes habitaciones vacías, sin ocupar y sin muebles. Allí no había otra cosa más que la escoba de la señora Muldoon para tentar a los ladrones. La señora Muldoon se encontraba aquel día en la casa y atendió a los visitantes, precediéndoles de una pieza a otra, abriendo postigos y corriendo persianas, todo para mostrarles, como observó, lo poco que allí había para ver. Es cierto, había poco que ver en aquel gran cascarón en el cual las principales disposiciones y la distribución general del espacio, el estilo de una época de más generosidad en la concesión de espacios, eran cosas que tenían para el dueño su honesto mensaje, que le afectaba como la actitud de un viejo y estimado servidor que le pidiera una carta de referencias o quizás una pensión de retiro; pero también fue una observación de la señora Muldoon la de que, contenta como estaba de servirle con su ronda al mediodía, había un requerimiento que esperaba que nunca le hiciera. Si Brydon deseara algún día, por las razones que fuera, que ella viniera después de anochecer, ella no le diría más que «po favó», se buscara otra mujer de faenas.

El hecho de que no hubiera nada que ver no era obstáculo para que la digna mujer estuviera en guardia contra lo que podría verse, y decía con toda franqueza a Miss Staverton que no podía esperar que gustara a ninguna dama, ¿verdad?, «encaramarse a los pisos altos en las horas malas». Las luces eléctricas y de gas estaban afuera, y la mujer evocaba una terrible visión de su marcha a través de las grandes habitaciones grises -¡y con tantas como había!- con su vela de luz vacilante. Miss Staverton afrontó su honesta mirada con una sonrisa y la declaración de que con toda seguridad tampoco ella se arriesgaría a semejante aventura. Entretanto Spencer Brydon se callaba -de momento-; la cuestión de las horas «malas» en su vieja casa ya había llegado a ser demasiado grave para él. Hacía ya algún tiempo que él había empezado a «encaramarse» y sabía por qué, tres semanas antes, pensando en aquella expedición, había metido con sus propias manos un paquete de velas en el fondo de un cajón del precioso viejo aparador, colocado como parte de la construcción en una entrada en las paredes del comedor. En este momento se reía de sus acompañantes, procurando, no obstante, cambiar

de conversación; debido, en primer lugar, a que su risa le impresionaba aún en aquel momento como si iniciara el extraño eco, la consciente resonancia humana (apenas sabía cómo calificar aquello) que los sonidos hacían cuando se encontraba solo, rebotados a su oído o a su fantasía; y en segundo lugar porque imaginaba a Alice Staverton, en aquel instante, a punto de preguntarle, como si lo adivinara, si alguna vez se había arriesgado a la incursión. Había adivinaciones para las cuales no estaba preparado, y en todo caso evitó las preguntas posibles, cuando la señora Muldoon les hubo dejado, pasando a otras cuestiones.

Por fortuna había muchas cosas que decir, en aquel lugar consagrado, libre y adecuadamente, de manera que su amiga precipitó un torrente de palabras después de haber dirigido a su alrededor una mirada inquieta:

-Espero que no me dirás que pretenden que hagas trizas todo esto.

La respuesta de Brydon fue rápida y proferida con la ira renovada: pues sí, esto era precisamente lo que querían, y le atosigaban todos los días con la insistencia de gente que no comprendía en su vida la fidelidad de un hombre a unos sentimientos decentes. Brydon había encontrado en el lugar, como estaba y más allá de lo que podía expresar, interés y satisfacción. Había otros valores además de los bestiales de las rentas y en resumen, en resumen... Pero aquí era cuando Miss Staverton le interrumpía y terminaba su frase:

-En resumen, que vas a hacer una cosa tan buena de tu rascacielos que, viviendo con lujo con aquellos ingresos mal habidos, puedes permitirte ser sentimental aquí.

Para Brydon, la sonrisa y las palabras de Alice tenían la suave ironía que él apreciaba en su conversación; una ironía sin amargura que se debía a la mucha imaginación que tenía su amiga, que no era como el burdo sarcasmo que uno oía en boca de mucha gente, en «sociedad», con ganas de mostrarse brillante, porque nadie la tiene. Le resultaba agradable, en aquel momento, tener la seguridad de que cuando hubiera contestado, después de una breve pausa, «Pues sí: tú lo has dicho, eso es, precisamente», la imaginación de Alice continuaría haciéndole justicia. Brydon explicó que, aun en el caso de que nunca la otra casa le produjera ni un dólar, continuaría enamorado de ésta, y después se expansionó, mientras andaban y se entretenían, hablando de la estupefacción que estaba ya despertando, de la positiva perplejidad que percibía que estaba creando.

Habló de lo que veía en ello, en la simple vista de las paredes, en las simples formas de los cuartos, en el simple sonido de los suelos, en el simple tacto de su mano en los pomos plateados, de las varias puertas de caoba, que sugerían la presión de las palmas de la mano de los muertos; los setenta años de pasado, en fin, que estas cosas representaban, los anales de casi tres generaciones, a contar desde el abuelo, que había muerto allí, y las cenizas impalpables de su juventud lejana, que flotaban en el aire como motas microscópicas. Alice escuchaba todo lo que se le decía; era una mujer que respondía íntimamente, pero que hablaba poco. No lanzó, por consiguiente, un torrente de palabras; podía asentir, podía mostrarse de acuerdo y, sobre todo, podía alentar, sin hacer eso. Sólo que al final fue más allá de lo que habría ido él.

-Y, luego, ¿cómo vas a saberlo? Es posible que después de todo, quieras vivir aquí.

Esto no era lo que él había estado pensando, por lo menos en el sentido de las palabras de Alice.

-¿Quieres decir que puedo determinar quedarme aquí por el solo gusto de hacerlo?

-Bueno, con una casa así...

Alice tenía demasiado tacto para poner el punto sobre una «i» tan monstruosa y aquello fue una muestra de la manera de hablar que no le era propia. ¿Cómo podía una persona en sus cabales insistir en que cualquier otro pudiera «desear» vivir en Nueva York?

-¡Oh! -dijo Brydon-, yo pude haber vivido aquí, dado que tuve la oportunidad de hacerlo cuando era joven; pude haber vivido aquí todos estos años. Entonces todo habría sido bastante diferente y aún me atrevo a decir que bastante «divertido». Pero esto es otra cuestión. Y lo más bonito, quiero decir mi terquedad, mi negativa a acceder a un «trato», está en la ausencia total de una razón. ¿No ves que si yo hubiera tenido una razón cualquiera sobre la cuestión

habría tenido que ser de otra manera? ¿Y habría sido entonces inevitablemente una cuestión de dólares? No hay razón alguna aquí que no sea de dólares. Dejemos, pues, que no haya ninguna en absoluto... Ni siquiera el fantasma de una razón.

Se encontraban de vuelta en el vestíbulo para salir, pero desde el punto en que se encontraban la vista era amplia, a través de una puerta abierta que daba al gran salón cuadrado, en el cual se observaba el acierto, casi anacrónico, de las distancias grandes entre una ventana y otra. La mirada de Alice se desvió del panorama y se encontró con la de Spencer, por un momento.

-¿Estás seguro de que el «fantasma» de una razón más bien, no serviría...?

Brydon tuvo la sensación positiva de que palidecía. Pero aquello era lo más lejos a que entonces habían de llegar. El hombre respondió, creyó él, entre una mirada feroz y una sonrisa:

-¡Oh, fantasmas! Claro que en este lugar deben abundar. Me avergonzaría de él si no los tuviera. La pobre señora Muldoon tiene razón: por eso no le he pedido más que cuidar la casa.

La mirada de Miss Staverton se perdió otra vez, y las cosas que no decía, se veía claramente que se agitaban en su mente. Por un momento, allí en el salón, pudo imaginar cómo algún elemento confuso cuajaba. Simplificado como la máscara mortuoria de una cara hermosa, quizá produjo en ella una impresión semejante a la que producían unas palabras de la placa conmemorativa. Pero, fuera cual fuera la impresión que sintió Alice, la mujer dijo una vaga trivialidad:

-Bueno, sólo con que estuviera amueblado y habitado...

Al parecer estas palabras implicaban la idea de que en el caso de estar amueblada, la casa habría sido un poco menos opuesta a la idea de un regreso. Pero Alice pasó al vestíbulo, como para dejar atrás sus palabras, y en el momento siguiente Brydon había abierto la puerta de la casa y estaba con ella en la escalera. El hombre cerró la puerta y, mientras se metía de nuevo la llave en el bolsillo, mirando a un lado y a otro, entraron en la relativamente dura realidad de la Avenida, la cual le recordó a Brydon el ataque de la luz exterior del desierto contra el viajero que emergía de una tumba egipcia; pero el hombre arriesgó una respuesta condensada al discurso de su amiga, antes de pisar la calle:

-Para mí, está habitada. Para mí, está amueblada. Ante esto, a Alice le resultó fácil soltar un suspiro. -¡Ah!, sí...

Fue unos días más tarde, durante una hora pasada con ella de nuevo, cuando Brydon manifestó su impaciencia por la demasiado halagüeña curiosidad -entre la gente que conocía sobre su apreciación de Nueva York. No había conseguido nada que fuera socialmente presentable y en cuanto a la cuestión de lo que «pensaba» (lo mejor o lo peor de todo allí), estaba absorto en un tema de pensamiento. Era mero egoísmo vano y si ella lo quería, una obsesión morbosa. Se encontraba con que todas las cosas volvían a la cuestión de lo que él pudo haber sido, de cómo pudo haber orientado su vida y «desviarla», de no haber perdido las esperanzas desde el primer momento. Y confesando por primera vez la intensidad interior de esta absurda especulación -que no hacía más que probar también, sin duda, el hábito de pensar demasiado egoístamente-, Brydon afirmaba la impotencia de cualquiera otra fuente de interés, de cualquier otro atractivo natal.

;Qué habría hecho de mí, qué habría hecho de mí? Me lo pregunto siempre, como un idiota, como si yo pudiera saberlo. Veo lo que ha hecho de docenas de otros, que conozco, v siento dentro de mí, dolorosamente, hasta el punto de la desesperación, que pudo haber hecho algo semejante de mí. Pero no puedo saber qué, y la preocupación por esto, el mismo arranque de curiosidad que nunca sería satisfecho, hicieron que reviviera lo que recuerdo haber sentido, una o dos veces, después de haber juzgado, por razones que yo me sé, mejor quemar alguna carta importante no abierta. Después lo he lamentado, me he arrepentido... Nunca he sabido lo que decía la carta. Puedes decir, claro, que es una cosa sin importancia.

-No digo que sea una cosa sin importancia -interrumpió Miss Staverton.

Alice estaba sentada junto al fuego, y ante ella, inquieto, Brydon se volvía de un lado

para otro entre la intensidad de su idea y su inspección ansiosa y no vista, hecha con la mirada, de los apreciados pequeños objetos de la chimenea. La interrupción de Alice hizo que por un momento la mirara con dureza. Pero dijo, riéndose:

-No me importaría que lo hubieras dicho. Y no es más que una figura, en todo caso, para lo que siento en este momento. No haber seguido el terco curso de mi juventud, y casi de manera opuesta al de mi padre, podría decir; no haberlo mantenido, «en la línea de batalla», desde aquel día hasta hoy, sin una duda ni un pesar; que no me hubiera gustado, sobre todo, que no me hubiera entusiasmado, entusiasmado tanto, sin duda, con tan abismal presunción de mi preferencia alguna variación, digo, pudo haber producido algún efecto diferente en mi vida y en mi «forma». Debería haberme quedado pegado aquí... si hubiera sido posible; y era demasiado joven, a los veintidós años, para poder juzgar, *pour deux sous*, si era posible. Si hubiera esperado habría visto que sí lo era, y entonces yo habría podido ser, por haberme quedado aquí, uno de esos tipos que han sido forjados tan duros y hechos tan agudos por sus condiciones. No es que yo les admire mucho; la cuestión de cualquier simpatía en ellos, o de cualquier simpatía, más allá de la loca pasión por el dinero, ejercida por sus condiciones para ellos, no tiene nada que ver con la cuestión: que es sólo una cuestión del fantástico, y no obstante perfectamente posible, desarrollo de mi propia naturaleza que me haya perdido. Pienso que tuve entonces un extraño alter ego, dentro de mí, en lo más profundo de mi ser, como la flor ya desarrollada en el pequeño botón a punto de reventar, y que sencillamente seguí el curso, lo transferí al clima, que lo ajó de una vez para siempre.

- Y te maravillas de la flor -dijo Miss Staverton-. Lo mismo me pasa a mí, para decirte la verdad y desde hace varias semanas -continuó diciendo-. Creo que pudo haber sido espléndido, algo grande y monstruoso.

-Monstruoso, sobre todo -dijo, como un eco, su visitante-, y me imagino, al mismo tiempo, que también repugnante y ofensivo.

- Tú no crees eso -replicó Alice-. Si lo creyeras no te maravillarías. Sabrías, y esto sería bastante para ti. Lo que tú sientes y lo que yo siento por ti, es que habrías tenido poder.

- ¿Te habría gustado así, yo? -preguntó Brydon. Alice titubeó apenas un momento.

-¿Cómo podrías no haberme gustado?

-Comprendo. Te habría gustado, me habrías preferido... Un multimillonario.

-¿Cómo podrías no haberme gustado? -repitió con sencillez Alice.

Brydon permanecía de pie ante su amiga. La pregunta de ella le tenía inmovilizado. La admitía, tanto había en ella; y en realidad el hecho de no afrontarla habría atestiguado lo mismo.

-Sé por lo menos lo que soy -continuó diciendo-; la otra cara de la medalla está bastante clara. No he sido edificante; creo que se piensa de mí que apenas si he sido decente. He seguido extraños caminos y he adorado extraños dioses. Debes haber pensado más de una vez -de hecho me lo has dicho- que llevé, en esos treinta años, una vida egoísta, frívola y escandalosa. Y tú ves lo que esto ha hecho de mí.

Alice esperó, sonriéndole.

-Tú ves lo que esto ha hecho de mí.

-¡Oh! Tú eres una persona a la cual nada puede haber alterado. Tú naciste para ser lo que eres, en cualquier lugar, de cualquier manera: tienes la perfección que nada puede haber dañado. ¿Y no ves cómo, sin mi exilio, no podría haber estado esperándote hasta ahora?

Brydon se detuvo a causa del extraño dolor.

-La gran cosa para mí -dijo Alice en seguida-me parece ser que no ha estropeado nada. No ha impedido que por fin estés aquí. No ha echado a perder esto... Y no ha estropeado tu hablar.

También ella titubeó.

Brydon se maravilló de lo que pudiera significar la emoción contenida de su amiga.

-¿Entonces tú crees -¡cosa terrible!- que soy tan bueno como pude haber sido?

- ¡Oh, no! Ni mucho menos.

Diciendo estas palabras, Alice se levantó y se aproximó a Brydon.

-Pero no me importa -agregó sonriéndose.

-¿Quieres decir que soy lo bastante bueno? La mujer reflexionó un poco.

-¿Me creerás si lo digo así? Quiero decir, ¿darás, con esto, por contestada la pregunta?

Y luego, como si leyera en la cara de Brydon que se hacía atrás, que tenía alguna idea que, por absurdo que esto fuera, no podía aún exponer, agregó:

-Tampoco a ti te importa... Pero de una manera diferente. A ti no te importa nada que no sea tu persona.

Spencer Brydon reconoció que esto era cierto. En realidad era lo que había creído de una manera absoluta. No obstante, precisó:

-No es yo mismo. Es totalmente otra persona. Pero necesito verlo -agregó-. Y puedo. Y debo.

Sus miradas se encontraron un momento y Brydon adivinó, por algo en los ojos de ella, que su amiga comprendía su extraño sentido. Pero ninguno de los dos se manifestó con palabras y la comprensión aparente de ella, sin ninguna protesta, sin ninguna irrisión, conmovieron al hombre más profundamente que cualquier otra cosa, porque constituía, para su callada terquedad, en el lugar, un elemento que era como aire respirable. Pero lo que ella dijo fue inesperado.

- Bueno, lo he visto.-¿Tú?
- Lo he visto en un sueño.
- ¡Oh!, un «sueño»...

-Pero dos veces -continuó ella-. Lo he visto como te veo a ti ahora.

- ¿Has tenido el mismo sueño?
- Dos veces -repitió Alice-. El mismo sueño. Esto hizo hablar un poco a Brydon, porque le halagaba.

-¿Me sueñas a este ritmo?

- En relación con él-dijo Alice sonriéndose. Los ojos de Brydon sondearon de nuevo a la mujer. -Entonces, ¿lo sabes todo, de él?

Y porque ella no decía nada más, preguntó aún: -¿Cómo es la lucha?

Alice titubeó y, como si él la presionara muy fuerte y ella tuviera sus razones para resistirse, se volvió. -Te lo diré en otra ocasión.

II

Fue después de esto cuando hubo para Brydon goces sutiles y emociones absurdas secretas, en la forma particular de entrega a su obsesión y de consagrarse a lo que, cada día más, creía que era su privilegio. Fue para esto que vivió aquellas semanas, desde que sintió que la vida empezaba, después de retirarse de la escena la señora Muldoon; y, visitando la gran casa desde el ático hasta el sótano, se supo en posesión segura del lugar y, como lo expresó tácitamente, se soltó. En algunas ocasiones hizo dos visitas en el curso de las veinticuatro horas; los momentos que más le gustaban eran los del anochecer, en el breve crepúsculo de otoño; ésta era la hora en que, una y otra vez, había notado que más esperaba. Entonces podía, según su parecer, vagar y esperar entretenerse y escuchar, más íntimamente, poner su fina atención -nunca en su vida, antes, tan fina- en el pulso del lugar; grande y vago: prefería las horas sin lámparas y le habría gustado poder prolongar, cada día, el rato del profundo crepúsculo. Más tarde -raramente mucho antes de la medianoche, pero algunas veces una velada prolongada- miraba a la luz trémula de una vela; moviéndose lentamente, sosteniendo alta la luz, gozando sobre todo en lo que veía: trechos de comunicación entre habitaciones y corredores; la larga posibilidad directa o show, como lo habría llamado, para la revelación que pretendía provocar. Era una práctica que le parecía que había de «dar resultado» sin motivar observaciones: nadie, en manera alguna, estaba enterado; ni siquiera Alice Staverton, que era un modelo de discreción, podía imaginarlo.

Entraba y salía con la seguridad del propietario sereno; una casualidad le había favorecido hasta entonces: si un gordo «oficial» de la Avenida le había visto entrar, en alguna ocasión, a las once y media, hasta ahora, según creía él, no le había visto salir a las dos. Llegaba caminando en las frescas noches de noviembre; le era tan fácil hacer esto, después de cenar, como tomar el camino de un club o de su hotel. Cuando dejaba el club, si no había cenado en un restaurante, era ostensiblemente para ir a su hotel; y cuando salía del hotel, si había pasado parte de la velada allí, era ostensiblemente para ir a su club. En fin, todo era fácil; todo conspirado y promovido; había, en verdad, en el peso de su experiencia, algo que pasaba por alto, algo que salvaba y simplificaba el resto de sus conocimientos. Circulaba, hablaba, reanudaba viejas relaciones, libre y agradablemente, y en realidad, en la medida que le era posible, satisfacía nuevas esperanzas y parecía darse cuenta de que, en conjunto, a pesar de su carrera, de tan diferentes contactos -de los cuales había dicho a Miss Staverton que hacían tan poco para la edificación-, le consideraban más bien simpático que antipático. Brydon tenía un éxito secundario en lo social, con gente que no tenía la menor idea de lo que era él. Todo era simple sonido superficial, este murmullo de su bienvenida, este chasquido de tapones, lo mismo que sus gestos de correspondencia eran las sombras extravagantes, enfáticas en proporción a lo poco que significaban, de algún juego de *ombres chinoises*. Se proyectaba todo el día, en pensamiento, sobre la línea de cabezas erguidas, apenas inconscientes, y en la otra, la real, la de vida que espera; vida que, en cuanto oía tras él el clic de la gran puerta de la casa, empezaba para él, en la esquina alegre, tan engañosamente como los lentos compases de alguna música siguen al golpe de la batuta del director.

Notaba siempre el primer efecto de la contera de acero de su bastón en el viejo mármol del pavimento del vestíbulo, de grandes rectángulos negros y blancos, y recordaba la admiración de su infancia y lo que había influido entonces en él, como veía ahora, en el desarrollo de una temprana concepción del estilo. Este efecto era la oscura vibración de alguna lejana campana colgada quién sabe dónde, en las profundidades de la casa, del pasado, de aquel otro mundo místico que habría habido para él si, para bien o para mal, no lo hubiera abandonado. Con esta impresión hacía siempre la misma cosa: dejaba el bastón, sin hacer ruido, en un rincón de la casa, sintiendo una vez más que el lugar se parecía a un gran cuenco de cristal, de precioso cristal, que se hacía sonar pasando un dedo húmedo por el borde. El cuenco de cristal contenía, por así decirlo, aquel místico otro mundo, y el inefable rumor de suborde era un suspiro, el gemido patético de todas las posibilidades burladas y traicionadas, apenas audible, que llegaba a su oído alerta. Lo que hacía con este llamamiento de su presencia era despertarlas en la medida de vida fantasmal que pudieran todavía gozar. Eran tímidas, extraordinariamente tímidas, pero no eran en realidad siniestras; por lo menos no lo eran como las había sentido hasta entonces, antes de que tomaran la Forma que él tanto había deseado que tomaran, la Forma que en algunos momentos él veía, andando de puntillas de una habitación a otra y de un piso a otro, en la luz reflejada en las puntas de sus zapatos de charol.

Ésta era la esencia de su visión -que no era más que un arranque de locura, si se quiere-, mientras estaba fuera de la casa u ocupado, pero que adquiría verosimilitud en cuanto Brydon se colocaba y se apostaba. Sabía lo que se proponía y lo que quería. Esta era tan clara como las cifras en un cheque que se presenta al cobro en un banco. Su alter ego «andaba», éste era el detalle que tenía de su imagen, mientras que la imagen que tenía de su justificación por sus viejos pasatiempos era el deseo de acecharlo y de acometerlo. Vagaba lentamente, cautamente, pero de manera incansable -la señora Muldoon había estado acertada con la palabra «encaramarse»-, y la presencia que él buscaba vagaba también incansablemente. Pero había de ser tan cauteloso y tan desplazable como él. La convicción del probable -de hecho ya perceptible, audible- escurrimiento de su presa se hacía más intensa cada noche, imponiéndole finalmente un rigor que no era comparable con nada de su vida. Muchas personas que juzgaban con superficialidad-él lo sabía- sostenían la teoría según la cual Brydon desperdiciaba su vida en una entrega continua a las sensaciones, pero él no había conocido un placer tan fino como su tensión actual, ni había practicado deporte alguno que requiriera a la

vez la paciencia y el vigor de este acechar una criatura más sutil, quizá más peligrosa tenida a raya, que cualquier animal de la selva. Los términos, las comparaciones, la misma práctica de la caza entraban de nuevo en el juego; hasta había momentos en que revivía escenas de su experiencia ocasional de deportista, recuerdos agitados de los años mozos, de páramo, montaña y desierto -lo cual aumentaba su agudeza- por la tremenda fuerza de la analogía. En algunos momentos -una vez había colocado su única luz en una chimenea o en una entrada en las paredes-, había retrocedido y ocultado, tras una puerta o en la sombra, como en otros tiempos se había escondido tras una roca o un árbol; se encontraba sosteniendo el aliento y viviendo el gozo del instante, la suprema incertidumbre creada sólo por la caza mayor.

No estaba asustado (aunque se planteaba la cuestión como creía que se la habían planteado los caballeros que cazaban tigres en Bengala o, para no ir tan lejos, los cazadores del gran oso en las Montañas Rocosas, que se sabía que confesaron haber percibido el miedo); y esto -dado que aquí, por lo menos, podía ser franco- a causa de la impresión, tan íntima y tan extraña, que él mostraba, de temor, superior al goce que se suponía que había de sentir. Para su propia percepción, los signos de alarma que su presencia y su vigilancia habían creado se dividían en categorías, que habían llegado a serle familiares; aunque siempre observaba ominosamente que, con toda probabilidad, había creado una relación que quizá le procuraba una experiencia única entre los hombres. Bastante gente, más pronto o más tarde, ha conocido el terror de las apariciones, pero, ¿quién había, antes, invertido los términos y se había convertido, en el mundo de las apariciones, en un terror incalculable? Esto le habría parecido sublime si se hubiera atrevido a pensarlo; pero no insistió mucho en este aspecto de su privilegio. Con el hábito y la reiteración había conseguido un grado extraordinario de capacidad para penetrar la oscuridad de las distancias y la lobreguez de los rincones y descubrir, en su inocencia, los engaños de la luz incierta, las formas mentirosas que simples sombras forman en la penumbra, por accidentes del aire, por cambiantes efectos de óptica. Dejando la vela que apenas le iluminaba, podía continuar vagando sin ella, pasar de una pieza a otra y -sólo sabiendo que la vela estaba tras él para un caso de necesidad-ver su camino, proyectando visualmente para su propósito una relativa claridad. Esta facultad adquirida le hacía sentirse como un monstruoso gato al acecho; se preguntaba si podría mirar, en estos momentos, grandes ojos amarillos brillantes y qué sería, realmente de su pobre alter ego, atrapado, al verse ante un tipo semejante.

No obstante, le gustaba abrir los postigos de las ventanas; abría todas las que había cerrado la señora Muldoon, y las cerraba después, con cuidado, para que ella no se diera cuenta; le gustaba -¡oh, cómo le gustaba esto, sobre todo, en los pisos superiores!- la calidad de plata de las estrellas otoñales reflejadas en los cristales de las ventanas y no mucho menos la luz de los faroles de abajo y la araña eléctrica que habría requerido la instalación de unas cortinas. Esto era humanamente social, formaba parte del mundo en que había vivido y se sentía más cómodo. Se sentía apoyado, naturalmente, sobre todo en las habitaciones delanteras y en el prolongado pasillo lateral; y considerablemente desamparado en las sombras centrales y en la parte trasera, pero si algunas veces, en su ronda, se sentía satisfecho de su alcance óptico, a menudo la parte posterior de la casa le impresionaba como si fuera la selva de la pieza buscada. El lugar estaba allí más subdividido; en una gran «extensión», en particular, donde se habían multiplicado las pequeñas habitaciones para sirvientes, abundaban los rincones y las esquinas, en escondrijos y en pasillos, en las ramificaciones, especialmente en una escalera trasera sobre la cual se inclinaba, algunas veces, para ver el suelo distante. Sin perder la gravedad, aunque dándose cuenta de que para un posible espectador había de parecer un tonto jugando al escondite. De hecho, una vez fuera, él podía hacerse este irónico rapprochement, pero dentro de las paredes y a pesar de las claras ventanas, su consistencia era una prueba contra la cínica luz de Nueva York.

La idea de la desesperada situación de su víctima se había convertido en una verdadera piedra de toque para él; dado que se lo había impuesto desde el primer momento -¡oh, muy claramente!-, podía «cultivar» su percepción de una manera total. Había pensado que aquello

Librodot

estaba abierto, sobre todo, al cultivo, que en realidad no era sino otro nombre para su manera de pasar el tiempo. Lo estaba haciendo y en realidad a la perfección, gracias a la práctica. Y a consecuencia de esto, la cosa se había puesto tan delicada que Brydon se daba cuenta de impresiones, de confirmaciones de su postulado general, que no podían habérsele revelado en seguida. Este era el caso, más en concreto, de un fenómeno al fin muy frecuente para él en los pisos altos, el reconocimiento -absolutamente inconfundible y por turno a partir de una hora determinada de la reanudación de su campaña después de una tregua diplomática, una ausencia calculada de tres noches- de que, sin duda ninguna, era seguido a una distancia cuidadosamente mantenida y con el propósito expreso que a él le parecía perseguir, menos confiado, menos arrogante. Le molestaba, al final lo comprendió. Le molestaba porque probaba, de todas las impresiones concebibles, la que menos le convenía. Se mantenía a la vista mientras -por lo que respecta a la esencia de su posición-se quedaba sin ver, y su único recurso, entonces, estaba en las vueltas bruscas, en rápidas recuperaciones de terreno. Volvía sobre sus pasos, como si por lo menos pudiera notar en su rostro el aire agitado de otro rápido movimiento giratorio. Es verdad que su idea dislocada de estas maniobras le recordaba a Pantaleón, el personaje de la farsa navideña, burlado y engañado siempre por el ubicuo Arlequín; pero esto dejaba intacta la influencia de las condiciones mismas cada vez que se exponía de nuevo a ellas, de manera que de hecho esta asociación, si hubiera tenido que llegar a ser constante, habría, en cierto aspecto, contribuido a su más intensa gravedad. Había tratado, como ya he dicho, de crear en el edificio la sensación sin fundamento de un alivio con sus tres ausencias; con el resultado de que la tercera había de confirmar el efecto de la segunda.

A su regreso, aquella noche -la noche siguiente a su última ausencia-, estuvo en el vestíbulo y miró hacia arriba, por la escalera, con una certidumbre más íntima que cualquiera otra que hubiera conocido. «Está ahí, en lo alto, y esperando; no, como en general, para desaparecer. No retrocederá, y es la primera vez -lo cual es una prueba, ¿no?- que le ha ocurrido algo». Así argüía Brydon con su mano sobre la barandilla y su pie en el primer peldaño. Y en esta posición se sintió como nunca, antes de que la lógica se impusiera. De pronto pareció que Brydon sabía lo que ahora estaba en juego. «¿Más acorralado? Sí, lo comprende, porque esto pone más claro para él que he venido, como dicen, para «quedarme». Se ve que esto no le gusta y no puede soportarlo, en el sentido, quiero decir, de que su ira, su interés amenazado, ahora se contrapesa con el miedo. Lo he cazado hasta que «se ha vuelto». Esto es lo que ocurre allá arriba. Está como el animal, de colmillos o de astas, que al fin es acorralado». Brydon comprendió, como digo -¡pero determinado por una influencia que escapa a mis notas!-, la agudeza de esta certidumbre; la cual, un momento después, le provocaba un sudor que no habría consentido atribuir al miedo; pero no se decidió en seguida a la acción: la certidumbre significó, no obstante, una emoción prodigiosa, una emoción que representó, con el mismo latido, la duplicación más extraña, más alegre -posiblemente en seguida la más orgullosa- de su conciencia.

«Ha estado escurriéndose, retirándose, ocultándose, pero ahora, irritado, peleará». Esta intensa impresión produjo una sola reacción, por así decirlo, de terror y de aplauso. Pero lo asombroso fue que el aplauso fue tan fervoroso porque, si Brydon andaba a la caza de su otro yo, esta inefable identidad no era, en última instancia, indigna de él. Estaba allí, en algún lugar, cerca y a mano, pero todavía invisible, vertical, como la presa perseguida. Y Brydon saboreó en aquel instante una sensación tal vez la más compleja que hubiera conocido nunca, compatible con la cordura: como si se avergonzara de que alguien tan allegado a él hubiera conseguido un triunfo sólo acechando, sin que ni por un momento se hubiera arriesgado a dar la cara, de manera que la desaparición del peligro era, sobre el terreno, un alivio para la situación en conjunto. Pero con otro raro giro de la misma sutileza, Brydon estaba ya tratando de medir hasta qué punto podía estar ahora más cerca del peligro del miedo; y pudo, en otra forma, inspirar activamente aquel miedo y al mismo tiempo temblar por la forma en que podría conocerlo pasivamente.

La aprensión de conocer debió aumentar en él después de poco rato y tal vez el momento más extraño de su aventura, el más memorable o el más interesante de esta crisis, después, fue el curso de ciertos instantes del combate, concentrado y consciente, el sentido de la necesidad de agarrarse a algo, aun según la manera en que un hombre se desliza, se desliza por una pendiente terrible; el impulso vital, sobre todo, que lleva a moverse, a obrar, a acometer, como sea y contra lo que sea, para demostrarse, en fin, que no tenía miedo. El estado de «espera» era, así, el estado al cual de momento se veía reducido; si hubiera habido algo, en el gran vacío, a que asirse, se habría dado cuenta en seguida, de haberse agarrado a ello como, en un vahído sufrido en casa, podía haberse agarrado al respaldo de silla más próxima. Había sido sorprendido -de esto se daba perfecta cuenta- en algo sin precedentes desde su primera aparición en el lugar; había cerrado los ojos, apretando con fuerza los párpados, durante un minuto largo, con el instinto del desaliento y el terror de la visión. Cuando los abrió, la pieza y las piezas contiguas, cosa extraordinaria, parecían más claras, tan claras que de momento casi le pareció que se encontraba en pleno día. Se mantuvo firme fuera lo que fuera aquello, en donde se había detenido; su resistencia le había ayudado; sentía como si hubiera superado alguna dificultad. Poco después sabía lo que le había pasado: había estado a punto de huir. Había puesto toda su fuerza de voluntad contra el impulso de marcharse sin esto, se habría ido hacia la escalera y con los ojos aún cerrados la habría bajado, sin saber cómo, directa y rápidamente, hasta la planta baja.

Como fuera que se había mantenido firme, y allí estaba, todavía en lo alto, entre las piezas más intrincadas y con la espera de las otras, de todo el resto del edificio, todavía por recorrer cuando le llegara el momento de irse. Se marcharía cuando fuera el momento y no antes, sólo entonces y no antes. ¿No se iba todas las noches a la misma hora? Se sacó el reloj del bolsillo; había bastante luz para verlo: eran casi la una y cuarto y nunca se había retirado tan temprano. En general llegaba a su alojamiento a las dos, después de un cuarto de hora de andar. Aguardaría hasta el último cuarto de hora; no se movería hasta entonces. Sostuvo el reloj ante sus ojos, fijos en él, pensando, entretanto, que esta espera deliberada, una espera con esfuerzo, que reconocía, serviría para la comprobación que quería hacer. Probaría su valor, a no ser que resultara probado abandonando al fin su puesto. Lo que ahora más sentía era que, dado que no había huido en el primer momento, tenía su dignidad que mantener hasta el fin -lo cual habían dudado muchos en su vida. Tenía ante él, en realidad como una imagen física, una imagen valiosa de una época más aventurera. De hecho, la observación brillaba ante él sólo para alumbrar el instante siguiente con una luz más fina. ¿Desde qué época aventurera, después de todo, pudo haber algo comparable ya fuera con su estado mental ya, «objetivamente», como dicen, con la maravilla de su situación? La única diferencia habría estado en el hecho de que, blandiendo su dignidad por encima de su cabeza, como un rollo de pergamino, hubiera -esto en el tiempo heroico- bajado la cabeza empuñando una espada con la otra mano.

Ahora, en realidad, la vela que había dejado sobre la chimenea en la pieza vecina tendría que figurar como espada, para tomar la cual, en el curso de unos segundos, habría dado los pasos necesarios. La puerta entre las dos habitaciones estaba abierta y en la pieza vecina, otra puerta daba a una tercera habitación. Las tres piezas, recordaba Brydon, daban a un pasillo común, pero había una cuarta habitación sin salida al pasillo, con puerta sólo a la pieza precedente. Haberse movido y haber oído de nuevo sus pasos, era una ayuda apreciable, aunque, si bien reconocía esto, se había demorado un poco en la pieza de la chimenea, en la cual había quedado la vela encendida. Cuando dio un nuevo paso, titubeando sobre la dirección que tomaría, se encontró considerando una circunstancia que, después de su primera y relativamente vaga noción de ella, le produjo el sobresalto que a veces acompaña un recuerdo doloroso, el violento choque de haber dejado de olvidar felizmente. Había llegado a la vista de la puerta en que terminaba la breve cadena de comunicación y que ahora vigilaba desde el próximo umbral, que no se enfrentaba con aquella puerta directamente. Colocado a cierta distancia a la izquierda de este punto, Brydon habría podido entrar en la última de las

cuatro piezas, la que no tenía otra salida o entrada, si no hubiera estado cerrada, según su íntima convicción, desde su visita anterior, cosa de un cuarto de hora antes, probablemente. Miró con ojos muy abiertos a la maravilla del hecho, detenido otra vez en donde se encontraba y otra vez conteniendo el aliento mientras sondeaba su sentido. Seguro que había sido cerrada subsiguientemente... Es decir, que en su ronda anterior aquella puerta estaba, sin duda alguna, abierta.

Estaba convencido de que algo había ocurrido entre... De que no podía ser que no se hubiera dado cuenta antes (con lo cual quería decir en la primera ronda de aquella noche) de que se le presentaba aquella barrera excepcional. De hecho, desde aquel momento había sufrido una agitación tan extraordinaria que podría haberle confundido sobre cualquier cosa vista antes; y trató de convencerse a sí mismo de que quizá pudo haber entrado en aquella pieza y, sin darse cuenta, al salir, quizá cerró la puerta tras de sí. La dificultad estaba en que era, precisamente, lo que no había hecho nunca; en que esto era lo opuesto a su política, como podría decir, la esencia de la cual era dejar «las vistas libres». Y desde el primer momento, como se daba cuenta ahora, las tenía en la mente; la extraña aparición, en la pieza del fondo, de su «presa» huidiza (que por rara ironía era ahora, tan poco, su presa) era la forma de éxito que su imaginación más había acariciado, proyectando siempre en ella un refinamiento de belleza. Había notado cincuenta veces el inicio de percepción que luego se había desvanecido, cincuenta veces se había dicho: «¡Allí!», a causa de alguna alucinación agradable. La casa se prestaba a las mil maravillas a ello. Brydon podía rondar a su gusto, dada la arquitectura indígena de la época, que gozaba con la multiplicación de puertas, todo lo contrario de lo que ocurre con la moderna, que casi tiende a la proscripción completa de ellas. La casa había contribuido bastante a provocar esta obsesión de la presencia con la cual Brydon chocaba telescópicamente como hubiera podido decirse, enfocada y estudiada en perspectiva reducida y como con los codos apoyados.

Su atención presente estaba concentrada en estas consideraciones, muy aprovechables para hacer lo que veía como portentoso. No podía haber bloqueado aquella abertura, por cualquier período de tiempo que fuera, y si no lo había hecho, si esto era impensable, ¿qué otra cosa estaba clara sino que allí había habido otro agente? ¿Otro agente? Él había estado tocando, un momento antes, su mismo aliento, pero, ¿cuándo había estado tan cerca como en este acto sencillo, lógico y completamente personal? Era tan lógico, que podía haberlo tomado por personal; pero Brydon se preguntó por qué cosa lo tomaba, mientras, jadeando, suavemente, sentía que los ojos casi se le salían de la cabeza. ¡Ah! Esta vez por fin estaban los dos, las opuestas proyecciones de sí, en presencia; y esta vez tanto como uno quiso, asomó la cuestión del peligro. Con esto se planteó, como nunca antes, la cuestión de la valentía... Porque la cara inexpresiva de la puerta parecía decirle: «Demuéstranos la que tienes». Le miraba y volvía a mirarlo con aquel reto. Le puso las dos alternativas: ¿debería abrirla o no? ¡Oh! Tener conciencia es pensar, y pensar, Brydon lo sabía, como estaba allí era, a medida que corría el tiempo, no haber obrado. No haber obrado -esto era la desgracia y el dolor- era todavía no obrar. En realidad era todo sentir la cosa en otro, de una manera nueva y terrible. ¿Cuánto tiempo había titubeado y cuánto tiempo había reflexionado? No había nada para medir esto. Su situación había ya cambiado, como por efecto de su intensidad. ¡Cállate ahí!, acorralado, desafiante, y con el prodigio de la cosa palpablemente demostrable hecha, informando, como la rígida muestra de un establecimiento... Con esta mayor intensidad, la situación había cambiado y Brydon, por fin, comprendía en qué se había convertido aquello.

Se había convertido, en conjunto, en un requerimiento diferente; en una suprema insinuación, para él, sobre el valor de la Discreción. Esto se mostraba despacio, sin duda, porque iba a tomar su tiempo. Tan perfectamente como había estado, allí en el umbral, y tan poco como había avanzado o retrocedido. Lo más extraño era que ahora, dando diez pasos y poniendo la mano sobre un pomo, o quizá su hombro o su rodilla, si fuera necesario, contra una puerta, podía satisfacer su necesidad principal, su gran curiosidad, y aliviar su inquietud. Era sorprendente, pero era también exquisito y raro que la insistencia se hubiera desvanecido

en él de pronto. La Discreción... A esto saltó, pero no porque le salvara la piel o los nervios sino porque -y esto era más importante- salvaba la situación. Cuando digo que «saltó» a esto, percibo la consonancia del término con el hecho de que -al final de no sé cuánto rato- se movió de nuevo y atravesó la pieza en dirección a la puerta cerrada. No la tocaría -ahora le parecía que podía tocarla si quisiera-, esperaría sólo un poco, para demostrar, para probar, que no quería. Así tenía otra etapa, cerca de la delgada separación con la cual le era negada la revelación, pero con la mirada baja y las manos en una simple intensidad de la quietud. Escuchaba como si hubiera algo que oír, pero esta actitud, mientras duró, fue su propia comunicación. «Si tú no... Bueno, entonces no te hago nada y cedo. Me conmueves, si invocas mi piedad: me convences de que por razones rígidas y sublimes -¿qué es lo que sé?-, los dos hemos tenido que sufrir. Respeto tus razones y, aunque conmovido y privilegiado como, creo, nunca lo ha sido ningún hombre, me retiro, renuncio... Nunca, lo prometo por mi honor, probaré otra vez. De manera que quédate para siempre... y déjame».

Esto era para Brydon el sentido más profundo de su última manifestación: solemne, mesurada, como él creía que tenía que ser. Se aproximó, se volvió; y ahora sabía de veras cuán profundamente se había sentido agitado. Volvió sobre sus pasos, tomando su vela quemada, fija en la palmatoria, observó, y dejando de nuevo, tan alumbradas como quiso, las huellas de sus pies; después de lo cual, en su momento, se puso en el otro extremo de la casa. Allí hizo lo que no había hecho nunca, todavía, a estas horas: abrió a medias una de las ventanas de la parte delantera y dejó entrar el aire de la noche; algo que en cualquier momento anterior habría requerido una brusca ruptura de su hechizo. Su hechizo estaba deshecho ahora y no importaba -deshecho por su concesión y su entrega-, que hacían inútil que, en lo sucesivo, regresara siquiera. La calle desierta -su otra vida señalada hasta por la falta del gran farol- estaba al alcance de la voz, al alcance de su tacto; estuvo allí como si estuviera en ella, en lo alto, aunque sólo estaba asomado. Miraba, como si buscara un hecho corriente, alguna nota humana, vulgar; el paso de un basurero o de un ladrón, de algún pájaro nocturno, por ruin que fuera. Habría acogido con gratitud cualquier signo de vida; habría visto con simpatía la lenta aparición de su amigo el policía, que hasta ahora había tratado siempre de evitar y no estaba seguro de que, si aparecía la patrulla, no sintiera el impulso de llamarla, con algún pretexto, desde el cuarto piso.

El pretexto que no habría sido demasiado tonto ni demasiado comprometedor, la explicación que habría salvado su dignidad y su buen nombre, en aquel caso,no la veía muy definida: estaba tan ocupado su pensamiento con la Discreción -como un efecto de la solemne promesa hecha a su íntimo adversario-, que la importancia de ella parecía grande, como algo que desbordara irónicamente, su sentido de la proporción. Si hubiera habido una escalera de mano apoyada contra la fachada de la casa, aunque fuera una de esas escaleras vertiginosamente perpendiculares que usan los pintores y los albañiles y que algunas veces quedan abandonadas, en la noche, Brydon se las habría arreglado, a horcajadas sobre el marco de la ventana, para conseguirla, alargando un brazo o una pierna, y bajar. Si hubiera habido una cosa tan misteriosa como la que había visto en habitaciones de hotel, una escalera de escape para el caso de incendio, en forma de cable dentado o de tira de lona, la habría aprovechado como prueba de... Bueno, de su actual delicadeza. Acariciaba este sentimiento un poco en vano y aún -al final apenas sabía por cuánto tiempo- lo encontraba, como por acción en su mente de la falta de respuesta del mundo exterior, disolviéndose en una vaga angustia. Le parecía que había esperado largo tiempo alguna agitación en la grande y sombría quietud; la misma vida de la ciudad estaba bajo un hechizo... Por esto persistían, de una manera que no era natural, en el conjunto de los objetos conocidos, más bien feos, la inexpresividad y el silencio. Se preguntaba si las casas de fachada dura, que habían aparecido pálidas a la luz confusa del alba, habrían dicho algo, alguna vez, a cualquier necesidad de su espíritu. Grandes vacíos construidos, grandes quietudes habitadas, a menudo, en el corazón de las ciudades, en las primeras horas del día, una especie de máscara siniestra, y era de esta gran negación colectiva que Brydon tenía ahora conciencia, sobre todo porque el amanecer, ahora

próximo, de una manera casi increíble, le probaba qué noche había hecho él de la que pronto terminaría.

Miró otra vez a su reloj y vio lo que había sido de su valoración del tiempo (había tomado horas por minutos; no, como en otras situaciones tensas, los minutos por horas) y el extraño aspecto de la calle no era más que el hosco sonrojo de un amanecer en el cual todo está aún cerrado. Su ahogada súplica desde la ventana abierta había sido la única nota de vida y no podía sino desistir al fin para sentir una decepción peor. A pesar de encontrarse tan profundamente desmoralizado, era aún capaz de un impulso que denotaba -por lo menos en su medida actual- extraordinaria resolución, la de volver sobre sus pasos hasta el lugar donde su entusiasmo se había enfriado al desaparecer su última duda sobre la existencia de otra presencia en el lugar. Esto requería un esfuerzo bastante fuerte para hacerle sentirse enfermo, pero Brydon tenía su razón, que de momento predominaba sobre cualquiera otra cosa. Había que atravesar todo el resto de la casa y, ¿qué pasaría si la puerta que había visto cerrada estaba ahora abierta? Podía aferrarse a la idea de que el hecho de cerrar aquella puerta había sido como un acto de misericordia, una oportunidad que se le ofrecía para bajar, irse, abandonar el lugar y no volver nunca más a profanarlo. Esta concepción se sostenía, daba resultado; pero lo que significaba para él dependía, ahora lo veía claro, de la cantidad de indulgencia que su reciente acción -o, mejor dicho, su reciente inacción- hubiera engendrado. La imagen de la «presencia», cualquiera que ésta fuera, esperándole allá, ya no era tan concreta para sus nervios como cuando se detuvo en el punto en que, con toda certidumbre, se le había aparecido. Porque, con toda su decisión -o, con más exactitud, con todo su terror- Brydon se había detenido bruscamente; había retrocedido para no ver en realidad. El riesgo era demasiado grande y su miedo demasiado definitivo; en este momento tomó una forma específica terrible.

Sabía -sí, como nunca había sabido cualquier otra cosa- que si veía la puerta abierta, aquello sería el abyecto final para él. Significaría que el agente de su vergüenza -porque su vergüenza era la profunda abyección- andaba otra vez suelto y en posesión general; y ahora le tocaba afrontar las consecuencias. Le rechazaría hasta la ventana que había abierto, y por aquella ventana, sin larga escalera ni cuerda colgante -porque no las había- se veía incontrolablemente, furiosamente, fatalmente, camino de la calle. Esta horrible probabilidad podía por lo menos evitarla; pero sólo podía evitarla renunciando a tiempo a la certidumbre. Tenía toda la casa a su disposición, este acto estaba aún allí, pero ahora Brydon sabía que sólo la incertidumbre podía estimularlo. Retrocedió del lugar donde se había detenido -nada más hacer esto ya le produjo una súbita sensación de seguridad- y, dirigiéndose a ciegas hacia la gran escalera, dejó atrás piezas abiertas y pasillos susurrantes. Estaba en lo más alto de la escalera, con un gran descenso oscuro en el cual había tres grandes rellanos. Su instinto le empujaba a la suavidad, pero el suelo le quemaba los pies y, cosa extraña, cuando en un par de minutos se dio cuenta de ello, le pareció que podía ser una ayuda. No habría podido hablar, el tono de su voz le habría asustado y el recurso corriente de «silbar en la oscuridad» -literalmente o en sentido figurado- le habría parecido vulgar; pero no le gustaba oír sus pasos y cuando llegó al primer rellano -sin precipitación, con tranquilidad- este éxito le arrancó un suspiro de alivio.

La casa, por otra parte, parecía inmensa, y la proporción del espacio desorbitada; las piezas abiertas, hacia las cuales no desviaba su mirada, estaban a oscuras, con las ventanas cerradas, como bocas de cavernas; sólo el firmamento, que formaba la corona de la caja de la escalera, creaba para él un medio en el cual podía avanzar, pero que pudo haber sido, por la rareza del color, un submundo acuático. Trató de pensar en algo noble, como, por ejemplo, que su propiedad era realmente grande, una propiedad espléndida; pero esta nobleza tomaba la forma, también, del claro placer con que, por fin, iba a sacrificarla. Ahora podían venir los constructores, los demoledores, podían venir tan pronto como quisieran. Al final de dos tramos, había caído en otra zona, y a la mitad del tercero -cuando ya sólo quedaba otro- reconoció la influencia de las ventanas bajas, de las persianas medio cerradas, del destello

ocasional de algún farol de la calle, de los espacios vidriados del vestíbulo. Esto era el fondo del mar, que tenía una iluminación propia y que él veía embaldosado -cuando en un momento dado se inclinó sobre la barandilla para echar una mirada- con los rectángulos de su infancia. Para entonces se sentía, sin duda, como habría podido decir en una casa más corriente, mejor; había podido detenerse y respirar, y la tranquilidad aumentó con la vista de las viejas baldosas negras y blancas. Pero lo que más sentía claramente era que ahora seguramente, con el elemento de la impunidad empujándole como con manos firmes, el caso estaba resuelto en cuanto a lo que pudo haber visto arriba, si se hubiera atrevido a echar una última mirada. La puerta cerrada, benditamente remota ahora, estaba todavía cerrada. Y lo único que tenía que hacer era llegar a la del edificio.

Bajó un poco más, atravesó el pasillo que formaba el acceso al último tramo y si aquí otra vez se detuvo un instante fue por la intensidad de la emoción que le producía la fuga asegurada, que le hacía cerrar los ojos. Los abrió al iniciar el último tramo. Aquí había impunidad todavía, pero una impunidad casi excesiva; porque la luz lateral y de la alta tracería en forma de abanico de la entrada iluminaban el vestíbulo; una apariencia producida, se dio cuenta de ello un momento después, por el hecho de que el vestíbulo estaba abierto; vio las hojas de la puerta interior de par en par. Esto hacía surgir de nuevo la cuestión y sintió que los ojos se le salían de la cabeza, como antes en lo alto de la casa, ante la puerta cerrada. Si había dejado aquélla abierta, ¿no había dejado ésta cerrada y no se encontraba él ahora ante la más inconcebible actividad oculta? La cuestión era tan aguda como un cuchillo que le pusieran contra su costado, pero la respuesta estaba en suspenso todavía y le pareció que se perdía en la vaga oscuridad en la cual la tenue luz del alba que penetraba por encima de la puerta exterior, en semicírculo, una fría aureola plateada que parecía, a la vista de Brydon, desplazarse, ampliarse y contraerse.

Era como si aquella luz tuviera algo dentro, protegido por la vaguedad y correspondiendo en extensión a la opaca superficie de detrás, los entrepaños pintados de la última barrera para su fuga, cuya llave tenía en el bolsillo. La vaguedad engañó a Brydon cuando miró; le impresionó, como si se encogiera o quisiera una certidumbre, de manera que después de titubear un instante en sus pasos, echó adelante con la percepción de que aquí, por fin, había algo que tocar, que tomar, que conocer, algo sobrenatural, terrible, pero que tenía que atropellar como condición para su liberación o su derrota suprema. La penumbra densa y oscura era la pantalla virtual de una figura que estaba en ella tan quieta como una imagen erecta en un nicho o como un centinela con visera negra custodiando un tesoro. Brydon sabría después -lo recordaría y lo comprendería- la cosa particular que había creído ver en el resto de su bajada. Vio, en aquella luz gris, cómo la vaguedad central disminuía y tuvo la impresión de que tomaba la Forma que durante tantos días la pasión de su curiosidad había anhelado. Se oscureció y perfiló; era algo, era alguien, el prodigio de una presencia personal.

Rígido y consciente, espectral pero humano, un hombre de su misma sustancia y estatura estaba allí para medirse con su capacidad de desaliento. Esto sólo podía ser... Sólo hasta que se dio cuenta, al comenzar, que lo que hacía la cosa confusa eran las dos manos levantadas que la cubría, en las cuales, lejos de presentarse retadoramente, se ocultaba como en oscura desaprobación. Y Brydon, ante él, le dio paso; con todos los hechos de él, ahora bajo la luz de arriba, dura y aguda... Su quietud plantada, su verdad viva, su cabeza gris inclinada y sus blancas manos que le enmarcaban, su extraño traje de etiqueta, con sus gafas colgantes, con sus solapas de seda brillante y la pechera de su camisa blanca, con los botones de perlas, su cadena de oro que sujetaba el reloj y sus zapatos de charol. Ningún retrato de cualquier gran maestro moderno podría haberlo presentado con mayor intensidad, sacado de su marco con más arte, como si hubiera habido un «tratamiento», de calidad consumada, en cada sombra y en cada saliente. La repulsión, para nuestro amigo, había llegado a ser, antes de saberlo, inmensa... Esta caída, en el acto de aprensión, en el sentido de la inescrutable maniobra de su adversario. Aquel significado, al fin, se le revelaba a él, boquiabierto; porque no podía sino quedar boquiabierto ante su otro yo en esta otra angustia, boquiabierto como una

prueba de que a él, hombre de una vida lograda, gozada y triunfante, no se le podía hacer frente en su éxito. ¿Ha estado la prueba de esto en las espléndidas manos que cubrían una cara, fuertes y completamente abiertas? Tan abiertas y con tanta intención que, a pesar de una verdad especial que superaba cualquier otra, el hecho de que una de las manos hubiera perdido dos dedos, reducidos a dos pequeños muñones, como si se los hubieran cortado de pronto y accidentalmente, la cara quedaba efectivamente tapada y guardada.

Pero, ¿guardada, lo sería? Brydon gozó de su maravilla hasta que la misma impunidad de su actitud y la misma insistencia de sus ojos produjeran, como sentía, una súbita agitación que se mostraba en el instante siguiente, como un portento más profundo, mientras su cabeza se erguía, traicionando ya un propósito más valeroso. Las manos, como veía, empezaban a moverse, a abrirse; luego, como si obedecieran a una decisión repentina y rápida, se bajaron y dejaron la cara descubierta y visible. El horror, con lo que Brydon veía, le saltó al cuello y el hombre no pudo articular ni un sonido. La desnuda identidad era demasiado repugnante como suya, y su mirada feroz reflejaba la pasión de su protesta. ¿La cara, aquella cosa, de Spencer Brydon? La escrutó todavía, pero desviando su mirada, en un gesto de desaliento y de negación, caído de su altura sublime. Era algo desconocido, inconcebible, horrible, sin relación con posibilidad alguna. Había sido «vendido», se lamentó en su interior, acechando una caza como ésta: la presencia ante él era una presencia, el horror dentro del horror, pero el desperdicio de sus noches había sido sólo grotesco y el éxito de su aventura una ironía. Una identidad como aquélla no se ajustaba a él en ningún punto y hacía monstruosa la alternativa. Mil veces sí, ahora que la veía de más cerca, aquella cara era la de un extraño. Se le aproximó aún más, como una de aquellas imágenes fantásticas que se agrandaban, proyectadas por la linterna mágica de su infancia, porque el desconocido, quienquiera que fuese, malo, odioso, escandaloso, vulgar, había avanzado en actitud agresiva y Brydon se dio cuenta de que él cedía.

Luego, más presionado, indispuesto con la fuerza de la impresión, retrocedió ante el aliento cálido y la pasión encendida de una vida más grande que la propia, una furia de personalidad ante la cual la suya se derrumbaba; tuvo la sensación de que la visión se oscurecía y de que sus piernas flaqueaban. Sintió como un mareo; se desmayaba; se había desmayado.

III

Lo primero que después percibió con claridad - pero, ¿después de cuánto?-, fue la voz de la señora Muldoon, que le llegaba de muy cerca, de tan cerca que le pareció verla arrodillada en el suelo ante él, mientras él, tendido en el suelo, la miraba; no estaba completamente tendido, sino algo incorporado y sostenido... Tenía conciencia, sí, de la ternura de un apoyo, de que su cabeza se apoyaba en una almohada de extraordinaria suavidad y que despedía una fragancia ligeramente refrescante. Consideró y se preguntó, con sus sentidos recuperados sólo a medias; luego intervino una nueva cara, inclinada más directamente sobre él y finalmente se dio cuenta de que Alice Staverton le había hecho de su regazo una almohada y de que, para esto, ella estaba sentada en el primer peldaño de la escalera. El resto de Brydon, bastante largo, continuaba sobre sus baldosas negras y blancas. Estaban fríos, estos rectángulos de mármol de su juventud; pero en cierta manera no lo estaba él en este dulce volver a la conciencia... Una hora maravillosa, como no había conocido otras antes, que le había dejado tan gratamente, tan abismalmente pasivo y no obstante con un tesoro de inteligencia esperando, a su alrededor, su tranquila apropiación; disuelta, podría decirse, en el aire del lugar y produciendo la luz dorada de un atardecer de otoño. El había regresado, sí; había regresado de más lejos de lo que hubiera alcanzado un hombre que no fuera él; pero resultaba extraño que, en este sentido, el lugar a donde había regresado le parecía realmente la gran cosa, como si su prodigioso viaje no hubiera tenido otro objetivo más que el lugar de regreso. Lentamente pero de una manera segura y regular, su conciencia

aumentaba y así se completaba la visión de su estado: había sido traído aquí de modo milagroso... Levantado y cuidadosamente transportado como al lugar de donde había sido recogido, al final supremo de un inacabable viaje gris. Con todo, se le permitía descansar, y lo que ahora conocía era la interrupción del suave movimiento.

Lo habían traído al saber, al saber -sí, ésta era la belleza de su estado-, que venía a parecerse, poco más o menos, al de un hombre que se ha ido a dormir con la noticia de una gran herencia y que luego, después de soñar que no existía tal herencia y de echar maldiciones, se despertaba a la serenidad de la certidumbre y no tenía que hacer más que tumbarse y ver como su fortuna aumentaba. Este era el hilo de sus pensamientos: que no tenía nada que hacer sino dejar que aquel saber le iluminara. Además, con algunas intermitencias, todavía había sido levantado y traído. Por qué y cómo, lo sabría más tarde, cuando la luz de la tarde fuera más intensa, ya no al pie de la escalera -situada, según parecía ahora, en el otro extremo oscuro de su túnel- sino en su salón, en un banco junto a una ventana, sobre el cual habían extendido una manta forrada de piel, que era familiar a sus ojos y que una de sus manos acariciaba como prenda de la verdad. La cara de la señora Muldoon había desaparecido, pero la otra, la segunda que había reconocido, se inclinaba hacia él de una manera que le hacía comprender que todavía le sostenían como sobre almohadas. Brydon lo aceptaba todo y cuanto más lo aceptaba más parecía bastarle; se sentía tan satisfecho como si hubiera comido y bebido. Eran las dos mujeres quienes le habían encontrado, cuando la señora Muldoon llegaba, a la hora de costumbre, y Miss Staverton, inquieta, no se decidía a alejarse de la casa después de haber llamado varias veces en vano. Por fortuna la señora Muldoon llegó cuando ella no se había marchado aún y entraron juntas. Lo hallaron tendido en el vestíbulo, como ahora lo estaba en el banco. Aparentemente se había caído, pero resultaba intrigante que no tuviera ninguna magulladura ni herida alguna. Lo recogieron, eso sí, en un estado de profunda inconsciencia. Lo que ahora, con la cabeza más clara, le impresionaba era que Alice Staverton había creído, durante un rato, que estaba muerto.

-Debió ser porque lo estaba -dijo Brydon, mientras Alice le sostenía-. Sí, sólo puede ser que, en realidad, estuviera muerto. Tú me has vuelto a la vida. Pero -preguntaba Brydon levantando la vista hacia ella-, en nombre de Dios, ¿cómo?

Le tomó la cara entre las manos, la bajó hacia él y la besó. Algo, en el momento de hacer esto y en la manera como las manos de Alice sostenían su cabeza mientras él sentía la fría caridad y virtud de sus labios, algo, en toda esta beatitud, contestaba a todo.

- Y ahora te guardo.

- ¡Oh!, guárdame, guárdame... -imploró Brydon, mientras la cara de ella se inclinaba aún sobre él; en respuesta a lo cual, se bajó otra vez y quedó quieta pegada a la suya. Esto sellaba la situación, cuya impresión Brydon saboreó durante un largo y bendito momento en silencio.

Volvió a la realidad y preguntó:

-Pero, ¿cómo sabías...?

-Me sentía inquieta. Tenías que ir a verme, ¿no te acuerdas?, y no me habías dicho que no pudieras...

-Sí, me acuerdo... Tenía que haber ido a la una, hoy.

Se trataba de su «vieja» vida, que estaba tan cerca y tan lejos.

-Me encontraste quieto en mi extraña oscuridad... ¿En dónde fue? ¿Qué fue? Debo haber estado allí mucho rato.

No podía evitar preguntarse sobre la profundidad y la duración de su desmayo.

-¿Desde anoche? -preguntó ella, con una sombra de temor por su posible indiscreción.

- Desde esta mañana... debe haber sido. Desde la fría oscuridad de la madrugada. ¿Dónde he estado? -Brydon gimió vagamente-. ¿Dónde he estado?

Notó que las manos de Alice le oprimían con más fuerza y esto le ayudó a proferir con toda seguridad su lamento.

-¡Qué día tan oscuro y tan largo!

Agotada en su ternura, Alice esperó un momento.

- En la fría oscuridad de esta madrugada -repitió la mujer con voz temblorosa.

Pero ya él había juntado las piezas de todo el prodigio.

-Porque yo no llegaba, ¿te viniste directamente?

- Primero fui a tu hotel. Me dijeron que no habías pasado la noche allí. Habías cenado fuera, la noche anterior y ya no habías regresado desde entonces. Pero al parecer sabían que habías estado en tu club.

- ¿De manera que tú tenías la idea de esto?

-¿De qué? -preguntó Alice.

-Bueno... De lo que había ocurrido.

-Creí, al fin, que habías estado aquí. He sabido siempre que has estado viniendo.

-¿Sabías...?

- Bueno, lo he creído. No te había dicho nada después de la conversación que tuvimos hace un mes... Pero me sentía segura. Sabía que lo harías -afirmó Alice.

- ¿Qué persistiría, quieres decir?

- Que lo verías.

- ¡Ah, pero no lo vi! exclamó Brydon lanzando un profundo gemido-. Hay alguien... Una bestia horrenda. La acorralé... Es terrible. Pero no es yo.

A esto Alice se inclinó otra vez sobre él y sus ojos miraron a los suyos.

-No, no eres tú.

Y era como si él hubiera podido descifrar, de no haber tenido la cara tan cerca, algún sentido particular, disimulado por la sonrisa.

-¡Ah, pero lo era! -insistió él, mirando fijamente ante sí, como había estado haciendo durante semanas-. Tenía que haberme reconocido.

- No podías -replicó Alice intentando consolarle.

Y luego, volviendo a lo que había dicho antes, como si tuviera que agregar algo sobre lo que había hecho:

- No era sólo eso, que no hubieras estado en el hotel. Esperé hasta la hora en que habíamos encontrado a la señora Muldoon aquel día que vine contigo; y llegó, como te he dicho, mientras, al no conseguir que nadie acudiera a mi llamada, aguardaba, desesperada, en la escalerilla de la calle. Si no hubiera llegado, al cabo de un rato, ya habría tratado de encontrarla; pero no era esto sólo -dijo Alice Staverton, una vez más con su fina intención-, no era esto sólo.

Los ojos de Brydon miraron a Alice.

- ¿Qué más, entonces?

La mujer afrontó la cuestión que había insinuado.

-En la fría oscuridad de esta madrugada, dijiste. Bueno, en la fría oscuridad de esta madrugada también yo te vi.

Me viste?

-Le vi -dijo Alice Staverton-. Debe haber sido en el mismo momento.

Durante unos instantes Brydon trató de asimilar aquellas palabras, como si deseara ser absolutamente razonable.

-¿En el mismo momento?

-Sí, en mi sueño otra vez, en el sueño de que te hablé, que volví a tener. Lo consideré como una señal: la señal de que él había venido a ti.

Brydon se levantó; necesitaba verla mejor. Alice le ayudó al comprender su intención y el hombre quedó sentado, al lado de ella, en el banco junto a la ventana, sujetando con su mano derecha la izquierda de Alice.

-El no vino a mí.

-Tú viniste a ti mismo -dijo la mujer sonriéndose.

-Yo he venido a mí mismo ahora, gracias a ti, querida. Pero ese bruto, con su cara horrible, ese bruto es un negro desconocido. No es nada de mí aunque yo haya podido serlo -

afirmó Brydon con firmeza.

Pero Alice mantuvo la claridad, que era como el soplo de la infalibilidad.

-¿No se reduce todo a que pudiste haber sido diferente?

Brydon se enfurruñó.

-¿Tan diferente como eso?

Alice le parecía otra vez más hermosa que todas las cosas de este mundo.

-¿No quisiste saber exactamente lo diferente que fuiste? Así me apareciste esta mañana.

-¿Como él?

-¡Un negro desconocido!

-Entonces, ¿cómo supiste que era yo?

-Porque, como te dije unas semanas atrás, mi mente, mi imaginación, ha trabajado mucho sobre lo que pudiste ser y lo que no pudiste ser... Lo cual te demuestra como he estado pensando en ti. Entretanto túme dijiste que mi pregunta podía ser contestada. Entonces supe y creí que, puesto que la cuestión te preocupaba tanto, también tú acabarías por ver. Y cuando esta mañana vi otra vez supe que era porque tú habías visto; y también entonces, desde el primer momento, porque de alguna manera, tú me necesitabas. Parecía que él me lo dijera. Entonces -Alice se sonría extrañamente al decir esto-, ¿por qué no había de gustarme?

Al oír estas palabras, Brydon se levantó de pie.

-Gustarte, ¿ese horror?

-Pudo gustarme. Y para mí no era un horror. Lo había aceptado.

-¿Aceptado? -exclamó Brydon.

Antes, por el interés de su diferencia, sí. Y como no lo rechacé, como le conocí, lo que tú tan cruelmente no hiciste, confrontado con él en su diferencia, querido... Bueno, comprende, debe haber sido menos terrible para mí. Y pudo gustarme tanto que llegué a compadecerle.

Alice, de pie, sostenía aún la mano de Brydon y él se apoyaba todavía en el brazo de ella. El hombre entrevió algo confusamente.

-Tú, compadecerle... -gruñó, en torno de resentimiento.

-Ha sido infeliz, ha sido atropellado.

-Y yo, ¿no he sido infeliz? Y, ¿no he sido, no tienes más que mirarme, atropellado?

-¡Oh, no digo que me guste más! -concedió Alice después de pensar un momento-. Pero es feo, está agotado, y le han pasado cosas. No usa un bonito monóculo como el tuyo.

-No -dijo Brydon-, no habría podido llevar el mío en el barrio; se habrían burlado de mí.

-Sus grandes lentes convexos... Los veo, reconozco la clase... Son para su pobre vista estropeada. Y por su pobre mano derecha.

-¡Ah! -respingó Brydon, ya fuera porque veía probada su identidad ya fuera por sus dedos perdidos. Y agregó, lúcidamente-: Tiene un millón al año, pero no te tiene a ti.

-Y no es... No, no eres tú -murmuró Alice atrayéndole contra su pecho.